



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA  
DE MÉXICO

---

---

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
COLEGIO DE HISTORIA

**LA POLÍTICA EN LA EXPEDICIÓN DE LOS  
DIEZ MIL.**

**ESTUDIO ACERCA DE LAS RELACIONES DE  
PODER EN EL EJÉRCITO MERCENARIO DE  
JENOFONTE (401 A 400 A. C.)**

Tesis que para obtener el grado de  
Licenciado en Historia

presenta

Adolfo Flores Marín

Asesor:

Dr. Miguel Ángel Ramírez Batalla

Ciudad Universitaria, Ciudad de México, 2023





Universidad Nacional  
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

**Biblioteca Central**



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.



***Política:** ámbito presente en todos los niveles estructurales de la sociedad (desde el intrafamiliar hasta el interestatal) y conformado por todas aquellas acciones realizadas por el ser humano, emanadas de su voluntad en calidad de animal social, que se basan o en las que se establecen relaciones jerárquicas de poder (simétricas o asimétricas) y que tienen como finalidad la consecución de uno o varios objetivos tanto individuales como colectivos. Estos objetivos pueden consistir en la resolución de un problema específico o en la mejoría de una situación determinada, y para conseguirlos puede recurrirse a mecanismos pacíficos como el diálogo, la negociación y el establecimiento de acuerdos, o violentos como la intimidación, el engaño y el uso de la fuerza; por lo anterior, no únicamente en dependencia de los medios en sí, sino necesariamente según el contexto de su empleo, la política puede ser calificada como ética o corrupta.*

*Definición del autor*



# ÍNDICE

Dedicatoria	6
Agradecimientos	7
Mapa I. Extensión del Imperio Persa y recorrido de los Diez Mil	8
Mapa II. Recorrido de los Diez Mil	9
Proemio	11
Introducción	15
Vida y obra de Jenofonte	15
Antecedentes	17
Planteamiento	21
Hipótesis	22
Objetivos	23
General	23
Particulares	23
Justificación	24
Fuente	26
Conceptualización	28
Primera parte. Los mercenarios mediterráneos y su espectro político en la Antigüedad Clásica y Helenística	29
I.I. El origen del mercenariado	31
I.I.I. Causas internas	31
I.I.II. Causas transversales	36
I.I.III. Causas externas	39
I.I.IV. Causas de la Expedición de los Diez Mil	43
I.II. El acto político del mercenariado	44
I.II.I. Políticas previstas	45
I.II.II. Políticas imprevistas	47
Segunda parte. La política y las relaciones de poder dentro del ejército de la Expedición de los Diez Mil	51
II.I. La política previa al ascenso de Jenofonte	53
II.I.I. La dirección de Ciro el Joven	53
II.I.II. La rearticulación tras la muerte de Ciro	60
II.II. La política tras el ascenso de Jenofonte	67
II.II.I. La toma de decisiones	67
II.II.II. La ambición de los líderes	71
II.II.III. La particularidad política de Jenofonte	77
Conclusión	83
Bibliografía	91

# DEDICATORIA

A mis abuelas:

Cecilia Sandoval Ciprés, OFS †

Luz Zúñiga Montiel

A mis Maestros:

María del Carmen de Luna Moreno

Miguel Ángel Ramírez Batalla

A mis amigos:

Jonathán Yann Moreno Garduño

María del Carmen Ramírez González, *Mari*

## AGRADECIMIENTOS

A mi madre, Adela, y a mi padre, Adolfo, por la esmerada educación que me han proporcionado y por su enorme sacrificio.

A mi familia, por su constante apoyo.

A mi asesor, Miguel Ángel Ramírez Batalla, por la provechosa formación que de él he recibido, por su preciado tiempo, su acertada orientación y su mucha paciencia.

A mis sinodales, María del Carmen de Luna Moreno, Blanca Paredes Gudiño, Ernesto Gabriel Sánchez Barragán y David Antonio Pineda Avilés, por su preciado tiempo y su atenta dedicación tan amablemente concedida en provecho mío y de mi trabajo.

A mis profesores, por la entrega y el compromiso mostrados día a día ante sus estudiantes.

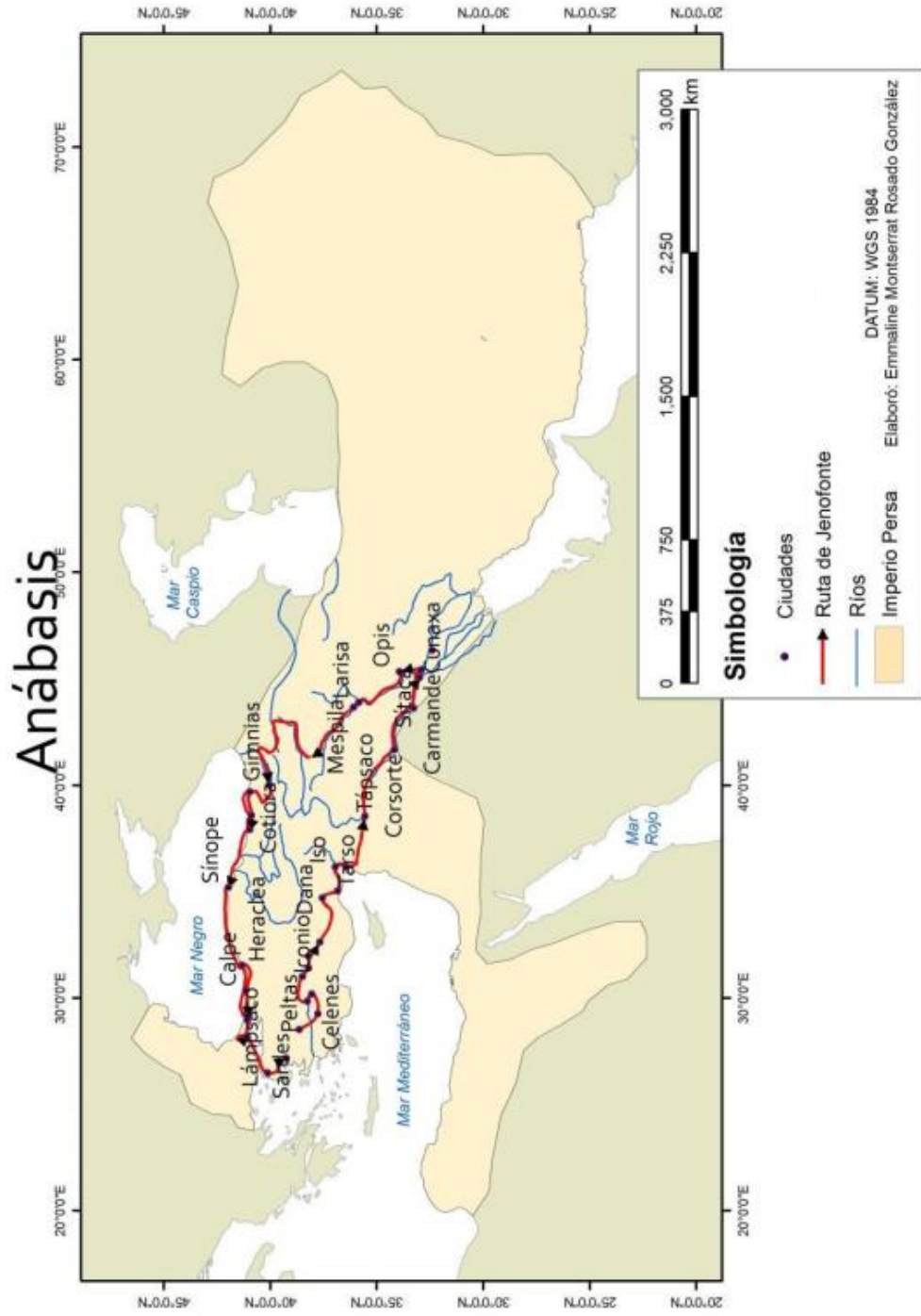
A Jessica C. Locke, por la confianza que depositó en mí y por sus valiosas enseñanzas.

A mis amigos, por su agradable y enriquecedora compañía.

Esta tesis fue realizada en el marco del Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) IN401320 “Antología anotada de la poesía religiosa de Eugenio de Salazar”, al cual agradezco su financiamiento.

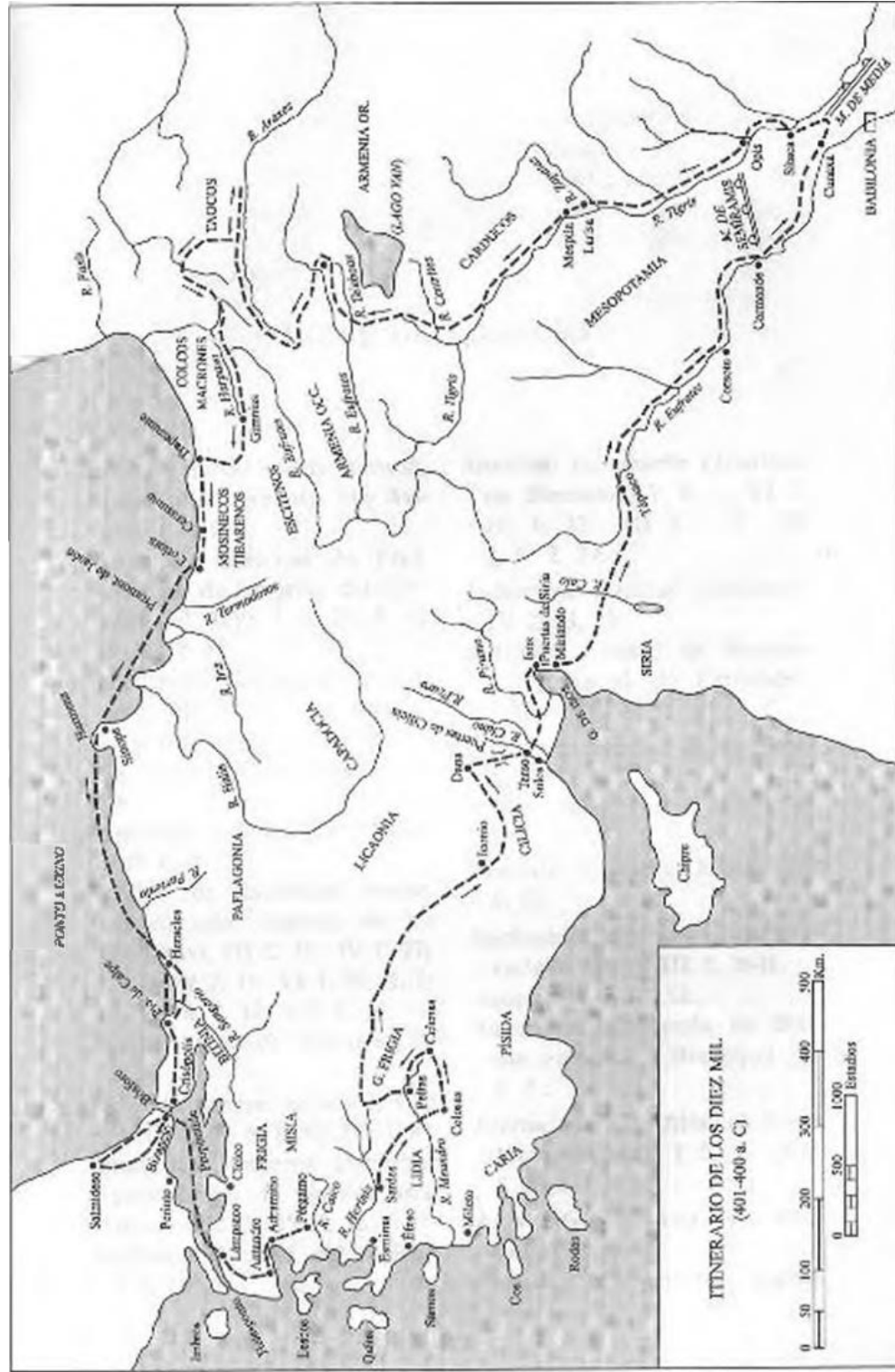


Mapa I. Extensión del Imperio Persa y recorrido de los Diez Mil



Tomado de TERESITA CANO RICÁRDEZ, *Información geográfica en la Anábasis de Jenofonte* [tesis], México, UNAM, 2015, p. 10.

Mapa II. Recorrido de los Diez Mil



Tomado de JENOFONTE, *Anabasis*, introducción de C. García Gual, traducción y notas de R. Bach Pellicer, Madrid, Gredos, 1982, p. 293.



# PROEMIO

¿Qué significa para nosotros la palabra «política»? ¿A qué nos referimos cuando la usamos? ¿Cuál es la realidad que define y delimita, es decir, qué parte de nuestra experiencia queda encerrada en esas ocho letras, y qué parte se queda afuera? No espere usted que cite yo del diccionario, no es adonde quiero llegar. Quizá soy muy arrogante, pero pienso que los límites socialmente aceptados para dicha palabra son demasiado estrechos, que el significado que vive en su interior no sólo es muy pequeño, sino descaradamente insuficiente. Y eso nos genera un problema que, para muchos, para la mayoría, será seguramente insignificante, pero para mí resulta de absoluta gravedad: no reconocemos, no dimensionamos el vasto horizonte político que nos rodea, nacido indefectiblemente de nosotros, de nuestras relaciones sociales, y del cual, nos guste o no, inevitablemente formamos parte.

En las cámaras legislativas y en los palacios de gobierno se hace política; en tales lugares laboran (¿laboran?) hombres y mujeres denominados políticos y que, con algo de suerte, son profesionales. Esto todo el mundo lo sabe y, para su desgracia, lo sufre. Lo que quizá no sepa todo el mundo es que en todos y en cada uno de nosotros habita un político que hace política en los lugares que frecuenta: en su trabajo, con sus compañeros, sus jefes o sus empleados; en su casa, con su familia o con sus amigos; etcétera. Con razón o sin ella, muchos nos quejamos, a veces por fidelidad a las tradiciones y a veces por mero gusto, de tales políticos profesionales, y decimos que son unos ignorantes y que no saben hacer su trabajo... irónico. ¿Y somos nosotros buenos políticos? Si no sabemos que lo somos, ¿sabremos hacer bien nuestro trabajo? A mí, al menos, me queda muy claro que no.

La política no sólo existe para resolver crisis y problemas ocasionales, tiene una función considerablemente más valiosa: mejorar la vida de quienes la practican, en especial de quienes lo hacen virtuosamente. Quien por vicio o por ignorancia es un mal político, no sólo es malvado con sus semejantes, es también malvado consigo mismo. Pero usted no me

malinterprete, no pretendo darle un sermón. La política se sirve de incontables recursos y herramientas; es prudente conocer sus alcances, sus limitantes, y, sobre todo, aprender a usarlas sin miedo, cosa que al principio puede costar cierto trabajo. Eso sí, la política debe tener sus reglas: es y debe ser pragmática, pero nunca traicionera ni injusta.

Permítaseme definir ahora las cualidades del buen político. Antes que todo, esta persona debe ser consciente del contexto que la rodea a ella y a su comunidad, es decir, debe entender su posición y la situación en la que está parada, y no vivir enajenada de la realidad. Después, debe agudizar su sensibilidad para percibir lo que desean los individuos y los colectivos con los que trata, pues esta información suele ser beneficiosa a la hora de entablar acuerdos; por otro lado, debe tener claras sus potencialidades y limitaciones en cuanto a lo que puede ofrecer a los demás o apoyar en la satisfacción de los intereses de otros, siempre y cuando fuere pertinente contribuir en tal satisfacción. Sobre la base de estos conocimientos, debe mostrar una destreza elevada en sus habilidades comunicativas a fin de ejercitar exitosamente una negociación: debe saber, naturalmente, qué cosas decir y cómo decir las, pero también, y no menos importante, qué cosas no decir y mantenerlas en silencio.

El buen político debe, asimismo, comprender a sus interlocutores, saber qué esperar de ellos, y en función de esto ajustar su comportamiento, dependiendo de las circunstancias, en búsqueda de una resolución favorable, procurando en todo momento no resultar hipócrita ni condescendiente. Si hay necesidad o perversidad en los tratantes que impida dialogar, y el político sensato cuenta con elementos suficientes, éste debe tener la fortaleza para enfrentar a sus oponentes valiéndose de los recursos necesarios para ello; cuando la diplomacia se torna estéril, puede ser precisa una demostración de fuerza, y el buen político no debe temerle. El bien común no consiste en el bien de muchos, ni de la mayoría, ni en la suma de todos los bienes individuales, sino en el bien compartido por quienes conforman una determinada comunidad; la identificación, consecución, preservación e incrementación del bien común, sin menoscabo del de otras comunidades, debe ser, siempre y en todo lugar, la estrella que oriente el proceder del buen político, cualesquiera que sean los niveles en que opere, desde el familiar hasta el estatal.

Quien huye de la política es como una persona que tiene delante de sí un plato con comida, pero decide no usar los cubiertos por temor a picarse la lengua, de modo que se bate, tira el alimento y ni siquiera lo disfruta. Huir de la política es un acto de cobardía y de

insensatez: de cobardía por no querer asumir la responsabilidad de las propias acciones y decisiones, y de insensatez porque, de todos modos, no decidir ni actuar traerá consecuencias, y probablemente no las mejores. Es preferible tomar cartas en el asunto, participar, discutir, evaluar opciones, forjarse un criterio y ejercer un derecho natural, así en el ámbito común como en el individual. No reflexionar en ello por desidia es una de las peores omisiones que el ser humano puede cometer a pesar de su capacidad y en perjuicio de su propio bienestar.

Por medio de esta tesis haré patente esa vasta amplitud de nuestro horizonte político, pero también y desde ahora le invito a usted a que reflexione sobre su desempeño político en lo colectivo y en lo individual, por si hubiere algo perfectible para su práctica cotidiana. Aquí concluyo el Proemio, no sin desearle a usted que no encuentre a esta tesis excesivamente fastidiosa ni aburrida, así como no menos espero que le resulte, por pequeña que fuere, de alguna utilidad.



# INTRODUCCIÓN

## VIDA Y OBRA DE JENOFONTE<sup>1</sup>

La información sobre la vida de Jenofonte procede de sus propias obras y de las *Vidas de los filósofos famosos* de Diógenes Laercio (libro II: 48-59). Nació en Atenas hacia el año 430 a. C. Fue hijo de Grilo, perteneciente al demo ateniense de Erquía y proveniente de una familia acaudalada, de la clase censitaria de los caballeros (*hippeis*); fue también discípulo de Sócrates, a quien conoció en su juventud hacia 410 a. C.

Participó en la Expedición de los Diez Mil (401-399 a. C.) al servicio del príncipe persa Ciro el Joven, invitado por su amigo el estratego Próxeno de Beocia. Tras la muerte de Ciro y el asesinato de cinco estrategos griegos, incluido Próxeno, Jenofonte fue electo estratego; su ascenso se dio justamente en sustitución de su amigo, lo que me hace sospechar que Jenofonte era su teniente o lugarteniente (él explicita que no era estratego, ni capitán, ni soldado, pero no hace explícito que no fuera teniente o lugarteniente).<sup>2</sup> Ya bastante avanzado el retorno, se le ofreció el mando absoluto del ejército, pero lo rechazó.

Jenofonte fue desterrado de Atenas, seguramente en 399 a. C. Según él, todavía no se le desterraba cuando estaba con Seutes en Tracia, cerca de Bizancio, a finales de 400 ó principios de 399 a. C.<sup>3</sup> Lo más probable es que se le desterrara por haber participado en la expedición de Ciro el Joven contra su hermano, el rey de Persia Artajerjes II, pues éste era aliado de Atenas, y por entregar el contingente sobreviviente de mercenarios (más de 6,000 soldados) al militar espartano Tibrón, quien dirigía la campaña espartana contra los persas

---

<sup>1</sup> Las fuentes que he consultado para esta breve biografía de Jenofonte y para los comentarios acerca de su obra son las introducciones a la *Anábasis*, la *Ciropedia* y las *Helénicas* en las ediciones publicadas por Gredos; aunque no inserto citas textuales, estas ideas no son mías, sino que son en buena medida una síntesis y paráfrasis de la información contenida en dichas introducciones, especialmente la de Carlos García Gual.

<sup>2</sup> *Vid.* JENOFONTE, *Anábasis*, III: i: 4-10.

<sup>3</sup> *Ibidem*, VII: vii: 57.



en Asia Menor. Se desterró a Jenofonte porque sus acciones pusieron en peligro las relaciones diplomáticas entre Atenas y Persia, pero probablemente también porque provenía del elevado rango social de los caballeros, que no era del agrado popular en la recientemente restaurada democracia ateniense.

Después de la expedición de Ciro, tuvo una estancia en Asia Menor con el rey Agesilao II de Esparta. Agesilao y Jenofonte fueron amigos, y éste luchó al lado de aquél en la Batalla de Coronea (394 a. C.) en contra de sus compatriotas atenienses, aliados de los tebanos. Como recompensa, los lacedemonios (o bien el rey Agesilao) le obsequiaron una finca en Escilunte, cerca de Olimpia, donde vivió entre 387 y 371 a. C.<sup>4</sup> También se especula que el destierro de Jenofonte pudo ocurrir no en 399 sino en 394 a. C., merced a su participación en la citada contienda junto a los espartanos; esta hipótesis, no obstante, es menos probable. Se casó con una mujer llamada Filesia y, alrededor de 382 a. C., tuvo a sus dos hijos: Grilo, el mayor y Diodoro, el menor.

Vivió un tiempo en Corinto después de la Batalla de Leuctra (371 a. C.), pues, debido a la derrota de Esparta frente a Tebas en esa batalla, su finca fue tomada por los eleos. Probablemente en 369 ó 368 a. C. se le revocó su destierro de Atenas, adonde posiblemente regresó. Tras esta revocación, Jenofonte mandó a sus dos hijos a combatir en la caballería ateniense. Grilo falleció heroicamente en la Batalla de Mantinea (362 a. C.); Jenofonte, según Diógenes Laercio, no lloró cuando recibió esta noticia, sino que se comportó con entereza, valiente y resignado, y exclamó “Sabía que lo engendré mortal”. Se escribieron numerosos epitafios y elogios fúnebres por la heroica muerte de Grilo, según Aristóteles.

Existe muy poca información acerca de los últimos años de Jenofonte, pero se dice que volvió a ser apreciado por sus conciudadanos atenienses y que disfrutó de cierto bienestar económico. Falleció probablemente en su ciudad natal o en Corinto hacia el año 354 a. C. (después de 355 a. C.).

Jenofonte ha sido considerado una de las voces más notables del estrato aristocrático griego en crisis y de su cultura. Motivado por su espíritu inquieto y por su decepción por el desastre público sufrido en Atenas tras la Guerra del Peloponeso y el gobierno de los Treinta Tiranos, decide seguir una vida de aventura y tiene sus experiencias militares; después de esos años activos, ante el terrible desorden que todavía asolaba a toda la Hélade, su mensaje

---

<sup>4</sup> *Ibidem*, V: iii: 4-13.

es una invitación a la medida, a la vida honrada y a la búsqueda de la virtud. El ateniense fue un gran defensor de los ideales helénicos tradicionales; sin embargo, a pesar de tener ideas conservadoras, fue precursor del helenismo y del estoicismo en algunos aspectos. Compartió con Platón e Isócrates, compatriotas y contemporáneos suyos, el afán pedagógico, la preocupación política, el interés ético y el alejamiento de los asuntos públicos de Atenas; para Jenofonte, la codicia, el egoísmo y la ambición desmedida eran las causas del continuo desgarramiento de la vida política de Grecia. Tuvo simpatía, en fin, por el ideal de vida esforzada, sobria, tradicional y simple.

Se asume que Jenofonte escribió la mayoría de sus obras durante su estancia en Escilunte y Corinto (o Atenas). En sus escritos se aprecian el coraje, el optimismo racional y la resolución individual como medios de vida, se expresa la esperanza en la superación de las adversidades, se valora el modo de vida típico griego, agonístico y piadoso, para no hundirse en la desgracia, y se exalta a los individuos que tienen el valor o la voluntad de afrontar los rigores del destino. Su obra fue bien conocida y muy leída ya desde su época y en los siglos posteriores.

## ANTECEDENTES

El estudio de los mercenarios antiguos no es reciente, puesto que se remonta, por lo menos, hasta el decenio de 1920; las obras de Stéphane Gsell,<sup>5</sup> más amplia, y de Herbert William Parke<sup>6</sup> y Guy Thompson Griffith,<sup>7</sup> más específicas, son ya clásicas para el asunto, aunque me temo que yo no he podido consultarlas, dado que no las he encontrado disponibles. El antiguo mercenariado ha sido estudiado, desde entonces, por las historiografías castellana, catalana, italiana, griega, alemana, francesa e inglesa, pero sobre todo por estas dos últimas. Han sido los historiadores anglosajones (cosa un tanto curiosa, dado que ellos no pertenecen al ámbito mediterráneo, ya no se diga al griego), de cerca seguidos por los franceses, quienes más han

---

<sup>5</sup> STÉPHANE GSELL, *Historie ancienne de L'Afrique du Nord*, tomo III: *Histoire Militaire de Carthage*, París, 1920.

<sup>6</sup> HERBERT WILLIAM PARKE, *Greek Mercenary Soldiers. From the Earliest Times to the Battle of Ipsus*, Chicago, 1933.

<sup>7</sup> GUY THOMPSON GRIFFITH, *The Mercenaries of the Hellenistic World*, Cambridge, 1935.

abonado al conocimiento sobre los mercenarios griegos, tanto de la Época Clásica como de la Helenística.

Las demás historiografías y la francesa (aunque, hasta lo que he visto, no la alemana) han tomado un camino relativamente comprensible y, en general, han orientado sus investigaciones hacia los mercenariados antiguos de sus naciones respectivas, sin que esto signifique que se hayan olvidado por completo de los mercenarios helénicos. De esta forma, puede verificarse cómo la historiografía española se ha inclinado por investigar a los mercenarios de los pueblos ibéricos, la italiana otro tanto con los mercenarios de los pueblos itálicos, o la francesa con los mercenarios galos (por ejemplo, historiadores como Gianluca Tagliamonte para Italia o Luc Baray y Sandra Péré-Noguès para Francia). Habiendo aclarado lo anterior, puedo presentar, en síntesis, los principales antecedentes.

En un artículo publicado originalmente en la revista *Nova Tellvs* en 1999,<sup>8</sup> José Ricardo Francisco Martínez Lacy presentó una puesta al día de los estudios historiográficos sacados a la luz durante la segunda mitad del siglo pasado acerca de los ejércitos helenísticos, y dado que en estos ejércitos los mercenarios tenían un papel muy importante, los estudios aludidos, o al menos algunos, refieren cierta información que me resulta útil. En 1949-1950 se publicaron las *Recherches sur les armées hellénistiques* de Marcel Launey,<sup>9</sup> “el estudio más completo sobre el tema” en palabras de Martínez Lacy, pero una obra terriblemente clasicista: en ella, los ejércitos con mayoría de soldados griegos en el mundo helenístico son apreciados como elementos civilizadores, mientras que pueblos como los egipcios o los mesopotámicos son considerados carentes de civilización.

Según Martínez Lacy, mostrar la aculturación por los soldados helenos es el verdadero propósito de Launey en su obra, pero si me he detenido yo en esta cuestión es porque parece que el principal problema que se ha atajado acerca de los ejércitos, los soldados y los mercenarios ha sido precisamente el de la aculturación, y más específicamente, el de la

---

<sup>8</sup> JOSÉ RICARDO FRANCISCO MARTÍNEZ LACY, “Los estudios actuales sobre los ejércitos helenísticos”, en *Nova Tellvs*, México, Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, vol. XVII, número 1, 1999, pp. 189-216. Sin embargo, este artículo fue publicado por segunda ocasión, con el mismo título, como el capítulo VIII del libro JOSÉ RICARDO FRANCISCO MARTÍNEZ LACY, *¿En busca del tiempo perdido? Ensayos sobre historia antigua*, introducción crítica de Álvaro Matías Moreno Leoni, México, Seminario de Hermenéutica del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, pp. 115-138 (Cuadernos del Seminario de Hermenéutica, 22). Es en este libro donde yo he consultado el texto.

<sup>9</sup> MARCEL LAUNEY, *Recherches sur les armées hellénistiques*, 2 vols., París, 1949-1950; segunda edición con un postfacio de Yvon Garlan, Philippe Gauthier y Claude Orrieux, 1987.

helenización. Como se verá más adelante, Launey, quien comenzó a escribir su texto en 1932, lo acabó en 1946 y todavía lo adicionó en 1950, no fue el primero ni el último en dedicarse a la problemática de la helenización, pero antes de entrar de lleno en este aspecto cultural, quisiera enunciar otros aspectos que acerca de los mercenarios se han observado.

Los mecanismos de reclutamiento y de pago de los mercenarios son otra cosa que el mismo Launey trató brevemente en la introducción de su obra; luego, en el tercer capítulo del segundo volumen (que es el último capítulo de la primera parte llamada “Investigaciones étnicas”), titulado “De la condición social del soldado”, es retomada por Launey la paga de los mercenarios y se describen “la manera en que los artistas plásticos y literarios los representaban y el modo en que sus deudos los conmemoraban en sus epitafios.” Para acabar con este autor, el último capítulo del segundo volumen y a la vez de la segunda parte llamada “Investigaciones sociológicas” discurre acerca de las formas o asociaciones políticas y señala “lo sociable de los griegos y pasa a enumerar las asociaciones profesionales, de edad, étnicas y culturales. Al fin de cuentas [Launey] expresa su preocupación por ‘los contactos de las razas’, ausentes de estas asociaciones.”

Otro historiador francés, Jean Delorme, en su obra *Gymnasium. Études sur les monuments consacrés à l'éducation en Grèce, des origines à l'empire romain*,<sup>10</sup> “niega la relación entre el gimnasio y el entrenamiento militar en la época helenística, [...] señalando, con razón, que en todo caso los ejércitos de los nuevos reinos helenísticos recurrían sobre todo a mercenarios.” Por otro lado, Frank Ezra Adcock, en *The Greek and Macedonian Art of War*,<sup>11</sup> donde se ocupa de la estrategia, observa “que las potencias helenísticas se disputaban territorios que las pudieran proveer de mercenarios”. Por su parte, Pierre Lévêque, en su texto “La guerre à l'époque hellénistique”,<sup>12</sup> dice “que los ejércitos del periodo estaban formados ‘fundamentalmente’ por mercenarios”, “que los mercenarios resultaron pocos y caros, y que los reinos se vieron obligados a reclutar a sus propios habitantes.” Lévêque también habla “de la barbarización progresiva del ejército, tanto por el reclutamiento de mercenarios, como por el de soldados aborígenes.” Al fondo de esta lista se halla Yvon

---

<sup>10</sup> JEAN DELORME, *Gymnasium. Études sur les monuments consacrés à l'éducation en Grèce, des origines à l'empire romain*, París, 1960, pp. 471-474.

<sup>11</sup> FRANK EZRA ADCOCK, *The Greek and Macedonian Art of War*, Berkeley, 1957, cap. V, p. 72.

<sup>12</sup> PIERRE LÉVÊQUE, “La guerre à l'époque hellénistique”, en JEAN-PIERRE VERNANT (ed.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París, 1978, pp. 261-287.

Garlan,<sup>13</sup> el más prolífico de los historiadores franceses dedicados al estudio de los mercenarios antiguos; su obra, sin embargo, es general y bebe mucho de la de Launey, de tal modo que reitera consideraciones ya observadas con anterioridad. Martínez Lacy resume a más autores, pero los omito yo porque sus trabajos no guardan conexión con el mío.

Con respecto a la esfera cultural, en lo tocante a la helenización de poblaciones bárbaras por agentes mercenarios, la mayor parte de la bibliografía a la que he tenido acceso digital es de procedencia castellana; en consecuencia, ha sido ciertamente el caso ibérico el que se me ha vuelto más familiar, y, por ende, será el que se reflejará mejor en mi tesis. El iniciador de los estudios históricos acerca de los mercenarios antiguos en España fue Antonio García y Bellido, uno de los principales investigadores de la historia militar de la España Antigua, si bien fue un historiador multifacético; su obra centrada “en el fenómeno del mercenariado hispano en el Mediterráneo central y oriental entre el siglo V a. C. y el final de la Segunda Guerra Púnica”<sup>14</sup> está integrada por trabajos publicados en 1934, 1935, 1939, 1940-1941, 1948, 1954, dos en 1962, 1963, 1969-1970 y, póstumamente, 1974 (es impertinente enlistar aquí la producción de García y Bellido, mas puede consultarse en la bibliografía).<sup>15</sup>

García y Bellido sostuvo que el mercenariado hispánico fue un factor relevante para la helenización de la España prerromana, lo que puede notarse desde su primera publicación,<sup>16</sup> y, según los académicos Alberto Pérez Rubio y Fernando Quesada Sanz, otros autores posteriores entre 1966 y 1986 también sostuvieron esta idea (nótese cómo en toda esta época, entre las décadas de 1930 y 1980, hay relación en torno a los planteamientos culturales entre la historiografía española y la francesa arriba expuesta); empero, “nuevas visiones [...]

---

<sup>13</sup> De este autor *vid. La guerre dans l'antiquité*, París, 1972; *Guerres et économie en Grèce ancienne*, París, 1989; y ‘War and siegecraft’, en “Hellenistic science: its application in peace and war”, en FRANK WILLIAM WALBANK, ALAN EDGAR ASTIN *et al.* (eds.), *The Cambridge Ancient History*, vol. VII, parte I: *The Hellenistic World*, Cambridge, Cambridge University Press, segunda edición, 2008, pp. 353-362.

<sup>14</sup> ALBERTO PÉREZ RUBIO y FERNANDO QUESADA SANZ, “Antonio García y Bellido y la historia militar antigua de Iberia. Pasado y presente de una línea historiográfica”, en EDUARDO SÁNCHEZ MORENO (coord.), *Veinticinco estampas de la España antigua. Cincuenta años después (1967-2017). En torno a la obra de Antonio García y Bellido y su actualización científica*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2019, p. 180 (SPAL Monografías Arqueología, XXXI).

<sup>15</sup> Si se desea conocer de manera más completa la obra historiográfica de Antonio García y Bellido, consúltese la bibliografía del capítulo de Alberto Pérez Rubio y Fernando Quesada Sanz, donde aparecen más textos acerca de otras temáticas.

<sup>16</sup> *Cfr.* ANTONIO GARCÍA Y BELLIDO, “Factores que contribuyeron a la helenización de la España prerromana. Los iberos en la Grecia propia y en el Oriente helenístico a través de los escritores antiguos”, en *Boletín de la Real Academia de la Historia / Publicaciones de la cátedra y becarios de la Fundación “Conde de Cartagena”*, Madrid, Real Academia de la Historia, número 104, 1934, pp. 639-670, 5 láms.

han matizado mucho tanto la idea como la aplicabilidad misma del concepto estricto de «helenización» al mundo ibérico.”<sup>17</sup> Dentro de estas “nuevas visiones”, que pueden ubicarse a partir del decenio de 1990, ha destacado la voz del propio Quesada Sanz, líder actual de la investigación historiográfica acerca del mercenariado y otros aspectos bélicos de la Antigua España;<sup>18</sup> este historiador ha rebatido los postulados de García y Bellido argumentando la imposibilidad de una helenización palpable en Iberia antes de 237 a. C., pero afirmando que después de esta fecha se iría integrando la Península al dominio cultural grecorromano.<sup>19</sup> Para concluir los Antecedentes, los intercambios culturales con otras regiones del Mediterráneo han acaparado en nuestros días la discusión académica.

## PLANTEAMIENTO

Como es sabido, la famosa Expedición de los Diez Mil fue una incursión de mercenarios griegos al servicio del príncipe persa Ciro el Joven con la atrevida pretensión de derrocar a su hermano mayor, el rey Artajerjes II, y así ocupar él mismo el majestuoso trono de Persia. Como también se sabe, el ambicioso objetivo de la incursión no se logró; a pesar de que el valeroso ejército mercenario derrotó a las fuerzas del rey en la Batalla de Cunaxa, Ciro falleció en el enfrentamiento y el ejército griego se vio obligado a emprender un largo y complicado viaje de retorno, a través del peligroso y hostil Imperio Persa, para escapar de Artajerjes y sus aliados y regresar a salvo a tierras griegas.

La travesía de los Diez Mil ha sido narrada por Jenofonte de Atenas en su *Anábasis* no sin cierto toque épico o heroico. Jenofonte, autor no tan prodigioso para la Historia, aunque extraordinario para la Crónica, participó en la Expedición de los Diez Mil invitado por su querido amigo, el estratega Próxeno de Beocia. No queda muy claro a título de qué

---

<sup>17</sup> PÉREZ RUBIO y QUESADA SANZ, *op. cit.*, p. 181.

<sup>18</sup> Acerca de los estudios recientes sobre historia militar antigua de España *cf.* FERNANDO QUESADA SANZ, “Historia Militar de España. Prehistoria y Antigüedad. Una aproximación historiográfica (2008-2015)”, en ENRIQUE GARCÍA HERNÁN (coord.), *Estudios historiográficos, glosario y cronología*, tomo VI de la colección *Historia Militar de España* [2020], HUGO O’DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA (dir.), ENRIQUE GARCÍA HERNÁN Y JOSÉ MARÍA BLANCO NÚÑEZ (coords.), 9 vols., Madrid, Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa / Comisión Española de Historia Militar / Real Academia de la Historia, 2017, pp. 23-38.

<sup>19</sup> *Cf.* FERNANDO QUESADA SANZ, “Vías de contacto entre la Magna Grecia e Iberia: la cuestión del mercenariado”, en DESIDERIO VAQUERIZO GIL (coord.), *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y la Península Ibérica*, Córdoba, Diputación provincial, 1994, pp. 191-242.

entró Jenofonte en esta expedición: no era estratego ni capitán, pero tampoco hoplita ni peltasta (sospecho que era el lugarteniente de Próxeno). Empero, tras ser asesinados el beocio y otros cuatro estrategos, Jenofonte ocupó el cargo de su difunto amigo.

Siendo el ejército de los Diez Mil una comunidad, resulta necesario que se haya manifestado dentro de su seno la facultad política de hombres que debían tomar decisiones colectivas para sobrevivir en un entorno adverso y que, presumiblemente, no dejaban de tener aspiraciones o ambiciones de poder (traducidas, bajo este peculiar contexto, en el interés por mandar sobre una miríada de personas armadas, no precisamente caracterizadas por tener escrúpulos, en un territorio tan riesgoso como fecundo y abundante en toda clase de riquezas). Como es evidente, un solo hombre habría sido totalmente incapaz de comandar a sus anchas una fuerza militar tan grande, de tal forma que era menester contar con un grupo de dirigentes que coordinara, en conjunto, las acciones militares.

¿Cómo fueron la dimensión y la dinámica políticas en el ejército de los Diez Mil? Así formulo la pregunta rectora que guiará mi investigación, y para auxiliarme en semejante tarea, me serviré de algunas preguntas secundarias: ¿cómo ascienden los oficiales a sus puestos? ¿Cuáles eran las respectivas atribuciones y responsabilidades de los estrategos, los capitanes y los tenientes o lugartenientes? ¿Qué diferencias había entre dichos puestos? ¿Qué hacen los oficiales con el poder que se les confiere? ¿Cuál es la jerarquía entre los que tienen un mismo rango? ¿Cómo toman las decisiones? ¿Cómo terminan las dirigencias de los oficiales? Para responder estas interrogantes será preciso partir de dos bases fundamentales que me permitan encauzar el desarrollo de esta tesis en un estudio de caso: la primera, la operatividad política y sus mecanismos tradicionales en los ejércitos mercenarios del Mediterráneo Antiguo; la segunda, la retórica como herramienta vital para el desempeño habilidoso de la práctica política, como puede apreciarse en los numerosos diálogos y discursos de Jenofonte.

## **HIPÓTESIS**

Intentaré demostrar en esta tesis que el ejército de los Diez Mil constituyó un ente político de conformidad con el sustrato esencial del ser humano, de tal modo que la riesgosa situación

que vivió esta corporación en su viaje de retorno a tierras griegas no anuló la cualidad política de una comunidad así de mercenarios, la expandió. Consecuentemente, serán tres las cosas que yo pretenderé mostrar: la primera, cómo los oficiales que dirigieron tal comunidad no olvidaron ni perdieron sus proyectos e intereses personales; la segunda, que dichos proyectos e intereses tendían a involucrar a las fuerzas extranjeras; la tercera, que tales proyectos e intereses tendían a enfrentarse con la voluntad de la tropa mercenaria.

## **OBJETIVOS**

La política es inherente al ser humano y está presente siempre que éste se reúne en comunidad, independientemente del tipo o de la especie de ésta. Es justamente la política, y ninguno otro, el objeto que me dispongo a estudiar en mi tesis: la política en el ejército mercenario de Jenofonte, el ejército mercenario de la Expedición de los Diez Mil. Desgloso enseguida mis objetivos:

- **GENERAL**
  - COMPRENDER la dimensión política en el ejército de los Diez Mil, teniendo presentes sus características específicas y las condiciones que le imponía el ambiente en el que se encontraba.
  
- **PARTICULARES**
  - EXPLICAR la dinámica política en el plano temporal, esto es, la consecución de los actos políticos en el ciclo de ascenso, permanencia y descenso de los diferentes personajes en el poder.
  - EXPLICAR la dinámica política en el plano estamental, esto es, la producción de los actos políticos en el marco de mandos y subordinados que condicionó a las partes en su proceder.
  - COMPARAR, desde una mirada más panorámica que minuciosa, el caso del ejército de los Diez Mil con el mercenariado helénico en extenso de las épocas Clásica y Helenística.



- ANALIZAR ciertos pasajes de la obra de Jenofonte, particularmente sus diálogos y discursos, como vehículos transmisores del ejercicio político que, valiéndose de la retórica, practicaron los actores políticos.

## JUSTIFICACIÓN

En cumplimiento del deber que la academia obliga, diré que mi estudio se justifica, antes que todo, porque lo que se ha elaborado en relación con mi tema, hasta el día de hoy, es historia militar, mas el estudio que yo proyecto es de historia política; mi interés por examinar los diálogos y discursos de Jenofonte no es gratuita. Si algo valiere esta tesis sería por reconocer una cualidad más amplia de la política y por buscar comprender cómo surge, cómo ocurre, cómo se hace esta política.

En fin, casi al final del artículo que he referido de Martínez Lacy puede leerse, al respecto del mundo helenístico, que “Tanto para ellos [*sc.* los reinos helenísticos] como para la Grecia metropolitana, la guerra era un hecho de la vida cotidiana, y el ejército, la institución estatal más importante. Es pues paradójico que hasta ahora no se haya tratado de investigarlo sistemática y exhaustivamente”.<sup>20</sup> En la última frase de otro texto un poco más reciente de este mismo autor, esta vez comparando a los mundos helenístico y romano, reaparece el juicio valorativo hacia el ejército: “Esto implica que en ambos tipos de sociedad [*sc.* la helenística y la romana] el ejército era la institución pública y de gobierno más importante.”<sup>21</sup> Mi punto de partida, siguiendo a Martínez Lacy, es que el ejército fue una entidad fundamental durante el periodo helenístico, aunque no haría yo mal en señalar que durante toda la Antigüedad, que no ha sido satisfactoriamente estudiada. Cabe, sin embargo, profundizar en el asunto, comenzando por precisar dos cosas: la primera, que los ejércitos de corte helenístico se caracterizaron por contar entre sus filas con cuerpos de soldados

---

<sup>20</sup> MARTÍNEZ LACY, *op. cit.*, p. 137.

<sup>21</sup> JOSÉ RICARDO FRANCISCO MARTÍNEZ LACY, “Comparación entre los ejércitos helenísticos y el ejército romano bajo los Antoninos”, en LIBORIO HERNÁNDEZ GUERRA (ed.), *Actas del II Congreso Internacional de Historia Antigua. “La Hispania de los Antoninos (98-180)”*. Valladolid, 10, 11 y 12 de noviembre de 2004, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2005, pp. 339-343. No obstante, este texto también fue publicado por segunda ocasión, con el mismo título, como el capítulo XXI del libro *¿En busca del tiempo perdido? Ensayos sobre historia antigua*, *op. cit.*, pp. 265-271. La cita está en la p. 271.

mercenarios;<sup>22</sup> la segunda, que estos soldados mercenarios, si bien habían existido por lo menos desde el siglo VII a. C.,<sup>23</sup> tuvieron su gran época “en el Mediterráneo durante la guerra del Peloponeso (431-404 a. C.) y en adelante.”<sup>24</sup> No está de más recordar que la Expedición de los Diez Mil aconteció de 401 a 399 a. C., es decir, justo después de dicha guerra.

Pasaré a enfocarme en los mercenarios. La historiografía de muy buena parte del siglo pasado que se dedicó a estudiar la guerra en general y los ejércitos en particular en la Grecia Clásica y Helenística tendió a considerar al mercenariado “como un producto residual de las numerosas crisis socioeconómicas y políticas de la Hélade”.<sup>25</sup> Esta comprensión negativa del mercenariado estaba contrapuesta a la visión positiva que se tenía de los clásicos ejércitos ciudadanos, lo que afectó las investigaciones que se hicieron acerca de aquél. No obstante, en los últimos decenios, investigadores como los citados José Ricardo Francisco Martínez Lacy, Fernando Quesada Sanz y Daniel Gómez Castro han manifestado la pertinencia de modificar dicha percepción, haciendo notar la relevancia de primerísimo orden que tuvieron los contingentes mercenarios en el desarrollo histórico de la propia Grecia, del mundo helenístico e, incluso, del venidero Imperio Romano: el papel que desempeñaron como herramienta de las *póleis* y repúblicas en sus políticas exteriores fue determinante, entre otras cosas, para la conformación del mapa político internacional y, faltaba menos, para la evolución de la práctica de la guerra. De esta manera, en los últimos años se ha revalorizado el estudio de los ejércitos mercenarios como un recurso crucial para la plena comprensión de la Grecia Clásica y, sobre todo, del mundo helenístico. En consecuencia, la investigación que yo propongo sobre el ejército de los Diez Mil podría sumarse a la corriente que ahora observa al mercenariado antiguo, pero, además, con el atractivo que supone la particularidad de este caso al tratarse de un cuerpo que, merced a la situación anómala del fallecimiento del príncipe

---

<sup>22</sup> Cfr. FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN, *Los griegos. Un legado universal*, Madrid, Alianza Editorial, 2003, pp. 56-57 y 93.

<sup>23</sup> Cfr. GONZALO BRAVO CASTAÑEDA, ‘Las transformaciones del II milenio’ y ‘Situación política de Oriente durante el I milenio’, en “Primera parte. Estados, pueblos y sociedades próximo-orientales”, en *Historia del mundo antiguo. Una introducción crítica*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, reimpresión de 2000, pp. 77-122.

<sup>24</sup> FERNANDO QUESADA SANZ, “De guerreros a soldados. El ejército de Aníbal como un ejército cartaginés atípico”, en BENJAMÍN COSTA RIBAS y JORDI HUMBERTO FERNÁNDEZ GÓMEZ (eds.), *Guerra y ejército en el mundo fenicio-púnico. XIX Jornadas de arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 2004)*, Eivissa, Conselleria d’Educació i Cultura del Govern de les Illes Balears, 2005, p. 146 (Treballs del Museu Arqueològic d’Eivissa i Formentera, 51). *Vid.* pp. 131 y 135.

<sup>25</sup> DANIEL GÓMEZ CASTRO, “El mercenario en el mundo griego a la luz de los estudios contemporáneos: reflexión teórica y nuevas tesis”, en *Habis*, Sevilla, Universidad de Sevilla, número 41, 2010, p. 96.

Ciro, su empleador, se vio obligado a efectuar una rearticulación tanto de sus mandos como de sus objetivos.

## FUENTE

Esta tesis se basa exclusivamente en una fuente, la mencionada *Anábasis* de Jenofonte, quien tenía una asombrosa habilidad literaria, aunque la crítica moderna especializada no le ha disculpado sus carencias historiográficas. Como historiador, Jenofonte no siguió el método de investigación de Tucídides, que procedía de la medicina hipocrática y que consistía en la observación crítica de la sociedad, en la interpretación racional de los mitos, en la comparación entre el presente y el pasado, y en la confrontación de diversos testimonios con la finalidad de encontrar la verdad. En primera instancia, Jenofonte no realizó una investigación tan exhaustiva de sus fuentes, con las que tampoco fue muy crítico, y omitió muchos acontecimientos, aunque es difícil determinar con exactitud las razones de sus silencios. Algunos motivos quizá hayan sido la falta de información que recibía de sus informantes, sobre todo espartanos, la poca relevancia que pudo concederle a los sucesos, o la edición posterior a la que fue sometido su escrito original a manos de copistas que pudieron haber interpolado o excluido algunas secciones de su obra. Aunado a esto, Jenofonte tampoco se dispuso a buscar la causalidad de los hechos, por lo que no distinguió entre causas y consecuencias; él pretendía, más bien, dar una perspectiva moral de las cosas, sin ofrecer una vinculación entre los sucesos y sus porqués.

A pesar de lo anterior, una característica de la obra de Jenofonte que es común en la historiografía de la época es el uso de discursos imaginados. Al respecto, es pertinente traer a colación que en aquellos tiempos seguía muy latente la oralidad ante la escrituralidad, de tal manera que ésta era permeada fuertemente por aquélla (“toda la tradición retórica occidental [...] conserva huellas de la tradición oral, desde la antigüedad clásica hasta el siglo XVIII”).<sup>26</sup> Dada la imposibilidad de retener íntegramente la palabra hablada, los discursos

---

<sup>26</sup> WALTER JACKSON ONG, *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*, prefacio y postfacio de John Hartley, traducción de Angélica Scherp, traducción del prefacio y postfacio de Alejandra Ortiz Hernández, México, Fondo de Cultura Económica, segunda edición, 2016, p. 93 (Sección de obras de lengua y estudios literarios).

escritos no comunican el mensaje literal que los oradores expresaban públicamente; empero, transmiten, con otras palabras, el contenido verosímil que se vertía en las participaciones de tales personajes o, al menos, eso era lo que aspiraban conseguir. En esta tónica, los diálogos y discursos de Jenofonte, como los de Tucídides, son sumamente profesionales, joyas auténticas de la clásica retórica griega. Volviendo a lo mío, la *Anábasis* es considerada una de las mejores obras de Jenofonte y de la literatura antigua, sin duda porque es una crónica.<sup>27</sup> En este texto conviven tres componentes, entre otros, que conviene tener muy presentes al momento de trabajar con él: uno apologético, uno literario y uno pedagógico; Carlos García Gual los ha indicado y matizado, me parece, con excelente tino, y como no me gusta la manía de parafrasear las ideas que ya han sido bien expuestas, me permito transcribir largamente su opinión, misma que yo, evidentemente, suscribo:

Jenofonte habría querido dejar en claro su papel en la expedición, en vista de otras versiones que ya circulaban en Atenas, subrayando que marchó con Ciro sin tener conciencia, en un principio, de su plan de derrocar a Artajerjes II, y, luego, su actuación de consejero salvador en la retirada. [...] Desde luego, la tendencia apologética es patente [...] Lo que no quiere decir que sea un relato tendencioso. Jenofonte escribe sus recuerdos personales de la expedición, a más de veinte años tal vez, apoyándose quizás en algunos apuntes o un diario de viaje. Pero escribe con un propósito mucho más amplio que el de redactar un escrito exculpatorio o laudatorio. Si la *Anábasis* tiene algo de «rendición de cuentas», es también una «rendición de cuentas» consigo mismo, una rememoración orgullosa y sincera de su pasado.

[...] La *Anábasis* [...] tiene un cierto aire épico y, a la par, un regusto herodoteo, al evocar paisajes, costumbres locales, fauna y flora, caracteres de diversos personajes, las emociones de las gentes en una determinada situación. Tiene el aroma auténtico de lo vivido y recordado de un modo real. Los mismos discursos, tan de acuerdo con la práctica retórica de la historiografía de la época, tienen un notable dramatismo, a la vez que una gran verosimilitud. Los retratos que se introducen [...] están trazados con mano firme y diestra, [...] aunque, naturalmente, Jenofonte se presente a sí mismo bajo una luz favorable. [...] su estilo de pinceladas cortas, su modo de contar, transmite bien las impresiones de momentos decisivos con singular dramatismo. [...] Describe con trazos sobrios, pero bastante precisos, a los actores de sus historias y presta atención a los movimientos de las tropas y a las tácticas y estrategias militares.

Otro rasgo importante [...] es la exposición que Jenofonte hace de cómo, en circunstancias críticas, la camaradería de los guerreros se sobrepone a las rivalidades y a los estrechos límites de los nacionalismos. Por encima de su procedencia local [...], los griegos se sienten hermanados en una empresa militar común, frente a los bárbaros. Hasta qué punto

---

<sup>27</sup> La edición que he consultado y con la cual trabajaré es JENOFONTE, *Anábasis*, introducción de Carlos García Gual, traducción y notas de Ramón Bach Pellicer, Madrid, Gredos, 1982, reimpresión de 2015, pp. 5-305 (Biblioteca Clásica Gredos, 20).

se intenta preluar con este relato un ideal panhelénico es discutible. Se expone, ante todo, un hecho real: que, en un contexto preciso, enfrentados a una población y a una geografía hostiles, esos Diez Mil griegos, de variada procedencia, se sienten unidos en una causa común. [...Pero] hay que decir que la *Anábasis* se lee como lo que es, el relato de una gran aventura, de proporciones épicas, de valores novelescos. Sus personajes no son héroes como los nobles semidioses de antaño. Son figuras muy reales, soldados de fortuna, como tantos griegos mercenarios que vagaban por Asia y Egipto, profesionales de esa amarga ocupación en que muchos emigrantes helénicos habían probado su valer, desde hacía siglos.<sup>28</sup>

## CONCEPTUALIZACIÓN

Debido a que la historiografía no había abordado antes el estudio de los antiguos ejércitos mercenarios desde una perspectiva política como la que yo propongo, carezco de un marco teórico-metodológico previo que pueda aplicar en mi tesis. Me sostendré, empero, en una conceptualización breve y sencilla que he elaborado y que definiré enseguida, mas no sin aclarar que la posición que sostengo al respecto de la política no cancela en absoluto el papel que la cultura cumple en este ámbito: la condición del ser humano ha sido política desde el punto en que su consciencia le permite y lo fuerza a tomar posturas; la postura que tome y su actuación derivada atañen al campo que la cultura domina.

Ahora sí, los conceptos. Con dimensión política me refiero en abstracto a las relaciones de poder establecidas entre oficiales y comandantes, con el resto de los miembros de la expedición y con las fuerzas extranjeras, amigas o enemigas; con dinámica política me refiero en concreto a los actos políticos que normaron y definieron dichas relaciones de poder, o sea, a los actos políticos en los cuales se materializó la dimensión política. Con esta información podrá entenderse a cabalidad todo lo que en mi tesis habré de exponer.

---

<sup>28</sup> CARLOS GARCÍA GUAL, “Introducción”, en JENOFONTE, *Anábasis*, *op. cit.*, pp. 22-26.

## PRIMERA PARTE

### LOS MERCENARIOS MEDITERRÁNEOS Y SU ESPECTRO POLÍTICO EN LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA Y HELENÍSTICA

El ser humano es inevitablemente político, es decir, la condición política forma parte de su naturaleza tanto como la condición afectiva o emocional. Claro que las emociones humanas son variadísimas, y no lo son menos las maneras en que se expresan; sin embargo, por muy diferentes que sean las emociones y sus expresiones, todos los seres humanos son emocionales porque serlo es propio de su esencia. Así como hombres y mujeres no pueden huir de las emociones, no pueden hacerlo tampoco de la política, que les es coesencial. Pero con todo derecho alguien podría cuestionarme: ¿una actitud apolítica no es, acaso, una huida de la política? Y mi respuesta es no o, al menos, no totalmente: una actitud apolítica huye de la actividad política humana, no así de la condición política de su practicante; una actitud apolítica no deja de ser, pues, una actitud política. ¿En qué consiste entonces la condición política del ser humano? Consiste en dos realidades. La primera es que, si bien bajo contextos sumamente diversos y acerca de materias ampliamente distintas, todos los seres humanos están obligados a tomar postura, cuando no a tomar decisiones, de frente a las cuestiones y problemas inherentes a la vida social que incidan y afecten en el entorno de su comunidad. La segunda es que, de igual modo en contextos y materias bien distantes, no hay hombre ni mujer que no guarde aunque sea una mínima pizca de ambición de poder o, para decirlo en términos quizá más apropiados, de deseo de mandar, del afán de que se haga lo que uno quiere, de que se cumpla la voluntad de uno.

Los cimientos de esta sentencia pueden encontrarse ya en Aristóteles, si no es que surgieron desde antes. Por supuesto, no es que este filósofo lo haya reconocido explícita y literalmente de ese modo, pero puede desprenderse de sus aseveraciones que él no concebía

la política restringiéndola al ámbito relativamente estrecho de la *polis*: su *Política* comienza justamente dedicando el libro I a la “Comunidad política y comunidad familiar”, pues el principio y origen de toda ciudad no se encuentran sino en la institución de la familia, además de que es aquí donde se halla su famosa declaración del hombre como un animal social. Cito a Aristóteles:

Por tanto, la comunidad constituida naturalmente para la vida de cada día es la casa [...] Y la primera comunidad formada de varias casas a causa de las necesidades no cotidianas es la aldea.

Precisamente la aldea en su forma natural parece ser una colonia de la casa, y algunos llaman a sus miembros «hermanos de leche», «hijos e hijos de hijos». Por eso también al principio las ciudades estaban gobernadas por reyes, como todavía hoy los bárbaros: resultaron de la unión de personas sometidas a reyes, ya que toda casa está regida por el más anciano, y, por lo tanto, también las colonias a causa de su parentesco. Y eso es lo que dice Homero:

*Cada uno es legislador de sus hijos y esposas,*<sup>29</sup>

pues antiguamente vivían dispersos. [...]

La comunidad perfecta de varias aldeas es la ciudad, que tiene ya, por así decirlo, el nivel más alto de autosuficiencia, que nació a causa de las necesidades de la vida, pero subsiste para el vivir bien. De aquí que toda ciudad es por naturaleza, si también lo son las comunidades primeras. La ciudad es el fin de aquéllas, y la naturaleza es fin. En efecto, lo que cada cosa es, una vez cumplido su desarrollo, decimos que es su naturaleza, así de un hombre [...] o de una casa. Además, aquello por lo que existe algo y su fin es lo mejor, y la autosuficiencia es, a la vez, un fin y lo mejor.

De todo esto es evidente que la ciudad es una de las cosas naturales, y que el hombre es por naturaleza un animal social, y que el insocial por naturaleza y no por azar es o un ser inferior o un ser superior al hombre. Como aquel a quien Homero vitupera:

*sin tribu, sin ley, sin hogar,*<sup>30</sup>

porque el que es tal por naturaleza es también amante de la guerra [...]

La razón por la cual el hombre es un ser social [...] es evidente: la naturaleza, como decimos, no hace nada en vano, y el hombre es el único animal que tiene palabra. Pues la voz es signo del dolor y del placer, y por eso la poseen también los demás animales [...] Pero la palabra es para manifestar lo conveniente y lo perjudicial, así como lo justo y lo injusto. Y esto es lo propio del hombre frente a los demás animales: poseer, él sólo, el sentido del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, y de los demás valores, y la participación comunitaria de estas cosas constituye la casa y la ciudad.<sup>31</sup>

---

<sup>29</sup> HOMERO, *Odisea*, IX: 114-115.

<sup>30</sup> HOMERO, *Iliada*, IX: 63.

<sup>31</sup> ARISTÓTELES, *Política*, 1252b-1253a.

Es en las últimas palabras de esta cita donde se detecta claramente el componente político. Para Aristóteles existen diferencias importantes entre la administración y el gobierno de la casa y la administración y el gobierno de la *polis*; empero, según se desprende de los pasajes consignados, es lícito aplicar la cualidad política a ambos casos, así como a una comunidad cualquiera (puesto que lo autoriza la naturaleza social humana), en tanto se mira por lo que resulte conveniente y justo para dicha comunidad. De esta forma, un ejército mercenario como del que me ocupo en esta tesis, al ser una entidad con una estructura y un gobierno determinados y que procura para sí misma lo conveniente, aunque no necesariamente lo justo, bajo las características de su particular contexto, es admisible de hallarse estudiada en su faceta política.

## **I.I. EL ORIGEN DEL MERCENARIADO**

Como todo en el mundo, el fenómeno del mercenariado tiene un origen, y no es sino a éste al que debo en principio abocarme en la presente tesis. No hago referencia, sin embargo, a un origen cronológico sino al histórico, esto es a las causas que generaron la aparición de mercenarios en el antiguo Mediterráneo, ya que tal origen está en buena medida ligado, como se verá más adelante, al plano político que es objeto de mi actual estudio. A lo largo de este apartado presentaré las razones clasificadas en tres tipos según el poblado o el paraje en el cual se sitúen: las internas, cuando sean del mismo de los mercenarios; las externas, cuando no sean del mismo de los mercenarios; y las transversales, cuando sean de ambos.

### **I.I.I. CAUSAS INTERNAS**

Al respecto de este origen, comenzaré por exponer las razones internas a las poblaciones ofertantes de mercenarios. Encabeza la lista una razón emanada de las aportaciones que ha recibido la Historia, tan provechosamente, de la Geografía: aludo a la influencia del medio físico, según sus especificidades, sobre el universo de los seres humanos. Sírvame el caso del mercenariado etolio de la Grecia Clásica, en palabras de Francisco Javier Gómez Espelósín, como vía que muestre el impacto del orden natural sobre el social:



Uno de [los] estados «étnicos» era la confederación etolia, que ocupaba una de las regiones más montañosas y agrestes de las costas noroccidentales del continente griego. Los escasos testimonios que tenemos sobre la historia etolia a lo largo de la época clásica coinciden en su descalificación como semibárbaros que hablaban un dialecto ininteligible, habitaban en aldeas fortificadas y llevaban constantemente las armas consigo. [...]

Sin embargo, estas diferencias llamativas resultan perfectamente explicables desde el punto de vista histórico. La propia topografía del territorio etolio no favorecía la práctica de la agricultura y empujaba a su numerosa población a buscar en otra parte los recursos que la tierra les negaba, a través de los saqueos periódicos sobre los territorios más cercanos o en su empleo como mercenarios.<sup>32</sup>

Considero que no es vital la discusión teórica en torno al condicionamiento o determinismo geográfico en la Historia, y aunque esta cita de Gómez Espelosín pudiera invitarme a profundizar en la cuestión, no me parece el lugar para hacerlo. Lo único que quiero rescatar es cómo la ausencia de tierras fértiles y laborables en una región determinada influyó en las ocupaciones de quienes nacieron y crecieron en ella, orillando a los etolios, en este caso, a convertirse en mercenarios. No se me malinterprete: no intento generalizar que todas las sociedades antiguas carentes de tierras nutrieran al mercenariado, pues no es improbable que muchas tuvieran más alternativas, aunque no fueran demasiadas, a las cuales sus hombres habrían podido dedicarse; ni tampoco pretendo sugerir que todos los mercenarios, sin excepción, hayan optado por este camino al no poseer tierras para mantenerse, pues es obvio que no fue así, y el primer ejemplo que puedo aducir es el del mismísimo Jenofonte.<sup>33</sup> Únicamente señalo la conexión entre la falta de tierras y la dedicación mercenaria, siendo aquélla un elemento motivante de ésta.

Por otra parte, una cosa era la inexistencia de tierras trabajables y otra cosa la desposesión de las mismas, es decir, no tenerlas a pesar de su existencia, puesto que una variación de semejante índole conllevaba implicaciones considerables relativas a la sociedad, a la economía y, no podría omitirse, a la política. Abordaré ahora este otro matiz mencionando lo que José María Blázquez Martínez y María Paz García-Gelabert Pérez han escrito en un artículo publicado a finales del decenio de 1980:

Las fuentes clásicas documentan ya desde el siglo V a. C., en los pueblos del Mediterráneo, y más tarde en la Península [Ibérica], la presencia de mercenarios procedentes de Hispania, sobre todo en los ejércitos cartagineses y griegos y posteriormente en los romanos. [...] El

---

<sup>32</sup> FRANCISCO JAVIER GÓMEZ ESPELOSÍN, *Historia de Grecia antigua*, Madrid, Akal, 2001, p. 240.

<sup>33</sup> Cfr. GARCÍA GUAL, "Introducción" en JENOFONTE, *Anábasis*, *op. cit.*, pp. 13-14.

hecho de que la Península proporcionase tantos individuos de tropa a los ejércitos del Mediterráneo se debe a una causa muy concreta. No tanto era el espíritu bélico y de aventura el que les impelía a enrolarse, cuanto la falta de tierras, la pobreza, en que muchos vivían.

El mayor contingente de mercenarios procedía de las tribus celtíberas y lusitanas. [...] En la sociedad celtíbera existía una absoluta desigualdad económica, puesto que la tierra cultivable y los ganados se encontraban concentrados en pocas manos, debido a lo cual la mayor parte de la población malvivía. La salida a esta situación era o bien enrolarse en los ejércitos extranjeros [...] o turdetanos [...] Semejante situación se encontraba en Lusitania. La región era extremadamente fértil, [...] pero con un fuerte desequilibrio económico y social, una concentración de la riqueza agrícola y ganadera en pocas familias, lo que obligaba a los individuos más fuertes a enrolarse, al igual que los celtíberos, en los ejércitos púnicos, griegos y romanos [...] o, también como los celtíberos, a dedicarse al bandidaje en la Turdetania, región muy próspera, con diferente sistema socioeconómico.<sup>34</sup>

La pobreza aducida por Blázquez Martínez y García-Gelabert Pérez como el primer factor de un contexto propicio para la generación de mercenarios cae, como había adelantado, dentro de los costos de la sociedad y de la economía más que dentro del de la política; no obstante, bajo un enfoque de estudio que aspire a una comprensión integral del surgimiento del fenómeno, mal haría yo si desatendiere este aspecto socioeconómico que, además, se pinta sustancial. Y es que, en un mundo que no sea artificialmente dividido, categorizado, es natural la vinculación entre las esferas socioeconómica y política en tanto que los afanes de la primera suelen mirar, por principio y por fin, hacia la segunda y viceversa. En el caso de los mercenarios económicamente miserables, como ocurre, de hecho, con cualquier sector marginal, puede preverse que su escaso afán político se vuelque hacia el interés económico como una reacción contra la pobreza que no pretenda cosa alguna sino escapar de ella: ejemplos que lo ilustren sobran.

Con todo esto, si en cuanto a las tierras cultivables he pasado de su ausencia a su desposesión, significando ésta una miseria permanente y, por lo tanto, un problema estructural, pasará ahora a la miseria mal venida por la crisis social, es decir, aquélla que representa, aunque tal vez no en extremo corto, un problema cuando menos parcialmente coyuntural. Para ello me apoyaré, de nueva cuenta, en Gómez Espelosín:

Los continuos enfrentamientos entre unas ciudades y otras con la consiguiente sucesión de hegemonías habían provocado importantes trastornos en todos los terrenos. Las devastaciones

---

<sup>34</sup> JOSÉ MARÍA BLÁZQUEZ MARTÍNEZ y MARÍA PAZ GARCÍA-GELABERT PÉREZ, “Mercenarios hispanos en las fuentes literarias y en la arqueología”, en *Habis*, Sevilla, Universidad de Sevilla, número 18-19, 1987-1988, pp. 257-258.

de los campos habían sumido a muchos pequeños propietarios en una profunda crisis de la que no pudieron recuperarse totalmente. Las sucesivas parcelaciones debidas a la herencia y el creciente endeudamiento debieron de obligar a muchos campesinos a abandonar sus tierras. El número de individuos carentes de medios de subsistencia debió de aumentar considerablemente por todas partes. El aumento del número de mercenarios disponibles en esta época no es ciertamente ninguna casualidad. El oficio de las armas en el exterior era la única salida que les quedaba a muchas de estas gentes. La célebre expedición de los 10.000 en la que tomó parte Jenofonte o el abundante contingente de mercenarios griegos al servicio de los persas constituyen dos ejemplos claramente ilustrativos de esta tendencia.<sup>35</sup>

De lo anterior se desprende que las filas del mercenariado no midieron la misma longitud en el transcurso de los siglos antiguos: es posible que la cantidad de mercenarios, en un plazo tan extenso, no haya sido demasiado inestable (quiero decir, sin constantes variaciones abruptas), aunque resulta comprensible que hubiera épocas en que las formaciones mercenarias estuvieran más pobladas. Las crisis sociales fueron muy responsables de las elevaciones en la densidad mercenaria, y las repercusiones que trajeron consigo estos incrementos incidieron, así como en otros ámbitos, en la política alrededor de los estipendiarios. No hay necesidad en acudir a la ley de la oferta y la demanda: mientras menos mercenarios hubiera, mayor sería su valor en el mercado laboral; mientras más mercenarios hubiera su valor sería menor. Se comprenderá mejor el peso de esta ley cuando toque el tema de los contratos y de la negociación que, entre sus partes, les es inherente.

Los empleadores de mercenarios conocían la situación de la que éstos procedían; Blázquez Martínez y García-Gelabert Pérez recuerdan que Aníbal Barca, en la arenga que dirige a sus soldados (principalmente mercenarios hispanos) al llegar al norte de Italia, les ofrece sacarlos de la miseria.<sup>36</sup> Según lo ha recreado Tito Livio, les dice el cartaginés: “No sé incluso si la fortuna no os rodeó de cadenas más fuertes y de necesidades más apremiantes, a vosotros que a vuestros prisioneros. [...] Bastante tiempo lleváis corriendo detrás del ganado en los desolados montes de Lusitania y Celtiberia sin ver ningún pago a tantos trabajos y peligros; ya es hora de que hagáis una campaña abundante y fructífera y recibáis una recompensa cumplida por vuestro trabajo”.<sup>37</sup> En efecto, si bien no es resultado obligado, se presta la arenga de Aníbal para derivar dicho ofrecimiento, mismo que, si se dio en verdad,

---

<sup>35</sup> GÓMEZ ESPELOSÍN, *Historia de Grecia antigua*, op. cit., pp. 234-235.

<sup>36</sup> BLÁZQUEZ MARTÍNEZ y GARCÍA-GELABERT PÉREZ, op. cit., p. 259.

<sup>37</sup> TITO LIVIO, XXI: xliii: 3-10.

hubo de tener como *condicio sine qua non* el conocimiento del general sobre la realidad que habían vivido los hombres bajo sus órdenes.

Ahora bien, ¿por qué resulta importante el conocimiento de los empleadores sobre las condiciones de vida de sus empleados? Tiene que ver con política. Como es sabido, un contrato es un acuerdo en el que intervienen por lo menos dos partes: una que se compromete a brindar un servicio, y otra que se compromete a pagarlo; si el contratante necesita o desea el servicio del contratado y el contratado necesita o desea el pago del contratante, el acuerdo es exitoso y se firma el contrato. Eso es política, más aún cuando la avaricia o la inconformidad arriman a la negociación. Pues bien, un reclutador de mercenarios que conociera cabalmente la situación de vida de sus reclutados habría estado definitivamente mejor parado a la hora de tramitar o negociar, con sus jefes o sus autoridades, su contratación: tal reclutador habría sabido qué y cuánto prometer, además de cómo prometerlo. Y si se agrega que los mercenarios podían reorientar su lealtad según el estipendio que recibieran,<sup>38</sup> se comprende mejor la trascendencia de los presupuestos que contribuyeran a lograr un pacto duradero. Entonces, si los reclutadores tenían y aprovechaban tan valioso conocimiento, yo no veo por qué no lo tendrían ni lo aprovecharían también los oficiales que, como Aníbal, estuvieran al frente de los ejércitos surgidos de tales reclutamientos, no se diga cuando los reclutadores y los dirigentes eran los mismos, como fue el caso de Magón Barça, el hermano menor de Aníbal.<sup>39</sup>

El conocimiento sobre el pobre estado de las sociedades que exportaban mercenarios y su pobreza en sí beneficiaron a los interesados en ocuparlos, puesto que éstos supieron ofertar los bienes que aquéllos, arrojados por sus carencias, anhelaban: tierras, dinero en monedas<sup>40</sup> que podrían emplear como tales o fundir para dar al metal otro uso,<sup>41</sup> y botín de guerra en variada especie. Y aunque no las hubieran anhelado tanto, fueron éstas las cosas que los mercenarios aceptaron en la práctica política implicada en las negociaciones que

---

<sup>38</sup> BLÁZQUEZ MARTÍNEZ y GARCÍA-GELABERT PÉREZ, *op. cit.*, p. 260.

<sup>39</sup> Cfr. ADOLFO JERÓNIMO DOMÍNGUEZ MONEDERO, “Los mercenarios baleáricos”, en BENJAMÍN COSTA RIBAS y JORDI HUMBERTO FERNÁNDEZ GÓMEZ (eds.), *Guerra y ejército en el mundo fenicio-púnico. XIX Jornadas de arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 2004)*, Eivissa, Conselleria d’Educació i Cultura del Govern de les Illes Balears, 2005, pp. 176-177 (Treballs del Museu Arqueològic d’Eivissa i Formentera, 51).

<sup>40</sup> Cfr. GÓMEZ ESPELOSÍN, *Historia de Grecia antigua, op. cit.*, pp. 92 y 105.

<sup>41</sup> Como hacían los mercenarios que se quedaban o se regresaban a residir en comunidades que no mantenían una economía monetaria. Cfr. RUTH PLIEGO VÁZQUEZ, “Sobre el reclutamiento de mercenarios turdetanos: el campamento cartaginés de El Gandul (Alcalá de Guadaíra, Sevilla)”, en *Habis*, Sevilla, Universidad de Sevilla, número 34, 2003, pp. 50-51 y 55.

sostuvieron con sus contratantes; recuérdese como ejemplo el caso de los hispanos Moericus (Mérico) y Belligenes (Beligene), quienes fueron recompensados por Roma con tierras (Moericus también con la ciudadanía romana) cuando hubieron traicionado, previa negociación con los romanos, a los cartagineses.<sup>42</sup>

## I.I.II. CAUSAS TRANSVERSALES

En el origen del mercenariado hay otras razones que pueden ser denominadas transversales, dado que hacen confluir en un mismo espacio dos realidades: la de los sitios exportadores de mercenarios (es decir, tienen un elemento interno) y la de quienes se interesaban por hacer uso de dichos hombres (es decir, tienen un elemento externo). Para entender esto deben considerarse dos aspectos: las funciones que demandaban la mano de obra mercenaria y el entorno físico y humano en que estaban asentados, aunque no todos, algunos de los poblados dispensadores de esta mano de obra.

Al respecto de las funciones, es importante tener claro que no se limitaron al ámbito bélico, si bien es cierto que la inmensa mayoría de las ocasiones fueron las guerras los escenarios en que actuaron los mercenarios. Arriba he sintetizado un contrato en sus componentes de servicio y de pago, ahora vale traer a colación los servicios por los cuales el mercenariado era contratado. En general, los mercenarios regularmente eran extranjeros<sup>43</sup> ante una potencia de la cual fungían como soldados profesionales bajo sueldo;<sup>44</sup> el trabajo que se asignara a dichos soldados dependería de las intenciones o necesidades que tuviera la potencia que los precisaba, quizá un poco como acontece hoy en día con nuestras fuerzas armadas, en el sentido de todas aquellas actividades, ora legales, ora ilegales, que tan apaciblemente les encomiendan nuestros gobiernos.

En consistencia con lo anterior, además de combatir en batallas y ciudades sitiadas, no fue muy extraño que estos estipendiarios realizaran tareas más o menos diversas, aunque siempre en cierta medida vinculadas con el uso de la fuerza. Como ejemplos pueden darse la

---

<sup>42</sup> *Cfr.* TITO LIVIO, XXV: xxix: 8 – xxx: 12, sobre la traición de Moericus y Belligenes en favor de los romanos y XXVI: xxi: 1-14 y 17, sobre las recompensas que los romanos dieron a estos mercenarios.

<sup>43</sup> *Cfr.* DOMÍNGUEZ MONEDERO, *op. cit.*, p. 164.

<sup>44</sup> *Cfr.* QUESADA SANZ, “De guerreros a soldados. El ejército de Aníbal como un ejército cartaginés atípico”, *op. cit.*, p. 146.

protección personal de altos mandatarios o figuras poderosas que encargaban su seguridad en las manos de guardias privadas y la conformación de grupos que ejercieran presión política en favor o en contra de algún partido a través de la violencia. Pero hubo otra tarea que fue desempeñada por fuerzas mercenarias, y es sobre ella que quiero hablar a continuación: me refiero a la vigilancia de los bienes y recursos de las élites y potencias, puesto que dicha tarea remite a las causas transversales que aquí se observan.

El mercenariado llegó a vigilar los bienes de élites y potencias; ¿cuáles eran dichos bienes? Pueden adivinarse sabiendo que estas entidades poderosas eran asociaciones políticas y económicas cuyas actividades productivas gozaban de una diversificación nada despreciable. Moses Israel Finley, al respecto de la economía antigua (la grecorromana), escribió que “la sociedad antigua no tenía un sistema económico que fuera un conglomerado enorme de mercados interdependientes [...] No había ciclos de negocios en la antigüedad; no había ciudades cuyo crecimiento pudiese ser atribuido —ni aun por nosotros— al establecimiento de una manufactura; no había ‘Riqueza por el Comercio Exterior’”.<sup>45</sup>

Yo no soy autoridad en materia de economía antigua como Finley, pero quisiera contravenirlo y matizar el papel desempeñado entre las élites antiguas por el comercio.<sup>46</sup> Si bien éste no representaba la única ni la primordial de sus actividades económicas, sí significaba un complemento valioso en los ingresos que percibían sus afortunados asociados; el enorme poder político que habían alcanzado jamás habría estado a su alcance si no hubieran contado con aquellas entradas comerciales.<sup>47</sup> Es en este tenor que la denominación de sociedades mercantiles no desentona cuando acompaña a la triada Fenicia, Grecia y Roma, naciones, salvo la última, que tantos mercenarios solicitaron en el antiguo Mediterráneo. A la pregunta que hacía yo acerca de los bienes y recursos puede contestarse que los había de

---

<sup>45</sup> MOSES ISRAEL FINLEY, *La economía de la Antigüedad*, traducción de Juan José Utrilla Trejo, México, Fondo de Cultura Económica, segunda edición, 1986, p. 18 (Economía). Dice ‘Riqueza por el Comercio Exterior’ en referencia a la obra del siglo XVII de THOMAS MUN, *England’s Treasure by Forraign Trade*, publicada en castellano con el título *La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior - Discurso acerca del comercio de Inglaterra con las Indias Orientales*, introducción de Jesús Silva Herzog, traducción de Samuel Vasconcelos, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, 215 pp. (Economía).

<sup>46</sup> Es falso que “no había ciudades cuyo crecimiento pudiese ser atribuido —ni aun por nosotros— al establecimiento de una manufactura”: lo desmiente el caso de Atenas.

<sup>47</sup> Cartago es ejemplo de esto. Hasta su misma fundación a finales del siglo IX a. C. parece poderse rastrear la liberación de los poderes mercantiles bajo el antiguo yugo de los poderes agrícolas. *Cfr.* JAIME ALVAR EZQUERRA y EDUARDO CARLOS GONZÁLEZ WAGNER, “Consideraciones históricas sobre la fundación de Cartago”, en *Gerión. Revista de Historia Antigua*, Madrid, Departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid, número 3, 1985, pp. 85-87 y 92-93.

los dos géneros en que habitualmente se separan: el de los muebles y el de los inmuebles; en el primero cabían subgéneros como materias primas, metales, productos manufacturados y mercancías, muchas de ellas lujosas, mientras que en el segundo cabían subgéneros como áreas de producción y vías de comunicación.

Los territorios que estaban bajo el dominio o la intervención de pueblos poderosos comprendían mucho más que tierras de labranza, pues eran controlados, además de los campos, las minas, las ciudades, los puertos, los ríos, las costas y los caminos. Si en una economía de base agraria, pero con tan decididos tintes mercantilistas, las actividades de cada sector productivo se hallaban firmemente interconectadas, no resulta dificultoso entender que las autoridades encargadas de mantener en funcionamiento un sistema como aquél se preocuparan por proteger todos los eslabones, sobre todo los más débiles, que, unidos, conformaban la aparentemente pétrea, mas siempre frágil, cadena de su poderío. Pero ahora, ¿qué tenía que ver esta cadena con las causas transversales en la aparición del antiguo mercenariado? Cuando dichos eslabones tocaban un punto geográfico cuyas especificidades físicas y sociales fueran similares a las comentadas, o cuando una población «ideal» estuviera ubicada en un lugar «ideal» para la conveniencia de aquellos eslabones, se combinaban los elementos endógenos con los exógenos en una mezcla identificable con la causalidad transversal motivadora de los alistamientos de mercenarios.

Es así como puedo conectar la contratación de las tropas indígenas mercenarias con el servicio mercenario requerido por potencias extranjeras en los mismos suelos de los que era oriunda aquella gente estipendiaria, no forzosamente para alimentar la tierra con la sangre propia y ajena, sino para el resguardo de los bienes y recursos que interesaban a tan influyentes foráneos. Dan un ejemplo Blázquez Martínez y García-Gelabert Pérez con lo que explican acerca de la campaña cordobesa en la Península Ibérica: “la importancia estratégica de la zona, en base a [*sic*] su localización geográfica central, en la ruta que seguían los minerales extraídos de Sierra Morena [...] debió impulsar, como en Cástulo, a la contratación de mercenarios que engrosaran las tropas autóctonas en función del control de los pasos, punto importante para la hegemonía de los pueblos controladores.”<sup>48</sup> Y también:

Como indica C. González Wagner, a quien seguimos, “los acuerdos comerciales tenían un carácter marcadamente político, ya que únicamente los distintos poderes políticos podían

---

<sup>48</sup> BLÁZQUEZ MARTÍNEZ y GARCÍA-GELABERT PÉREZ, *op. cit.*, p. 269.

asegurar el cumplimiento de su contenido y organizar, dentro de los sistemas económicos redistributivos en que se movían y de los cuales constituían precisamente el centro, la actividad comercial”.<sup>49</sup> De ahí que la organización comercial, desarrollada mediante cauces político-administrativos estuviera respaldada por la fuerza militar, engrosada, en las sociedades en que demográficamente no se podían permitir la formación con sus propios miembros de un ejército, para satisfacer las necesidades de defensa y protección, con tropas mercenarias, reclutadas entre los pueblos celtíberos y lusitanos, principalmente, que acuciados por la falta de tierras, se ofrecían a ser reclutados.<sup>50</sup>

Sin duda fueron las causas transversales, entre los tres tipos, las más peculiares y las que con mayor fuerza, aunque ciertamente en menor cantidad, dieron resultados.

### I.I.III. CAUSAS EXTERNAS

Ahora hay que atender otras razones de la aparición del mercenariado que son externas a la situación de las poblaciones donde éste nace: las razones tocantes a las sociedades requirentes de mercenarios. Cito a Blázquez Martínez y García-Gelabert Pérez: “La adopción o presencia de mercenarios [...] es señal del alto nivel económico alcanzado por la sociedad que los recluta e indicio de que se trata de una sociedad con un patrón socioeconómico complejo, muy alejado de los estadios políticos que corresponden a pueblos jerárquicamente poco diferenciados.”<sup>51</sup> Además, “La presencia de mercenarios [...] indica un grado de civilización, un grado de riqueza y una organización política capaz de organizar sus actividades y canalizarlas hacia el fin deseado por la sociedad o clase que los recluta.”<sup>52</sup> Hubo una oposición entre los contextos de las comunidades exportadoras y ocupadoras de mercenarios, pues éstas, a diferencia de aquéllas, se caracterizaban por la posesión de una riqueza elevada relativamente proporcional dentro de una estratificación social desarrollada y en cuyos más altos estrados se alojaba un potencial político capaz de coordinar e impulsar empresas de gran envergadura.

No es difícil reconocer en la República Cartaginesa de la época de Aníbal Barca, por ejemplo, semejantes características. En virtud de esto, las antiguas entidades tan pudientes

---

<sup>49</sup> EDUARDO CARLOS GONZÁLEZ WAGNER, “Cartago y el Occidente. Una revisión crítica de la evidencia literaria y arqueológica”, en NICOLÁS MARÍN DÍAZ (coord.), *In memoriam: Agustín Díaz Toledo*, Granada, Universidad de Granada, 1985, p. 441.

<sup>50</sup> BLÁZQUEZ MARTÍNEZ y GARCÍA-GELABERT PÉREZ, *op. cit.*, p. 270.

<sup>51</sup> *Ibidem*, p. 260.

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 269.



como ambiciosas no tendrían por qué haber encontrado, en primera instancia, impedimento alguno para contratar estipendiarios cuando lo ansiaran así, y si juzgaban pertinente la recurrencia sistemática a este tipo de contrataciones, bien habrían podido ejercitar políticas que tuvieran el objetivo de incentivar, o, por lo menos, de estabilizar el alistamiento de las tropas mercenarias en los lugares que las proveían para garantizar una cómoda disponibilidad de las mismas. Por ejemplo, las alianzas matrimoniales en las que se vio envuelta la familia Barça con las aristocracias locales de la Península Ibérica han sido interpretadas por la historiografía moderna como parte de una política cartaginesa (o de los Bárçidas) tendiente a la consecución de los objetivos púnicos en suelo ibérico, entre los cuales se contaría la disposición de contingentes mercenarios para ser comandados por cartagineses.<sup>53</sup>

Queda claro que había estipendiarios gracias a que había también gente muy rica y poderosa que podía contratarlos, pero cabe reiterar que aquellos ricos poderosos lo hacían porque esas contrataciones tenían sentido en el instante en que los mercenarios cubrían la necesidad “que los ejércitos antiguos tuvieron de combatientes que complementaran, suplieran o sustituyeran a los soldados que podían reclutarse de entre la población propia [y que] remonta bastante en el tiempo, llevándonos al menos al segundo milenio a. C., si no antes”.<sup>54</sup> Aunque es discutible, está el caso de los micénicos, el cual recuerda someramente Gómez Espelosín: “Se ha considerado también la posibilidad de que los micénicos hubieran sido utilizados como mercenarios por los egipcios a raíz de las escenas de batalla que aparecen representadas sobre los fragmentos de un papiro hallado también en Tell-el Amarna, donde algunos de los combatientes presentan rasgos tan característicos de los guerreros micénicos como el célebre casco de dientes de jabalí”.<sup>55</sup> En la Hélade, empero, no se adoptó el empleo de compañías mercenarias sino un tanto después que en otras civilizaciones de la Antigüedad, como lo explica Adolfo Jerónimo Domínguez Monedero:

---

<sup>53</sup> Como parte de sus acuerdos políticos con las élites ibéricas, el general cartaginés Amílcar Barça pactó su matrimonio con una mujer oriunda de esta Península; fue con dicha mujer con quien tuvo a sus hijos. Uno de ellos, el famoso Aníbal, también contrajo nupcias con una noble ibérica. *Cfr.* ADOLFO JERÓNIMO DOMÍNGUEZ MONEDERO, “El ejército de Aníbal, una fuerza de mercenarios”, en FERNANDO PRADOS MARTÍNEZ, HELENA JIMÉNEZ VIALÁS y JOSÉ JAVIER MARTÍNEZ GARCÍA (coords.), *Menorca entre fenicias i púnics / Menorca entre fenicias y púnicos*, Murcia, Centro de Estudios del Próximo Oriente y la Antigüedad Tardía de la Universidad de Murcia – Cercle Artístic de Ciutadella, 2017, pp. 18-19, 24 y 38 (Monografias, 2 – Publicacions des Born, 25). Aquí, Domínguez Monedero matiza las aseveraciones que hace Adrian Goldsworthy en su libro *The Punic Wars*, Londres, 2000.

<sup>54</sup> DOMÍNGUEZ MONEDERO, “Los mercenarios baleáricos”, *op. cit.*, p. 163.

<sup>55</sup> GÓMEZ ESPELOSÍN, *Los griegos. Un legado universal*, *op. cit.*, p. 40.

En el mundo griego de época arcaica, en el que el participar en el combate, costeándose su propio armamento, inserto en una formación cerrada que conocemos como falange, era más un timbre de honor que una obligación, no hubo en un primer momento demasiado espacio para guerreros que fuesen ajenos a ese restringido círculo de guerreros-ciudadanos que se enfrentaban cuerpo a cuerpo sin usar armas arrojadizas [...] No obstante, ese sistema era válido mientras que los enemigos presentasen, a su vez, una fuerza de características similares.

Fuera de su tierra, los griegos habían empezado a servir en los ejércitos orientales y egipcios [...] <sup>56</sup>

En la Grecia Arcaica hubo cierta oferta mas no mucha demanda de mercenarios, lo que está estrechamente ligado a la historia militar y a la cultura propia de esta área durante aquel periodo; la demanda de fuerzas mercenarias que sí hubo en el Nilo y en el Mediterráneo Oriental no está menos ligada a su correspondiente historia y cultura militar. Como dice Gómez Espelosín: “Así tenemos noticias procedentes de los relatos de Heródoto y Diodoro acerca de la existencia de numerosos mercenarios griegos y carios que lucharon bajo las órdenes del faraón Psamético I en la segunda mitad del siglo VII a. C., confirmadas ahora por una inscripción procedente de las cercanías de la ciudad de Priene en Asia Menor, donde se registra la dedicatoria de un combatiente en aquellas tierras.” <sup>57</sup> Y luego complementa:

Seguramente, judíos y griegos compartieron campañas actuando como mercenarios al servicio de monarcas babilonios, egipcios y persas a lo largo de los siglos VII y VI a. C., tal y como ha quedado reflejado en los *graffiti* de los colosos de Abu-Simbel, donde junto a las inscripciones en griego aparecen también textos en arameo que revelan la presencia judía en la que se ha denominado «legión extranjera» del faraón egipcio Psamético. Se ha sugerido incluso la posibilidad de que existiera un establecimiento militar de mercenarios griegos que actuaban al servicio del rey de Judea al norte de la capital filistea Asdod, donde se ha encontrado también, por cierto, una gran cantidad de cerámica ática de finales del VI y comienzos del V a. C. <sup>58</sup>

Ahora bien, ¿cómo combatían, entonces, los mercenarios griegos de la Época Arcaica en el Oriente? ¿Por qué los demandaban o los necesitaban los orientales? Le cedo la palabra a Domínguez Monedero:

Si bien las tropas griegas parecen haber combatido como hoplitas, esto es, soldados de infantería pesada agrupados en falanges, las características de la guerra en el Próximo Oriente y Egipto, así como la variedad de unidades empleadas en el combate, permitían suplir sus

---

<sup>56</sup> DOMÍNGUEZ MONEDERO, *loc. cit.*

<sup>57</sup> GÓMEZ ESPELOSÍN, *Los griegos. Un legado universal, op. cit.*, pp. 42-43.

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 105.

carencias. Éstas consistían, por lo esencial, en su casi nula potencia de tiro, su escasa movilidad y su dificultad para combatir en terrenos abruptos y accidentados. Otras tropas, más móviles (caballería o carros) y más ligeras (infantes ligeros) complementaban a las pesadas falanges griegas y su conjunción convertía en harto poderosos a los ejércitos que contasen en sus filas a los bien entrenados hoplitas griegos mercenarios.<sup>59</sup>

Las tropas mercenarias, no obstante, acabaron por arribar a la Hélade merced a la influencia, precisamente, del Oriente, pues al enfrentarse en las famosas Guerras Médicas los griegos contra los orientales, las fuerzas de éstos, con sus arqueros y su caballería...

[...] constituían un severo problema puesto que, al proceder de entornos culturales diferentes, introducían un elemento de heterogeneidad que resultaba poco comfortable para el sistema de combate griego. Este hueco lo acabarán ocupando, en los ejércitos griegos, tropas alquiladas a cambio de un pago (*misthos*), de donde surgirá uno de los nombres que recibirán los mercenarios en Grecia, *misthophoroi*. Del mismo modo, como estas tropas contratadas fueron en sus inicios de origen extranjero (*xenoi*), será éste otro de los nombres con los que serán conocidos [...]<sup>60</sup>

La búsqueda de efectividad o superioridad militar fue uno de los motivos más lógicos y de mayor importancia entre muchas naciones para la contratación de fuerzas mercenarias, tal vez la razón más importante. Cartago fue la república del antiguo Mediterráneo que mayor cantidad de mercenarios contrató, aunque su empleo no se debió en exclusivo a dicha búsqueda; su caso singular es de observación obligatoria en esta tesis.

En relación con esto, Domínguez Monedero escribió que “La ciudad de Cartago, desde al menos el inicio de su expansión ultramarina a partir del s. VI a. C. debió de hacer uso de distintos tipos de tropas reclutadas entre poblaciones ajenas a la ciudad.”<sup>61</sup> Por ejemplo, para la llamada Guerra de Sicilia de principios del siglo V a. C., en la Batalla de Hímera (480 a. C.), dice Heródoto que intervino “un ejército de trescientos mil hombres integrado por fenicios, libios, iberos, ligures, elísicos, sardonios y cirnios, a cuyo frente se hallaba Amílcar [no Amílcar Barça], hijo de Hannón, que era rey de los cartagineses”.<sup>62</sup> Dos siglos después de Heródoto, Polibio sentenció que Roma fue superior a Cartago porque confió en sus propios ciudadanos, mientras que ésta basó su confianza en los mercenarios, los cuales le parecían al historiador menos constantes y tenaces: “Aquéllos [*sc.* los romanos]

---

<sup>59</sup> DOMÍNGUEZ MONEDERO, “Los mercenarios baleáricos”, *op. cit.*, pp. 163-164.

<sup>60</sup> *Ibidem*, p. 164.

<sup>61</sup> DOMÍNGUEZ MONEDERO, “El ejército de Aníbal, una fuerza de mercenarios”, *op. cit.*, p. 17.

<sup>62</sup> HERÓDOTO, VII: clxv. El número de 300,000 soldados es exagerado.

ponen todo su interés en la infantería, que éstos [*sc.* los cartagineses] descuidan totalmente; se preocupan también muy poco de la caballería. La causa de todo esto radica en que los cartagineses echan mano de tropas mercenarias, a sueldo; los romanos, de ciudadanos y de soldados procedentes de sus campañas.”<sup>63</sup> El propio Domínguez Monedero, no obstante, matiza la aseveración de Polibio:

Es claro que la opinión del autor griego deriva del resultado de las tres guerras púnicas, que acabó siendo favorable a los intereses de Roma y, en su afán de justificar este hecho y buscar las causas del mismo, recurre, entre otros, a este argumento cuando es un hecho bien conocido que el uso de tropas mercenarias era algo usual en el mundo mediterráneo de época clásica y helenística, y con frecuencia con éxitos acreditados entre quienes utilizaban los servicios de estos soldados [...]<sup>64</sup>

El meollo del asunto es que el peso de los mercenarios fue cada vez mayor en los ejércitos de Cartago, tendencia que culminó con la Segunda Guerra Púnica;<sup>65</sup> la explicación de ello se encuentra, además de en las razones ya esgrimidas, en una causa relativamente sorprendente para la época: los cartagineses consideraban que sus fuerzas mercenarias, a diferencia de sus ciudadanos, eran prescindibles, como lo demostraron al dejarlas abandonadas a su suerte en la guerra de Sicilia de 395 a. C. Domínguez Monedero describe qué tanto se preocupó la política cartaginesa por proteger a su ciudadanía, sobre todo a partir de la Batalla del Crimiso (341 a. C.), cuando “incrementa la proporción de mercenarios en su ejército al no juzgar apropiado exponer a sus ciudadanos a los peligros de la guerra”,<sup>66</sup> a pesar de que las fuerzas ciudadanas convocadas al combate ya eran minoritarias.

#### **I.IV. CAUSAS DE LA EXPEDICIÓN DE LOS DIEZ MIL**

En lo relativo a la Expedición de los Diez Mil, se han propuesto varias hipótesis para explicar la conformación de este ejército mercenario. Las teorías más tradicionales apuntan, siguiendo la clasificación que he dado, a causas transversales, pues se ha querido ver en los desastres de carácter socioeconómico provocados por la Guerra del Peloponeso el contexto idóneo para la proliferación de estipendiarios en el Mediterráneo en los últimos años del siglo V y los

---

<sup>63</sup> POLIBIO, VI: lli: 3-4. Para un contexto más completo *vid.* VI: lli: 1-8.

<sup>64</sup> DOMÍNGUEZ MONEDERO, “El ejército de Aníbal, una fuerza de mercenarios”, *op. cit.*, p. 18.

<sup>65</sup> *Idem.*

<sup>66</sup> *Ibidem*, p. 20. Para un contexto más completo *vid.* pp. 20-22.

primeros del IV a. C. Esta explicación es en principio correcta, pero estudios más recientes han cuestionado o matizado la gran atribución del surgimiento del ejército expedicionario a las causas socioeconómicas y han estimado que otros factores habrían sido más significativos para la aparición de este cuerpo militar. Basándose en los planteamientos de Daniel Gómez Castro, Andrés Sáez Geoffroy ha puesto atención en la demanda de mercenarios como parte de las políticas exteriores de algunos reinos y ciudades, especialmente Persia y Esparta, y ha señalado el intenso papel que han jugado las relaciones de hospitalidad en el origen de los reclutamientos, como es el caso precisamente del ejército expedicionario.<sup>67</sup> La longitud de la Guerra del Peloponeso terminó por diezmar y agotar las reservas de ciudadanos que nutrían los ejércitos, razón por la cual las ciudades tuvieron que contratar combatientes extranjeros que llenaran esos vacíos; a su vez, en las regiones de Grecia menos afectadas por la guerra, como Acaya y Arcadia, hubo un aumento demográfico que impulsó la oferta de mercenarios. No es coincidencia que muchos de los estipendiarios de la Expedición de los Diez Mil fueran oriundos de estos lugares.<sup>68</sup>

La conclusión a la que llega Sáez Geoffroy es que la Expedición de los Diez Mil tiene un origen político no sólo porque el príncipe Ciro quisiera arrebatarle el trono del Imperio a su hermano, sino porque la Guerra del Peloponeso, además de trastornar la vida económica y social del Mediterráneo, coadyuvó a establecer alianzas políticas en un plano personal que se convertirían en los resortes para el posterior reclutamiento del ejército mercenario.

## **I.II. EL ACTO POLÍTICO DEL MERCENARIADO**

Los apartados y subapartados previos no han sido totalmente privados del contenido político imprescindible en una tesis que presume ser de Historia Política; en el apartado actual, no obstante, la dimensión política adquiere una centralidad ausente en las páginas anteriores que prelude el protagonismo que disfrutará el ámbito político en la Segunda Parte del presente

---

<sup>67</sup> ANDRÉS SÁEZ GEOFFROY, “Geopolítica y hospitalidad: una aproximación a los orígenes de la Expedición de los Diez Mil (404-401)”, en *Byzantion Nea Hellás. Revista Anual de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Griegos, Neohelénicos y Bizantinos de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, número 32, 2013, pp. 168-173.

<sup>68</sup> *Ibidem*, pp. 175-176.

escrito. No discutiré todavía la política en el ejército estipendiario de la Expedición de los Diez Mil, pues para tal objetivo estará la parte venidera, mas sí daré un vistazo a la dimensión política mercenaria en dos ejemplos concretos desde los cuales podré transitar al caso que ya he aludido.

Ahora bien, hay muchos tipos en los que pueden clasificarse las políticas, pero yo emplearé aquí únicamente dos: las políticas previstas, que son las que se ejecutan con base en un plan o programa, esto es, como parte de una previsión política, y las políticas imprevistas, que son las que se ejecutan sin base en un plan o programa, esto es, como parte de una improvisación política. El plan o programa, trazado con antelación, puede ser de preferencia o de emergencia; lo que distingue a las políticas imprevistas de las previstas no es que éstas tomen una iniciativa a la cual aquéllas respondan, sino que las primeras han visualizado uno o varios escenarios para actuar, mientras que las segundas actúan sobre la marcha de los acontecimientos.

### **I.II.I. POLÍTICAS PREVISTAS**

Como parte de su etología, la política es connatural al ser humano y está presente en todas sus comunidades; por ende, las colectividades mercenarias, en tanto comunidades humanas, no podían haber sido la excepción. ¿Qué puede decirse acerca de la política mercenaria o vinculada con el mercenariado? Habrá que observar la actuación política de dicho grupo para estar en posición de comentar algo sensato al respecto. Sirva la siguiente cita enlazada a la Segunda Guerra Púnica para arrancar la exposición del primer ejemplo de actuación política mercenaria que ahora compete:

Durante el subsiguiente conflicto entre Roma y Cartago (218-201 a. C.), los celtíberos desempeñaron un papel perentorio en el escenario hispano [...] Aunque su implicación normalmente solo se enjuicia en los términos más crudos del servicio mercenario para uno u otro de los contendientes, ésta parece sin embargo haber seguido unas pautas de estrategia política, con las comunidades celtibéricas cambiando de bando dependiendo de sus intereses, su percepción de la contienda y la rivalidad implícita [...]<sup>69</sup>

---

<sup>69</sup> ENRIQUE GARCÍA RIAZA, ALBERTO PÉREZ RUBIO y EDUARDO SÁNCHEZ MORENO, “Fronteras y agregaciones políticas en Celtiberia: datos para un debate”, en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, Madrid, Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid, número 41, 2015, p. 71.

De esta cita puede derivarse un juicio acerca de la actuación mercenaria consecuente no sólo de la lógica política externa de sus pagadores, como Roma y Cartago, sino también de la lógica política interna de los propios mercenarios, en este caso los pueblos celtíberos. Como dan a entender los autores del artículo que recién he citado, la existencia del mercenariado es una manifestación del dinamismo de las sociedades en las que aparece,<sup>70</sup> dinamismo que toca las esferas económica, social, cultural e, indiscutiblemente, política. La propuesta contenida en dicho artículo, *grosso modo*, es que los celtíberos no habrían sido vulgares estipendiarios vendidos al mejor postor, sino estrategias inteligentes que evaluaban críticamente lo que más les convenía en función no tanto de la paga, que estaría lejos de ser su principal criterio, como de unos intereses políticos mucho más dignos. Estos intereses no habrían podido ser tan magníficos como los de los cartagineses o romanos, pues las ambiciones elevadas, como he dicho, sólo pueden operarse en repúblicas magníficas, y los celtíberos distaban bastante de conformar una; empero, de aceptar lo propuesto en este artículo, los intereses políticos celtíberos no serían menos que respetables.

Más allá de la defensa de la Celtiberia, es decir, de la zona no formalmente delimitada de la Península Ibérica ocupada por comunidades celtíberas (el territorio nuclear propiamente celtíbero), la defensa de una “periferia estratégica” tampoco estrictamente definida de la Celtiberia sería el interés al que estuvieron orientadas las políticas instrumentadas por los mercenarios de estos pueblos. Los autores del artículo exponen que los celtíberos, al defender una periferia estratégica del área celtibérica y mantenerla libre de la intervención o del dominio de extranjeros como los cartagineses o romanos, garantizarían no sólo la protección de la Celtiberia, resguardada tras este “cinturón de seguridad”, sino que procurarían también contar con una franja territorial para influir ahí ellos mismos. Lo explican de este modo:

[...] el análisis de la actuación de los ejércitos celtibéricos desde 220 a. C. indica cómo estas comunidades, algunas de ellas, habrían intentado evitar la consolidación de poderes hegemónicos en su periferia, primero Cartago y luego Roma. Esta actuación estratégica señalaría la existencia de una cierta noción de territorialidad ‘celtibérica’ asumible como área de influencia articulada por diversos núcleos coaligados. Una suerte de glacis<sup>71</sup> defensivo, tal sería la proyección territorial de dicha coalición celtibérica.<sup>72</sup>

---

<sup>70</sup> *Ibidem*, p. 77.

<sup>71</sup> Palabra usada en milicia, significa explanada en declive; proviene del francés *glacis* que significa terreno resbaladizo o pendiente. *Cfr.* MARÍA JUANA MOLINER RUIZ, *Diccionario de uso del español*, prólogo de Carme Riera Guilera, Madrid, Gredos, cuarta edición, 2016, II vols., s. v. *glacis*.

<sup>72</sup> GARCÍA RIAZA, PÉREZ RUBIO y SÁNCHEZ MORENO, *op. cit.*, p. 71.

Además, “Esta ‘periferia estratégica’ no debe ser imaginada como una línea fronteriza fija, sino como un amplio cinturón de seguridad e influencia más allá de los límites oriental y meridional de la Celtiberia [...] en el que los celtíberos intervenían en caso de considerarlo conveniente, a menudo aliados con sus habitantes inmediatos”.<sup>73</sup> Todo acabó en fracaso: los celtíberos no lograron resistir al imparable avance romano y fueron conquistados; esto, sin embargo, no tendría por qué demeritar aquellas políticas celtibéricas ante las potencias del antiguo Mediterráneo. Si el artículo resultare acertado, significaría que tales comunidades celtíberas mercenarias, a pesar de la falta de éxito en su empresa, habrían llevado a cabo políticas previstas mediante las que habrían lidiado con sus ambiciosos rivales.

### I.II.II. POLÍTICAS IMPREVISTAS

Moericus y Belligenus merecieron ser personajes en la *Historia* de Tito Livio en virtud de su notable participación durante el sitio que sufrió Siracusa a manos del ejército romano en la Segunda Guerra Púnica. El lance de estos estipendiarios ha sido estudiado por Antonio García y Bellido; empero, este académico se enfocó no en la actuación política de aquellos mercenarios, sino que se interesó por el rescate de su recuerdo debido a su procedencia hispana. García y Bellido consagró buena parte de su producción historiográfica a esta meta, es decir, a la recuperación de las actuaciones que los mercenarios oriundos de la Península Ibérica tuvieron en otras latitudes y longitudes del mundo mediterráneo,<sup>74</sup> cediendo, muy probablemente, a un principio nacionalista comprensible por el contexto que lo envolvió: la España franquista.

Es éste el segundo ejemplo de actuación política mercenaria que atenderé, y para tal fin citaré el texto de García y Bellido, del cual, al finalizar, haré una ligera pero necesaria

---

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 77.

<sup>74</sup> *Vid.* entre otros, los títulos siguientes: “Los iberos en Cerdeña según los textos clásicos y la Arqueología”, en *Emérita*, III.2, 1935, pp. 225-256; “Los iberos en Sicilia”, en *Emérita*, VII.1-2, 1939, pp. 71-125; “Iberos en el Norte de África”, en *Archivo Español de Arqueología*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, número 16, 1940-1941, pp. 347-348; “Los mercenarios españoles en Cerdeña, Sicilia, Grecia, Italia y Norte de África”, en *Historia de España Menéndez Pidal*, I, Madrid, 1954, pp. 647-680; “El *exercitus hispanicus* desde Augusto a Vespasiano”, en *Archivo Español de Arqueología*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, número 34, 1961, pp. 114-160; “Los mercenarios españoles en la Segunda Guerra Púnica (I). Hasta la Batalla de Cannae”, en *Revista de Historia Militar*, 1962, pp. 7-23; “Los mercenarios españoles en la Segunda Guerra Púnica (II). De Cannae hasta el año 211”, en *Revista de Historia Militar*, 1963, pp. 7-31; y “Los auxiliares hispanos en los ejércitos romanos de ocupación”, en *Emérita*, XXXI, 1963, pp. 213-226.



crítica; téngaseme paciencia por favor, pues la cita es bastante larga. Primero la introducción: “el ejército de Hannibal, el que logró enhebrar aquel impresionante rosario de victorias y hazañas que comienzan con el paso del Rhódano y llevan a Cannae, estaba compuesto en su casi totalidad de tropas mercenarias bárbaras y entre ellas, pero predominantemente, de africanos y españoles. Pues bien, parte de estos españoles van a ser los protagonistas del episodio de Siracusa”.<sup>75</sup> El episodio comenzó porque “Hieronymos [*sc.* monarca de Siracusa] tenía a su servicio una cantidad desconocida de mercenarios africanos e hispanos (*Afrorum et Hispanorumque auxiliares*), sin duda procedentes del ejército cartaginés [que] hubieron de hallarse presentes en todas las acciones en que, de un modo general [...], son citados los mercenarios al servicio de los syrakussanos [*sic*]. (Cfr. Livio, XXIV 27, 29, 32 y XXV 29.)”<sup>76</sup> El nudo de esta historia, no obstante, se encuentra en la lucha que los romanos entablaron contra los sicilianos:

Había en el ejército púnico-siracusano que sitiaba Marcellus una gran cantidad de desertores del ejército romano. Como es lógico, estos desertores no podían esperar piedad alguna en el caso de que los romanos entraran en la ciudad. Por ello eran los más tenaces partidarios de evitar toda negociación. No obstante, el estado de los sitiados era tan desesperado que hubieron de iniciar conversaciones para preparar una entrega aceptable. De ellas no resultó al pronto nada positivo, sino todo lo contrario, pues los desertores hicieron correr la especie de que los romanos tampoco respetarían las vidas de los mercenarios. Éstos, en principio partidarios también de la rendición, dando crédito a los desertores, se volvieron de su acuerdo y todos juntos se alzaron en rebelión contra los siracusanos, matando a los magistrados de la ciudad y con ellos a todos los ciudadanos notables.

Para no quedar sin jefes los estipendiarios nombraron seis gobernadores, tres para la Achradina, el sector costero de Siracusa, y otros tres para Nasos, es decir, la isla de Ortygia, núcleo primitivo de la ciudad. [...]

Como pese a la enérgica y brutal réplica de los desertores y mercenarios la situación de la plaza sitiada era cada día peor, hubieron de iniciarse nuevas negociaciones tendentes, sobre todo, a aclarar la posición en que habrían de quedar los mercenarios, que ya empezaban a sospechar habían sido instrumento de los desertores.

Casualmente acababa de llegar a Siracusa, procedente de España, un enlace llamado Belligenus, que, como Moericus, era también español (Liv. XXV 30, 2, y XXVI 21, 13). Ambos celebraron una conversación privada en la cual Belligenus expuso ante Moericus la grave situación de los púnicos en España (Liv. XXV 30, 2). Livio, único narrador de este episodio, pone en boca de Belligenus las razones con las que exhortó a Moericus a entregar

---

<sup>75</sup> ANTONIO GARCÍA Y BELLIDO, “Moericus, Belligenus y los mercenarios españoles en Siracusa”, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, número 150, 1962, p. 8.

<sup>76</sup> *Ibidem*, p. 9.

la plaza. Con un acto meritorio como éste, Moericus podría alcanzar el primer puesto entre los suyos, ya optara por seguir militando al lado de los romanos, ya prefiriera regresar a su patria. Por el contrario —seguía arguyendo Belligenus—, si Moericus persistía en mantener el cerco, ¿qué esperanza le quedaba estando envuelto por tierra y mar? (Liv. XXV 30, 3). Impresionado Moericus por estos razonamientos y por los informes relativos a la marcha de la guerra en España hizo que en la comisión preparada para parlamentar con los romanos figurasen su propio hermano y Belligenus, que, bien instruidos, buscaron un aparte con Marcellus. De esta conferencia secreta resultó la confección de un plan de entrega de la ciudad. La comisión regresó de nuevo a la Achradina (Liv. XXV 30, 4).

Moericus —prosigue Livio—, para alejar cualquier sospecha por parte de los desertores, fingió hastío por todas estas idas y venidas y propuso el corte de las negociaciones y el refuerzo de las defensas, haciendo ver que, para el mejor logro de esto último, convenía repartir los más importantes puestos entre los prefectos, recayendo la responsabilidad de su defensa sobre cada uno de ellos. La proposición fue aceptada por todos [...]

La zona que se atribuyó a Moericus era la llave de la ciudad para el que pretendiera entrar en ella por el mar. [...]

Conforme con lo secretamente acordado Marcellus preparó un desembarco junto a la fuente, lo que hizo felizmente al amanecer de la cuarta vigilia. Según lo convenido, Moericus guió a los romanos (Liv. XXV 30, 8), siendo ya fácil apoderarse de la isleta entera y atacar la Achradina por tierra desde el SE., ayudados, además, por Moericus y los suyos, ya abiertamente al servicio de los romanos (Liv. XXV 30, 12). En los discursos que tras estos acontecimientos pone Livio en labios de Marcellus, éste califica de ejemplar para los siracusanos la acción de Moericus [...] La ciudad fue entregada al saqueo, salvándose sólo de él los tesoros reales y los domicilios de los siracusanos partidarios de Roma. [...] Esto cae ya en el año 212.

La acción de Moericus no fue brillante en este caso, aunque el romano la ponderara como ejemplar. Pero no cabe duda que obró razonablemente guiado por un claro sentido de la realidad. Los informes recibidos de Belligenus, su compatriota hispano, que acababa de venir de España, y la situación realmente desesperada de Siracusa, no aconsejaban, en verdad, una resistencia ciega y tenaz. El ejército carthaginés que vino en ayuda de los sitiados se había disuelto y sus jefes o habían muerto o habían huido. La ciudad de Siracusa ansiaba la entrega a los romanos. Sólo el temor a la suerte de los trófugas y desertores romanos, a los que, naturalmente, no amparaban las cláusulas de la rendición, podía justificar una resistencia a ultranza. Pero ello no era bastante y afectaba a tan pocos que no era lícito el sacrificio inútil de los más.<sup>77</sup>

Tras esta valiosa victoria para Roma, los mercenarios hispanos obtuvieron en recompensa la ciudad de Murgantia (Tito Livio la llama Murgencia) y sus tierras en la isla de Sicilia, y a Moericus se le dio además la ciudadanía romana. García y Bellido termina esta historia con algo de conjetura: “Si los compañeros de Moericus no recibieron entonces la ciudadanía

---

<sup>77</sup> *Ibidem*, pp. 11-14.

plena, como parece, debieron de ser premiados probablemente con otra de grado inferior que los textos no especifican. [...] Del reparto de las tierras encargose el praetor M. Cornelius Cethegus, debiendo hacerlo a discreción (Liv. XXVI 21, 13 y 17).”<sup>78</sup>

Viene al caso dejar algunos comentarios críticos hacia el texto de García y Bellido relacionados con su nacionalismo, el cual parece que lo acompañó hasta los años postreros de su vida.<sup>79</sup> No soy yo el primero en avisar del anacronismo del académico por su insistencia en referir a “España” y los “españoles”, siendo que ni una ni otros existían en ese entonces,<sup>80</sup> asimismo, aunque diluido, hay un enaltecimiento de lo hispano o español al que Fernando Quesada Sanz alude escribiendo que “Pese al medio ambiente en que su investigación hubo de desenvolverse, el tono de García y Bellido al tratar la cuestión de los mercenarios es razonablemente aséptico, sin caer (salvo en momentos concretos, de corte más literario que ideológico) en la tentación de emplear tal tema en la exaltación de lo racial hispano, en ligazón con la ideología oficial imperante en el momento.”<sup>81</sup>

El texto es tan transparente que no precisa de gran aclaración: se comportaron los mercenarios como políticos descarados desde el instante en que se rebelaron y apoderaron de Siracusa; investigaron, negociaron y decidieron a su antojo desde una posición que les arrebataron a otros y que jamás habían contemplado ni habrían obtenido si el plan original se hubiera cumplido. Moericus y Belligenus representaron sus papeles de líder y cabildero, respectivamente, y no puede decirse que las cosas les salieran mal... He aquí un ejemplo de política imprevista instrumentada por un grupo mercenario. Otro ejemplo parecido es el de los mamertinos, cuyas acciones en Sicilia detonaron la Primera Guerra Púnica; yo ya no profundizaré en este tema, pero remito a Werner Huss, en quien puede hallarse una buena explicación del caso.<sup>82</sup>

---

<sup>78</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>79</sup> *Vid.* su última publicación, ya póstuma: ANTONIO GARCÍA Y BELLIDO, “Otro testimonio más de la presencia de mercenarios españoles en el Mediterráneo”, en EDUARDO RIPOLL PERELLÓ y ENRIC SANMARTÍ I GREGO (coords.), *Simposio Internacional de Colonizaciones. Barcelona 1971*, Barcelona, Diputación Provincial de Barcelona / Servei de Patrimoni Arquitectònic Local, 1974, pp. 201-203.

<sup>80</sup> Si bien Alberto Pérez Rubio y Fernando Quesada Sanz brindan una explicación más detallada del porqué. *Cfr.* “Antonio García y Bellido y la historia militar antigua de Iberia. Pasado y presente de una línea historiográfica”, *op. cit.*, pp. 181 y 186-187.

<sup>81</sup> FERNANDO QUESADA SANZ, “Los mercenarios ibéricos y la concepción histórica en A. García y Bellido”, en *Archivo Español de Arqueología*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, número 67, 1994, pp. 309-310.

<sup>82</sup> *Cfr.* WERNER HUSS, “La Primera Guerra Romana (264-241)”, en *Los cartagineses*, traducción de José María Díaz Regañón, Madrid, Gredos, 1993, pp. 147-151 (Manuales). *Vid.* POLIBIO, I: v-xii.

## SEGUNDA PARTE

# LA POLÍTICA Y LAS RELACIONES DE PODER DENTRO DEL EJÉRCITO DE LA EXPEDICIÓN DE LOS DIEZ MIL

Un pilar crucial para la política ha sido siempre y siempre será la retórica. Ésta ha pretendido adoptar una participación más discreta en la Modernidad, pues así lo exige la reputación de nuestra democracia, pero basta escuchar los discursos de nuestros políticos para entender que la retórica hoy no se practica menos que en las democracias y aristocracias antiguas, como Atenas y Roma. La Segunda Parte de esta tesis está empapada de retórica, como he advertido en la Introducción. Pero ¿qué es la retórica? ¿Cómo se relaciona con la política? ¿Por qué es tan relevante para ella? Refiriéndose a la Antigüedad, lo expresa en los siguientes términos Laurent Pernot:

La opinión más difundida consistía en definir la retórica como el “poder de persuadir” (*uis persuadendi*). De manera general, esta definición significaba que el orador era aquel cuyos discursos sabían obtener el asentimiento del auditorio y que la retórica era el medio para alcanzar ese resultado. La persuasión en cuestión se efectúa mediante la palabra (y no, por ejemplo, sólo por los gestos, o por el dinero, los brebajes, el crédito, la autoridad). Se practica principalmente en el ámbito del discurso público, referente a las cuestiones *políticas y civiles* (es decir, que ponen en juego el interés de la ciudad y de los ciudadanos), pero puede también tener un lugar en los diálogos y en las conversaciones privadas.

En lugar de “poder”, muchos preferirían hablar de “arte” (en griego *tekhnē*, en latín *ars*). Esta palabra, en su sentido antiguo, no insiste tanto en lo que los modernos entienden por creación artística, sino en la idea de un método razonado, de un sistema de reglas destinadas al uso práctico, de una producción técnica y de un oficio. Otros empleaban las palabras *virtud, ciencia* o —peyorativamente— *rutina*. Quintiliano, por su parte, se detiene en una definición diferente: la retórica como “ciencia del bien decir” (*bene dicendi scientia*). La sustitución de *persuadir* por *decir* pretende ampliar el campo de la retórica al extenderlo a todas las formas de discurso, sea cual sea tanto el objetivo como el efecto. En cuanto al adverbio *bien*, éste encierra cierta ambigüedad, ya que puede abarcar al mismo tiempo la

corrección gramatical, la belleza estética, el valor moral y la eficacia práctica del discurso. Esta última definición es la más general y la más sintetizadora.

Este breve recorrido a través de las diferentes definiciones de la retórica ofrece, por sí mismo, un esbozo general del tema. En primer lugar, se encuentra la persuasión: el enigma de la persuasión. ¿Cómo explicar ese fenómeno, común y misterioso a la vez, que consiste en llevar al otro, sin coacción aparente, a pensar algo que antes no pensaba, o aún no pensaba? La retórica se inventó para responder a esta pregunta. Fundamentalmente, se dirige a entender, producir y regular la persuasión.

En estas condiciones, la retórica es una técnica que pretende alcanzar la eficacia, un método de producción del discurso persuasivo basado en una habilidad e incluso en recetas. Detrás de esa habilidad hay un saber, una ciencia si se quiere, en todo caso, una reflexión profunda y sistemática sobre la naturaleza y el funcionamiento de la palabra. Ese conocimiento y esa habilidad son objetos de enseñanza. Por otro lado, la retórica se desarrolla en contextos políticos e institucionales, y en formaciones ideológicas precisas y determinadas temporalmente: la retórica está anclada en la sociedad y, en consecuencia, tiene una historia que se desarrolla en relación con la historia general de las sociedades antiguas.<sup>83</sup>

En la Primera Parte de esta tesis he aseverado, basándome en Aristóteles, que la política es común a todos los seres humanos; en este preámbulo asevero otro tanto con respecto a la retórica, aunque realmente no soy yo quien lo asevera sino, nuevamente, el propio filósofo. Declara Aristóteles lo siguiente:

La retórica es una *antístrofa*<sup>84</sup> de la dialéctica, ya que ambas tratan de aquellas cuestiones que permiten tener conocimientos en cierto modo comunes a todos y que no pertenecen a ninguna ciencia determinada. Por ello, todos participan en alguna forma de ambas, puesto que, hasta un cierto límite, todos se esfuerzan en descubrir y sostener un argumento e, igualmente, en defenderse y acusar. Ahora bien, la mayoría de los hombres hace esto, sea al azar, sea por una costumbre nacida de su modo de ser. Y como de ambas maneras es posible, resulta evidente que también en estas materias cabe señalar un camino. Por tal razón, la causa por la que logran su objetivo tanto los que obran por costumbre como los que lo hacen espontáneamente puede teorizarse; y todos convendrán entonces en que tal tarea es propia de un arte.<sup>85</sup>

Jenofonte escribió su *Anábasis* en la primera mitad del siglo IV a. C., de manera que los diálogos y discursos al interior de esta obra se enmarcan todavía en una época dorada para la retórica ateniense. No profundizaré en el fenómeno retórico, pero esta breve exposición de

---

<sup>83</sup> LAURENT PERNOT, Prólogo a *La retórica en Grecia y Roma*, edición y presentación de Gerardo Ramírez Vidal, traducción de Karina Castañeda Barrera y Oswaldo Hernández Trujillo, México, Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, segunda edición, 2016, pp. 19-21 (Bitácora de Retórica, 31).

<sup>84</sup> MOLINER RUIZ, *op. cit.*, s. v. antístrofa: “En la lírica coral griega, segunda parte del canto, que seguía a la estrofa.”

<sup>85</sup> ARISTÓTELES, *Retórica*, 1354a: 1-12.

la retórica permitirá comprender los largos diálogos y discursos que transcribiré adelante. Tampoco estudiaré aquí todas las piezas retóricas de la *Anábasis*, que no son pocas, pero sí rescataré las principales para observar ciertos aspectos revestidos de capital interés.

## II.I. LA POLÍTICA PREVIA AL ASCENSO DE JENOFONTE

Al comenzar la expedición, Jenofonte no mandaba sobre el ejército mercenario ni ostentaba su jefatura; como he dicho antes, no queda claro qué rango tenía, pero, en consideración de su estamento social y de sus contactos, debió tener uno intermedio con autoridad moderada. Además de que era amigo del estratego Próximo de Beocia, Jenofonte dice de sí mismo que “desde el ejército griego, Jenofonte de Atenas azuzó a su caballo al encuentro de Ciro y le preguntó si quería transmitir alguna orden.”<sup>86</sup> Se desprende de esta frase que Jenofonte se hallaba no en lo más bajo de la escala militar, sino que poseía algún poder, el suficiente para acercarse al príncipe Ciro y preguntarle por sus órdenes. Por cierto que la primera mención de Jenofonte en la obra se da, justamente, en este fragmento, así que no deja de ser un tanto llamativo que ya se le vea capitalizando<sup>87</sup> desde su primera aparición.

En este apartado se tratará la política de la expedición en los primeros dos libros de la *Anábasis*, que narran los sucesos previos al nombramiento de Jenofonte como estratega; la intervención del cronista es sobremanera limitada durante este lapso, pero eso no significa un inconveniente para la observación de mi objeto de estudio. La división en libros de la *Anábasis* no fue hecha por su autor sino gracias a una edición posterior; los hitos para dividir la obra, no obstante, fueron escogidos sabiamente, como se notará más adelante.

### II.I.I. LA DIRECCIÓN DE CIRO EL JOVEN

El libro I de la *Anábasis* inicia con la sucesión de Artajerjes II en el trono persa tras la muerte de su padre, el rey Darío II, y con el conflicto consecuente entre el nuevo monarca y su

---

<sup>86</sup> JENOFONTE, *Anábasis*, I: viii: 15.

<sup>87</sup> En el sentido de que busca a Ciro para darse a notar o llamar su atención con la finalidad de obtener de él un beneficio a futuro.

hermano menor, el príncipe Ciro; relata los preparativos de este príncipe para la guerra contra su hermano mayor y el recorrido del ejército mercenario reunido a su servicio desde Sardes, en Lidia, al occidente de Anatolia, hasta las cercanías de Babilonia, en el centro geográfico del Imperio Aqueménida; y finaliza con la muerte de Ciro en su victoria en Cunaxa y con el retrato que dedica Jenofonte al valiente príncipe caído en la batalla. La relación casi mecánica del trayecto no vuelve al libro I el más interesante de la *Anábasis*, aunque ciertos momentos conflictivos y discursivos resultan muy atractivos y, sobre todo, se torna hacia el desenlace verdaderamente emocionante. El fallecimiento de Ciro en el dramático final del libro I es un acontecimiento clave en la crónica de Jenofonte y en la dimensión política de la expedición, pero será más adelante donde hablaré de sus consecuencias, ya que por ahora deseo centrarme en la dinámica política de cuando Ciro se encontraba con vida, que es la primera dinámica política expedicionaria.

En un inicio Ciro es el contratante y supremo comandante del ejército estipendiario, al cual comanda por medio de los estrategos que están a su servicio. ¿Por qué le sirven esos estrategos? Aquí empieza la cadena de poder, entonces habrá que ver quiénes fueron dichos estrategos: Clearco, “General espartano durante la guerra del Peloponeso, harmosta<sup>88</sup> de Bizancio, fue condenado a muerte por desobediencia a los éforos”,<sup>89</sup> exiliado lacedemonio y huésped de Ciro, quien, según Jenofonte, “después de entablar relaciones con él [*sc.* Clearco], quedó admirado y le entregó diez mil daricos.”<sup>90</sup> Próxeno de Beocia, Soféneto de Estinfalia y Sócrates de Acaya, huéspedes de Ciro a quienes exhortó y ordenó acudir “con el mayor número de soldados posible”.<sup>91</sup> Jenias de Parrasia, comandante de “las tropas mercenarias en las ciudades”.<sup>92</sup> Pasión de Mégara, asediador de Mileto, junto con Sócrates de Acaya, por

---

<sup>88</sup> El harmosta era “la persona encargada de velar por el normal funcionamiento de [las oligarquías y decarquías próximas] a Esparta. Sin embargo, [...] no todos los harmostas estuvieron al frente de oligarquías o decarquías. En ocasiones, muchos de ellos tuvieron a su cargo una guarnición y, en ocasiones, esas oligarquías y decarquías no estuvieron encabezadas por un harmosta. [...] Generalmente este *cargo* es definido como gobernador militar espartano o comandante en el extranjero.” José Alberto Pérez Martínez afirma que “Esparta controlaba a través de [los harmostas] la gestión y administración de otras *poleis* ejerciendo un control, en consecuencia, de su soberanía efectiva”. *Cfr.* JOSÉ ALBERTO PÉREZ MARTÍNEZ, “¿Imperio, imperialismo o hegemonía espartana? Una armonización conceptual para la Esparta de finales del siglo V a. C.”, en *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica*, Alcalá de Henares, Departamento de Historia y Filosofía de la Universidad de Alcalá, número 26, 2014, pp. 130-131.

<sup>89</sup> Bach Pellicer en JENOFONTE, *op. cit.*, p. 41, nota 7.

<sup>90</sup> *Ibidem*, I: i: 9.

<sup>91</sup> *Ibidem*, I: i: 11.

<sup>92</sup> *Ibidem*, I: ii: 1.

mandado de Ciro.<sup>93</sup> Y, finalmente, Menón de Tesalia, Sosis de Siracusa y Agias de Arcadia, de quienes no se brinda más información salvo la cantidad de efectivos que reunieron para el príncipe Ciro.<sup>94</sup>

Son en total, pues, nueve estrategos griegos, de los cuales uno ya estaba al frente de mercenarios en las ciudades anatólicas occidentales, dos ya asediaban Mileto en favor de Ciro y cuatro, por lo menos, habían sido sus huéspedes, lo que implicaría, desde la tradicional perspectiva helena cuando menos, una amistosa e inquebrantable relación de compromisos y auxilios mutuos entretejida con un sentimiento de afecto. Esto debió pesar en los motivos que llevaron a tales estrategos a ponerse bajo las órdenes del príncipe, aunque es obvio que el dinero influyó en el convencimiento de aquellos hombres para participar en tan excitante hazaña, sin olvidar los cuantiosos beneficios restantes que Ciro pudo haberles prometido asumiendo su nueva calidad como monarca. Desconozco qué tan potentes y sinceros habrían sido los vínculos entre huéspedes nobles o aristócratas, como Ciro y sus estrategos, pero es evidente que eran respetados entre ciudadanos menos encumbrados, tal vez incluso entre ciudadanos empobrecidos, dada la forma en la cual Clearco habla del tema en un discurso recogido por Jenofonte, que en breve citaré, dirigido a los soldados. Me inclino a pensar que también entre notables se respetaban dichas tradiciones en virtud del sumo cuidado que le debían a su buena reputación tanto como del gran provecho que podía traerles un sistema de favores como éste.

Como quiera que haya sido, puedo sintetizar en tres los motivos de los estrategos para servir a Ciro: el primero, residente en su pasado, su conexión como huéspedes (el caso de Clearco, particularmente); el segundo, residente en su presente, el pago otorgado por el persa; y el tercero, residente en su futuro, los favores y mercedes que podría atraerles la cercanía política con el intrépido príncipe (como se verá más adelante, no por otro rumbo iban las intenciones de Jenofonte al entrar a la expedición). Ahora hay que continuar con el descenso en la escala jerárquica a fin de revisar el mando de los estrategos sobre los soldados, para lo cual es preciso reparar un poco en el asunto de los números. Servirá, para dicho efecto, la siguiente tabla:

---

<sup>93</sup> *Ibidem*, I: i: 7; ii: 2-3.

<sup>94</sup> *Ibidem*, I: ii: 3-9.



TABLA I: EFECTIVOS DEL EJÉRCITO DE CIRO <sup>95</sup>				
Estratego	Infantería pesada <sup>96</sup> (hoplitas)	Infantería semiligera <sup>97</sup> (peltastas)	Infantería ligera <sup>98</sup>	Punto de reunión
Jenias de Parrasia	4,000			Sardes
Próxeno de Beocia	1,500		500	
Soféneto de Estinfalia	1,000			
Sócrates de Acaya	500			
Pasión de Mégara	300	300		
Menón de Tesalia	1,000	500		Colosas (Frigia)
Clearco de Esparta	1,000	800	200 (arqueros)	Celenas (Frigia)
Sosis de Siracusa	300			
Agias de Arcadia	1,000			
<b>Total</b>	10,600	1,600	700	12,900

El total aproximado de soldados<sup>99</sup> que participaron en la expedición, como puede verse en la parte baja de la tabla, es de 12,900 efectivos, suma que más o menos concuerda con los datos ofrecidos por Jenofonte de que “se contabilizaron, en total, once mil hoplitas y alrededor de dos mil peltastas.”<sup>100</sup> Con estas cifras, aunque la expedición sea típicamente conocida como “de los Diez Mil”, lo cierto es que concurrió en ella más de una miríada de mercenarios, una cantidad exorbitante según sostiene Alexander Petrie: “Una fuerza griega era por lo general mucho más pequeña que una fuerza moderna. Un cuerpo de 10,000 hombres se consideraba

<sup>95</sup> Cfr. *idem*.

<sup>96</sup> “Infantería pesada; cuerpo principal de combatientes. Iban armados de casco, corazas, grebas, escudo, lanza y espada.” Bach Pellicer en JENOFONTE, *Anábasis*, *op. cit.*, p. 43, nota II.

<sup>97</sup> “Infantería semiligera. Iban armados de una espada y un pequeño escudo.” *Idem*, nota 13.

<sup>98</sup> “La infantería ligera sólo llevaba armas ofensivas, y en ella estaban integrados los arqueros, honderos y lanzadores de jabalina.” *Idem*, nota 12.

<sup>99</sup> Cfr. también ALEXANDER PETRIE, ‘Infantería, Caballería, Tropa ligera’, en “La guerra”, en *Introducción al estudio de Grecia. Historia, antigüedades y literatura*, versión española de Alfonso Reyes, México, Fondo de Cultura Económica, segunda edición, 1956, pp. 96-97 (Breviarios, 121).

<sup>100</sup> JENOFONTE, *Anábasis*, I: ii: 9.

un ejército muy numeroso.”<sup>101</sup> El mismo Jenofonte parece confirmar la apreciación de Petrie al escribir: “Pero Tisafernes, cuando se dio cuenta de esto, considerando que los preparativos eran superiores a los necesarios para una expedición contra los písidas, se dirigió al encuentro del Rey con la mayor rapidez posible, acompañado de unos quinientos jinetes. Y el Rey, informado por Tisafernes de la expedición militar de Ciro, tomó las medidas para defenderse.”<sup>102</sup> Mas esta información es meramente anecdótica; la que no lo es tiene que ver con la autoridad de los estrategos sobre los soldados, y es que aquéllos no compartían un mando general sobre éstos, sino que cada uno mandaba sobre sus propias tropas, es decir, sobre aquéllas que había reclutado para el servicio. Lo refiere así Jenofonte cuando Ciro pasa revista del ejército y ordena “a los griegos alinearse y ponerse firmes, como lo hacían normalmente para entrar en batalla, y que cada uno de los jefes alineara a sus hombres. Se alinearon de cuatro en fondo: ocupaba la derecha Menón y sus hombres, a la izquierda Clearco y los suyos, y en el centro los restantes estrategos.”<sup>103</sup> Esto se antoja razonable al considerar que cada general había contratado a sus soldados, de manera que éstos estaban subordinados a aquél, pero no por fuerza a los demás generales.

Ninguno de los estrategos, con excepción tal vez de Sosis de Siracusa, habría podido comandar directamente a todos sus hombres; por esta razón, había más grados militares que fungían como enlaces entre los estrategos y los soldados: se menciona en la crónica a los lugartenientes,<sup>104</sup> los capitanes,<sup>105</sup> los taxiarcos<sup>106</sup> y los tenientes,<sup>107</sup> pero no discurriré acerca de ellos ahora. Mejor atiendo la inconformidad de los soldados hacia Ciro y los estrategos por ocultarles el verdadero blanco de la expedición, pues les habían dicho que combatirían contra rebeldes o enemigos menores del príncipe, como los písidas, mientras que se dirigían en realidad a pelear contra su hermano, el rey Artajerjes. Jenofonte arguye que los estrategos, excepto Clearco, desconocían los planes de Ciro, pero lo cierto es que todos ellos estaban al tanto. Jenofonte narra así el episodio:

---

<sup>101</sup> PETRIE, *op. cit.*, p. 97.

<sup>102</sup> JENOFONTE, *Anábasis*, I: ii: 4-5.

<sup>103</sup> *Ibidem*, I: ii: 15.

<sup>104</sup> *Ibidem*, III: i: 32.

<sup>105</sup> *Idem*.

<sup>106</sup> *Ibidem*, III: i: 37.

<sup>107</sup> *Ibidem*, V: ii: 13.

Aquí [en Tarso]<sup>108</sup> permaneció Ciro con su ejército veinte días, pues los soldados se negaron a seguir adelante; tenían ya la sospecha de que iban contra el Rey y decían que no se habían alistado para eso. Clearco, en primer lugar, les obligaba a marchar, pero éstos le arrojaban piedras a él y a sus acémilas, cada vez que empezaban a avanzar. Clearco, entonces, apenas si logró evitar ser lapidado, pero más tarde, cuando comprendió que no conseguiría su objetivo por la fuerza, convocó la asamblea de sus soldados. Al principio, puesto en pie, lloraba durante mucho rato; éstos, al verlo, estaban sorprendidos y permanecían callados. Después, dijo lo siguiente: [α] “Soldados, no os extrañe que a duras penas soporte la situación presente. Ciro fue mi huésped y cuando fui desterrado de mi patria me concedió diversos honores y, además, me entregó diez mil daricos, que al cogerlos no reservé para mi interés particular ni los derroché, sino que los gasté con vosotros. En primer lugar, hice la guerra a los tracios y, en defensa de Grecia, los vengué con vuestra ayuda, expulsando del Quersoneso a quienes querían arrebatarse esta tierra a los griegos que la habitaban. Cuando Ciro me llamó, acudí con vosotros, para prestarle ayuda, si tenía alguna necesidad, a cambio de los favores que de él había recibido. [β] Pero, puesto que vosotros no queréis acompañarme en la marcha, tengo necesidad o de traicionaros a vosotros y mantener la amistad de Ciro, o bien engañar a aquél y estar a vuestro lado. Si procedo con justicia, no lo sé, pero os elegiré a vosotros y con vosotros sufriré lo que sea preciso. Y nadie podrá decir nunca que yo, que conduje a los griegos al país de los bárbaros, traicioné a los griegos y preferí la amistad de los bárbaros. Pero, puesto que vosotros no queréis obedecerme, yo con vosotros seguiré y soportaré lo que sea necesario. Porque os considero mi patria, mis amigos y aliados, y a vuestro lado pienso que seré honrado dondequiera que esté, mientras que sin vosotros pienso que no sería capaz ni de favorecer a un amigo ni de rechazar a un enemigo. Por consiguiente, tened la convicción de que iré donde vosotros vayáis.” Así habló. Los soldados, los suyos y los demás, al oír que decía que no marchaba contra el Rey, aprobaron su decisión. Más de dos mil hombres de Jenias y Pasión cogieron las armas y los bagajes y acamparon al lado de Clearco. Ciro, apurado y afligido por esto, mandó llamar a Clearco; éste no quiso ir, pero a escondidas de los soldados le envió un mensajero con la misiva de que tuviera ánimo, puesto que la situación tendría el desenlace preciso. Le pedía, también, que le mandara llamar otra vez, pero le advertía que no pensaba ir.

Después de esto, convocó a sus soldados y a los que se le habían unido y, de los demás, a todo el que quiso, y habló así: [γ] “Soldados, es claro que la situación de Ciro respecto a nosotros es igual que la nuestra respecto a él, porque ni somos nosotros ya soldados de aquél, puesto que no le seguimos, ni él es ya nuestro pagador. Pero que se considere perjudicado por nosotros, lo sé; de manera que, pese a su requerimiento para que vaya, no quiero ir, más que nada, por vergüenza, ya que soy consciente de haberle engañado en todo; luego, también, porque temo que me aprese y me aplique el castigo por los daños que cree que yo le he causado. Por consiguiente, a mí me parece que no es momento de dormirmos ni de abandonarnos, sino de deliberar lo que debemos hacer a la vista de la situación. Mientras permanezcamos aquí, creo que debemos buscar la manera de hacerlo con la máxima seguridad, pero si parece oportuno partir inmediatamente, examinemos cómo salir con las mayores garantías y de qué modo obtendremos los víveres, porque, sin éstos, ni estratégico, ni

---

<sup>108</sup> Ciudad capital de Cilicia. Bach Pellicer en JENOFONTE, *Anábasis*, op. cit., p. 48, nota 34.

soldado sirven para nada. Ciro, en efecto, es un hombre valioso para el amigo, pero es el más terrible adversario para el enemigo, y tiene fuerzas de infantería, caballería y navales que todos vemos y conocemos por igual. Pues me parece que no estamos acampados lejos de su campamento. Por consiguiente, ha llegado el momento de que cada uno manifieste lo que le parezca mejor.” Con estas palabras terminó.

A continuación, se levantaron, unos, espontáneamente, para manifestar lo que pensaban y otros, a instancias de Clearco, para indicar cuáles eran las dificultades de permanecer o de partir sin la venia de Ciro.<sup>109</sup>

Este dilatado fragmento es esclarecedor. En política puede echarse mano de distintos métodos para conseguir un fin, y así puede constatarse en este pasaje: cuando la violencia le resulta ineficaz para movilizar a los soldados, Clearco se ve obligado a persuadirlos por medio de una vía más complicada, la parlamentaria; ha llegado la hora de la retórica. Aunque quizá podría parecer lo opuesto, este recurso era bastante normal entre los estrategos, y Laurent Pernot da cuenta de por qué:

A la misma categoría [*sc.* de discursos exteriores] pertenecían los discursos pronunciados en el campo de batalla, con los cuales los generales exhortaban a sus tropas antes del combate. Los historiadores que elaboran tales discursos los amplifican y los embellecen ciertamente. Sin embargo, no hay duda de que hubieran existido realmente estas arengas, que formaban parte de las obligaciones del estratega. Por lo demás, podían ser breves y pronunciarse poco antes del combate propiamente dicho.<sup>110</sup>

Yo no pongo reparos en aceptar a un Clearco dramatizando su presentación ante los soldados; por dar un ejemplo, no lo imagino diferente de cómo fue en su último Informe de Gobierno, aquel 1º de Septiembre de 1982, memorable día, el honorable y respetable presidente don José López Portillo y Pacheco. El discurso de Clearco no es una arenga a los soldados antes de la cruenta batalla, pero se entiende que la situación era extraordinaria y que precisaba de un mensaje que convenciera a los mercenarios para proseguir el paso. Lo faltante no es más que una retórica hábilmente estructurada y encubridora de un accionar político que guarda escasa, si no nula, correspondencia con las palabras tan emotivamente pronunciadas por Clearco en su patético discurso: primero, se excusa en función de los favores que le ha hecho Ciro y de su propio actuar por el bien de los griegos (sección [α]), y, después, manifiesta una falsa predilección por los griegos sobre los bárbaros y afirma, no sin un discreto toque de reproche, que seguirá a los suyos a pesar de las adversas consecuencias que pudiere generarle esta

---

<sup>109</sup> *Ibidem*, I: iii: 1-13.

<sup>110</sup> PERNOT, “El momento ateniense” en *La retórica en Grecia y Roma*, *op. cit.*, p. 54.

decisión (sección [β]). Clearco pretende recuperar la confianza de los soldados haciéndoles creer que está de su lado, y lo logra, como puede asumirse dadas las reacciones descritas por Jenofonte; la confianza es importantísima en la política, de ahí que el viejo estratego deba identificarse con sus hombres y manejar sus valores, como parece hacerlo con el argumento del buen huésped.

El entendimiento secreto entre el príncipe y el estratego es la otra cara de esta moneda, y creo que no tengo nada más que dilucidar sobre ello. Para resumir el segundo discurso de Clearco (sección [γ]), que tampoco está libre de su toque de reproche, me limitaré a explicitar que el estratego se esfuerza en pintar la imagen de un Ciro intimidante que sea temible para los soldados, y que aparenta un manejo limpio o, si se prefiere, democrático del problema al llamarlos a todos a la discusión pública, puesto que tienen en sus manos un problema público. Empero, es notoria la limpieza del proceso, modélica característica de la democracia. La conclusión es obvia: para disgusto de la mayoría, se impone la opción de apoyar a Ciro en su campaña temeraria por temor a la desprotección en la que se vería el ejército si lo abandonara; irónico... Recomendando la lectura de la exhortación del príncipe Ciro a sus oficiales<sup>111</sup> (no al grueso de los soldados, sino sólo a los estrategos y capitanes), la cual, aunque no me olvidó de que no brota sino de la pluma del buen Jenofonte, no deja de ser sugerente y hasta cómica, si vale mencionarlo.

### II.I.II. LA REARTICULACIÓN TRAS LA MUERTE DE CIRO

Si bien el libro I de la *Anábasis* pudiera resultar parco en cuanto a material político, no sucede lo mismo con el libro II, en el que abunda este contenido. Ahora el príncipe Ciro está muerto, la comunidad ha quedado acéfala y la expedición ha perdido su sentido. Me encantaría hacer una detenida revisión de la dinámica política una vez fallecido el persa, pero este espacio no me alcanzaría para ello ni es sitio para repetir cuanto en el libro ya está escrito; mejor será que sintetice lo que haga falta y que recomiende la lectura completa del mismo. Después de la síntesis, me enfocaré en otra forma de engaño específica dentro de la política: la traición.

En sustitución de la transcripción del libro II de la *Anábasis*, quepa notificar lo siguiente. Los estrategos griegos, una vez muerto Ciro, tuvieron que establecer relaciones

---

<sup>111</sup> Vid. JENOFONTE, *Anábasis*, I: vii: 2-8.

directas tanto con los amigos como con los enemigos del príncipe caído; debieron hacer esto independientemente del plan de acción que fueren a ejecutar. La noticia de la muerte de Ciro, que recibieron los estrategos de boca de los amigos del príncipe, no habría podido ser más inesperada,<sup>112</sup> de forma que desencadenó la implementación de una política imprevista, esto es, del mismo tipo que la aludida en el caso de los mercenarios Moericus y Belligenus. Fue con base en las comunicaciones que tuvieron por igual con los amigos y con los enemigos de Ciro que los mercenarios tomaron las decisiones que les parecieron mejores; destacó Clearco entre los estrategos al demostrar que era el más experimentado y capaz para liderar al ejército y gestionar la emergencia: el antiguo harmosta se valió de sus conocimientos y habilidades y, por medio de Falino<sup>113</sup> y de Tisafernes,<sup>114</sup> enviados ambos de Artajerjes, logró concertar una tregua con el monarca. Jenofonte exhibe un auténtico manejo diplomático llevado a cabo por Clearco, nada extraño al tomar en cuenta que había fungido como harmosta de Bizancio; no obstante, no cesan los recelos ni las sospechas entre helenos y bárbaros, razón por la cual es imperante calmar los ánimos entre ambos bandos. En esta cuestión quiero detenerme, y la narra Jenofonte con estas palabras:

Aquí [en el río Zapatas]<sup>115</sup> permanecieron tres días; en el transcurso de éstos seguían los recelos, pero ninguna conspiración abierta se manifestaba. Creyó, entonces, oportuno Clearco entrevistarse con Tisafernes y, si podía, poner fin a los recelos antes de provocar una guerra. Envío un emisario para decirle que necesitaba entrevistarse con él. Tisafernes le exhorta a ir de inmediato.

Una vez que estuvieron reunidos, Clearco le dijo: [δ] “Yo sé, Tisafernes, que nos hemos juramentado y nos hemos dado las manos como garantía de que no nos causaríamos daño. Sin embargo, veo que tú estás vigilando como si nosotros fuéramos enemigos, y nosotros, al verlo, procedemos de modo semejante. Y puesto que, al examinarlo, no puedo descubrir que tú intentes causarnos daño y yo sé, con seguridad, que tampoco nosotros pretendemos nada semejante, me parece oportuno entablar conversaciones contigo, para disipar, si pudiéramos, la desconfianza mutua. Porque sé que se han dado casos de hombres, unos por calumnia, otros incluso por recelo, que, atemorizados, queriendo tomar la iniciativa antes de sufrir las consecuencias, causaron daños irreparables a quienes ni tenían intención

---

<sup>112</sup> Como escribe Jenofonte, “Enterados de estas noticias los estrategos y al informarse los demás griegos, con dificultad lo soportaron.” *Ibidem*, II: i: 4.

<sup>113</sup> Heraldo griego “que estaba con Tisafernes y era bien considerado porque se hacía pasar por un experto en táctica y en el manejo de las armas.” JENOFONTE, *Anábasis*, II: i: 7. Ramón Bach Pellicer complementa con una nota: “Profesionales que adiestraban a los soldados en el manejo de las armas durante las campañas del ejército. Cf. PLATÓN, *Laques* 181c y sigs.; *Ciropedia* I, 6, 17 y sigs.” (p. 83, nota 69).

<sup>114</sup> Noble persa, “Sátrapa de Lidia y Caria; fue desposeído de la satrapía por Darío. Había desempeñado ya un activo papel en la guerra del Peloponeso.” *Ibidem*, p. 39, nota 3.

<sup>115</sup> “Afluente del Tigris, hoy Gran Zab.” *Ibidem*, p. 98, nota 77.

ni querían hacer nada semejante. Así, pues, considerando que tales equívocos se desvanecen, sobre todo, mediante conversaciones, vengo y quiero demostrar que tú desconfías de nosotros sin razón.

La sección [δ] es una introducción que no importa si fue dicha o no por Clearco, ni tampoco interesa el modo en el cual, en todo caso, pudo haberla expresado: su relevancia radica en la exhibición que hace de la vulnerabilidad del ejército mercenario bien sabida por el espartano; el antiguo harmosta era consciente de que los griegos, por muy fuertes que fueran, no dejaban de ser vulnerables ante los bárbaros y podían sufrir de su mano graves daños. Era preferible estar en buenos términos con Tisafernes, puesto que de no estarlo las consecuencias podían ser nefastas; éste es un buen ejemplo, precisamente, de las acciones diplomáticas llevadas a cabo por Clearco. Sigue la cita:

[ε] Ante todo y sobre todo los juramentos ante los dioses nos impiden ser enemigos. Al que conscientemente se ha olvidado de ellos, jamás yo podría considerarle feliz. Porque yo no sé a qué velocidad alguien huyendo podría evitar la guerra con los dioses, ni a qué tinieblas se retiraría, ni qué fortaleza le serviría de asilo. En todas partes, todo está sometido a los dioses y a todos por igual los dioses dominan. Así pienso acerca de los dioses y de los juramentos con los que haciendo un trato establecimos nuestra amistad.

Quienes han estudiado a Jenofonte no han pasado por alto que era un hombre piadoso, aunque lo mencionen de paso; en las tesis de Carolina Olivares Chávez<sup>116</sup> y la referida introducción a la *Anábasis* de Carlos García Gual puede encontrarse un poco acerca de esto. La sección [ε] da fe de la gran piedad del cronista, pero también es testimonio del rol que tenían los juramentos ante los dioses como protocolos o formalidades que supuestamente aseguraban el cumplimiento de los pactos establecidos entre dos entidades, como son los estipendiarios y los bárbaros. Empero, debo remarcar la palabra supuestamente, pues es también muy claro que tales protocolos y formalidades tenían prácticamente muy pobre alcance y que de ningún

---

<sup>116</sup> Cfr. CAROLINA OLIVARES CHÁVEZ (sustentante), *Ética y milicia en Acerca del Hiparco de Jenofonte* [tesis para obtener el título de Maestra en Letras (Clásicas)], Arturo Edmundo Guadalupe Ramírez Trejo (asesor), México, Colegio de Letras Clásicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, junio de 2005, pp. 11-12, y ‘Su personalidad’, en ‘Jenofonte y sus obras’, en *Jenofonte: su propuesta de paideia a partir de tres personajes atenienses*, México, Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2014, pp. 86-87 (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, 53) (este libro surge de la tesis de doctorado de la autora, *Jenofonte: su doctrina de paideia a partir de tres personajes atenienses* [tesis para obtener el título de Doctora en Letras (Clásicas)], Arturo Edmundo Guadalupe Ramírez Trejo (asesor), Víctor Hugo Méndez Aguirre y Gerardo Ramírez Vidal (coasesores), México, Colegio de Letras Clásicas de la Facultad de Filosofía y Letras y Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, mayo de 2011, 239 pp.).

modo eran garantes de que se cumpliera lo pactado entre las partes, como no se cumplió entre helenos y bárbaros. La piedad es, entonces, impiedad. No es que Jenofonte como autor fuera impío, sino que la política es impía o al menos tiende a serlo: aunque la política aparente someterse a la piedad, ésta es en realidad una herramienta que aquélla utiliza a discreción según su conveniencia.

El ser humano ha involucrado lo divino en los asuntos políticos bajo el entendimiento de que éstos, al entrar en contacto con lo sagrado, quedan sacralizados y pasan a ser dignos del respeto y de la consideración que corresponden a las cosas sagradas; al percatarse de que puede sacar provecho de sus semejantes utilizando este respeto y esta consideración, el ser humano ha sacralizado los asuntos políticos esperando aventajar a otros hombres y mujeres auténticamente piadosos y francamente ingenuos. Valerse de lo sagrado y burlar la piedad de los demás son mecanismos plenamente políticos y altamente efectivos, pero recurrir a ellos es un flagrante acto de impiedad y por eso la política no puede menos que tender a ser impía.<sup>117</sup> No puede haber políticos de mayor desconfianza que aquéllos que sacralizan sus acciones políticas, por simples y cotidianas que sean, y cuanto más las que participan en el ámbito público. Pausaré esta cuestión por el momento, pero la retomaré más adelante, pues al respecto aún me queda un poco por decir. Sigue la cita:

[ζ] Y con respecto a lo humano, yo creo que en el momento presente tú eres para nosotros el mayor bien. Porque contigo todo camino está expedito, todo río es franqueable y no tenemos escasez de víveres. Sin ti, en cambio, todo camino discurre a través de tinieblas, porque lo desconocemos. Todo río es difícil de cruzar, toda multitud nos infunde miedo y más temible es aún la soledad, pues está llena de numerosas privaciones. Y si, enloquecidos, te matáramos, ¿haríamos otra cosa que dar muerte a nuestro bienhechor para luchar contra el Rey, el más peligroso adversario? De cuántos y de qué tipo de esperanzas me privaría, si intentara hacerte algún daño, te lo explicaré. Yo deseé que Ciro fuera mi amigo porque lo consideraba entre los de su tiempo el más apto para hacer bien a quien quisiera. Y ahora veo que tú tienes el poder y el territorio de Ciro y que conservas tu provincia, mientras que las fuerzas del Rey, las que eran enemigas de Ciro, son también tus aliadas. En estas circunstancias, ¿quién es tan loco que no quiera ser tu amigo? [η] Pero, además, te diré en qué baso mis esperanzas de que también tú querrás ser nuestro amigo. Sé que los misios os resultan molestos y pienso que con las fuerzas presentes podría reducirlos a vuestro dominio. Sé también que os pasa lo mismo con los písidas, y conozco que se comportan así otros muchos pueblos a los cuales

---

<sup>117</sup> Lo que expreso en todo este párrafo es una consideración personal, pero piénsese en Jenofonte y en su conocida piedad (notoria en sus obras y en muchos lugares de la *Anábasis*, v. g. las referidas partes de III: i: 5-10 y V: iii: 5-13); tengo sustento suficiente para considerar que hay una crítica del ateniense en contra de la política traidora e impía.



pienso que podría hacerles desistir de perturbar siempre vuestra felicidad. Respecto a los egipcios, con los que me doy cuenta de que ahora estáis muy irritados, no veo qué fuerza aliada mejor que la mía podríais utilizar para castigarlos. Pero, además, de los que habitan alrededor si tú quisieras ser amigo de alguno, lo serías como el más poderoso, y si alguien te molestara, podrías comportarte como señor teniéndonos a nosotros como servidores que no sólo por el sueldo estaríamos a tu servicio, sino también por la gratitud que con justicia te tendríamos por haber sido salvados por ti. Al considerar todo esto, me parece tan sorprendente el hecho de que tú desconfíes de nosotros, que con muchísimo gusto escucharía quién es el que tan hábilmente hablando consiguió convencerte de que nosotros conspiramos contra ti.”

Jurar ante los dioses debiera bastar y sobrar para el mantenimiento de la paz entre bárbaros y helenos, pero el Clearco que retrata Jenofonte no es tan tonto para conformarse con eso y decide adicionar otras razones de índole más terrenal. La sección [ζ] ratifica la vulnerabilidad de los griegos, entrevista desde la introducción del discurso, pero no con el afán de presumir su debilidad y mucho menos con el de apelar a la compasión bárbara, sino más bien buscando sembrar confianza en los asiáticos al reconocer que los estipendiarios necesitan de ellos y jamás pensarían en causarles daño. Las palabras de esta sección bien pudieran ser ficticias, mas la situación que describen no podría hallarse más lejos de ser una ficción. Por su parte, la sección [η] contiene un ofrecimiento de servicios militares que los estipendiarios podrían prestar a los persas y gracias al cual éstos verían los beneficios que podrían sacar de aquéllos, con lo que se esperaría que desistieran de perjudicarlos. No obstante, este ofrecimiento sólo enseña la perspectiva favorable que los persas pudieran tener hacia los estipendiarios; la perspectiva desfavorable, que no es menos latente, queda oculta aquí en su totalidad, de tal forma que el panorama político no se vislumbra entero.<sup>118</sup> Sigue la cita:

Éstas fueron las palabras de Clearco. Y Tisafernes le contestó así: [θ] “Me complace, Clearco, oír tus sensatas palabras. Porque estoy de acuerdo con ellas. Si tramaras algún mal contra mí, me parece que al mismo tiempo serías malvado contigo mismo. Y para que te des cuenta de que tampoco vosotros tendríais razón en desconfiar ni del Rey ni de mí escucha mi respuesta. Si quisiéramos aniquilaros, ¿crees que no tenemos una multitud de jinetes, de infantería o de armamento con lo que seríamos capaces de haceros daño, sin riesgo de que pudierais devolvérselo? ¿Crees que no encontraríamos lugares adecuados para atacaros? ¿No veis cuántas llanuras, que vosotros recorréis con muchas dificultades a pesar de ser amigas, y cuántas montañas debéis pasar que nosotros podemos ocupar de antemano y cerraros el paso? Y hay tantos ríos en los que podríamos nosotros determinar con cuántos queremos luchar de vosotros, e incluso entre ellos hay algunos que de ningún modo podríais cruzar, si nosotros

---

<sup>118</sup> Para conocer el panorama político a cabalidad, con la contraparte adversa para los estipendiarios, *vid.* JENOFONTE, *Anábasis*, II: iv: 1-7.

no os los pasáramos. Si no tuviéramos éxito con todos esos medios, el fuego sin duda es más poderoso que el fruto de la tierra, fruto que nosotros podríamos quemar para enfrentarnos con el hambre, contra la que por muy valientes que fuerais, no podríais combatir. ¿Cómo, pues, disponiendo de tantos recursos para haceros la guerra, y ninguno de ellos peligroso para nosotros, iríamos a escoger el único método que es impío ante los dioses, el único que es vergonzoso ante los hombres? Sólo aquellos que carecen totalmente de recursos y de medios y están apremiados por la necesidad y, además, son malvados, son los que quieren conseguir un objetivo violando los juramentos hechos ante los dioses y la palabra dada a los hombres. Nosotros, Clearco, no somos tan insensatos ni tan estúpidos.

La respuesta que Tisafernes da a Clearco principia en la sección [0], que es, al menos a mi juicio, la sección más manipulada y manipuladora de todo el diálogo recreado por Jenofonte. Además de que en ella se reiteran ideas y juicios (eso sí, muy verosímiles) ya plasmados en secciones anteriores, el cronista hace que Tisafernes diga indirectamente de sí mismo y de los suyos que son hombres impíos, vergonzosos, apremiados, malvados, insensatos y, para colmo, estúpidos. Dado que la pretensión de Jenofonte, seguramente por razones políticas ante sus propios compatriotas, es hacer quedar mal a los persas, esta sección no puede menos que rechazarse para ser analizada como las demás; empero, hay algo que vale la pena salvar, y es lo que me faltó comentar hace unos párrafos. Suponiendo sin conceder que Tisafernes, por iniciativa propia o en contubernio con Artajerjes, hubiera obrado de la forma relatada por Jenofonte, no habría hecho otra cosa que poner en práctica una política: impía, inmoral y desgraciada, pero válida según las reglas no escritas, aunque conocidas, del juego político.

Los persas pudieron haber actuado de muchas otras maneras y todas ellas más dignas y honrosas; no obstante, la que escogieron según Jenofonte era la más eficiente para llevar a buen puerto su misión: acabar con los helenos para que no quedaran en entredicho el honor y el poderío real y evitar la vergüenza ante los otros pueblos y naciones tanto de afuera como de adentro del orgulloso imperio. Con la trampa mortal que tendieron a los generales helenos, los persas dieron un durísimo golpe a los estipendiarios, pero a la larga les valió poco porque, como se sabe, dicha misión acabó en fracaso y, peor que eso, algunos decenios después el famoso Alejandro Magno haría pomada a la antaño grandiosa dinastía Aqueménida. Ahora bien, yo me adhiero al parecer de que Jenofonte, por su característico empeño moralizante y pedagógico descubierto en el conjunto de sus obras, era auténticamente piadoso, pero estoy seguro de que no era idiota, como tampoco lo era el rudo Clearco; si éste pecó de ingenuidad ante los persas no debió ser por un desvarío senil tanto como por la desventajosa posición de

los estipendiarios, que lo empujaba con vertiginosos vientos a confiar, aunada a su propia maldad y desmedida ambición. Sigue la cita:

[u] Pero ¿por qué siéndonos posible aniquilarnos no lo hemos intentado? Pues bien, sabrás que la causa de esto es mi deseo de ser digno de confianza para los griegos y de regresar poderoso por haberme ganado, a causa de mis favores, a estas tropas extranjeras con las que Ciro vino fiándose de ellas sólo por la soldada. Respecto a qué cosas puede serme útil vuestra ayuda, algunas las has indicado tú, pero la más importante la sé yo: pues sólo al Rey es lícito llevar la tiara derecha en la cabeza, pero en el corazón, con vuestra presencia, posiblemente también otro podría llevarla fácilmente.”

Después de haber pronunciado estas palabras, pareció a Clearco que decía la verdad, y respondió. [κ] “¿No merecen sufrir la pena máxima, dijo, quienes, dado que tenemos tales motivos de amistad, intentan por medio de calumnias hacernos enemigos?” “Yo, al menos, dijo Tisafernes, si queréis venir conmigo vosotros, los estrategos y los capitanes, os señalaré abiertamente a los que dicen que tú conspiras contra mí y contra mi ejército.” “Yo, dijo Clearco, los conduciré todos ante ti y, por mi parte, te manifestaré de dónde proceden mis noticias sobre ti.” Después de estas palabras, Tisafernes, en prueba de amistad, le animó a quedarse entonces y le hizo partícipe de su cena. Al día siguiente, Clearco regresó al campamento y era evidente que estaba convencido de tener relaciones amistosas con Tisafernes y comunicó lo que éste le había dicho. Dijo también que debían ir a visitar a Tisafernes aquellos a los que había invitado, y que los griegos que fuesen convictos de calumnia deberían ser castigados como culpables de traición y de mala voluntad hacia los griegos. Sospechaba que el calumniador era Menón, porque sabía que había tenido relaciones con Tisafernes en compañía de Arieo y que formaba un partido contra él y conspiraba para ganarse todo el ejército y ser amigo de Tisafernes. Clearco también quería ganarse la opinión de todo el ejército y librarse de los que le molestaban. Algunos soldados le replicaron diciendo que no fueran todos los capitanes y estrategos y que no confiaran en Tisafernes. Clearco se esforzó con gran ahínco, hasta que consiguió que fueran cinco estrategos y veinte capitanes; los acompañaron, como si fueran en busca de provisiones, unos doscientos soldados.<sup>119</sup>

La segunda parte de la respuesta de Tisafernes a Clearco se encuentra en la sección [u]; bajo el supuesto de que las ideas contenidas en esta sección también hubieran sido pronunciadas por el persa, se comprendería un poco mejor la caída en confianza del antiguo harmosta. Es bien sabido que los seres humanos tendemos a confiar en las personas que aparentan ser como nosotros, pues esta similitud nos lleva a creer que tales personas son sinceras; en este sentido, un hombre ambicioso como Clearco que escuchara la confesión ambiciosa de su oponente estaría psicológicamente bien dispuesto a tomar por verdaderas tan maléficas palabras. En la sección [κ] Clearco opera políticamente obedeciendo a su péfida ambición para deshacerse

---

<sup>119</sup> *Ibidem*, II: v: 1-30.

de sus contrincantes, y en consecuencia cae en el engaño urdido por Tisafernes. Después de eso, Jenofonte relata el actuar de Tisafernes y de Clearco y explica las motivaciones de este último, de manera que me ha ahorrado esa labor.

No quiero terminar este apartado exaltando a Tisafernes como si hubiera sido un político extraordinario, mas debo reconocer que cumplió su trabajo, y quizá no sea injusto aceptar que fue más hábil que Clearco. Empero, tengo que cerrar de algún modo, y aunque preferiría hacerlo sin desvelar lo que ocurrió a los cinco generales helenos y demás hombres que, convencidos por el espartano, fueron con los persas, la índole profesional de esta tesis me induce a no dejar cabos sueltos. Baste decir que dichos generales y sus acompañantes fueron muertos traicioneramente a manos de los persas, y, como pasó tras la muerte de Ciro, se requirió dentro del ejército mercenario una nueva rearticulación política.

## **II.II. LA POLÍTICA TRAS EL ASCENSO DE JENOFONTE**

Jenofonte estaba obligado a relatar en la *Anábasis* su promoción como estratego dentro del ejército de los Diez Mil, pues no habría debido ni querido pasar por alto un evento tan significativo para la expedición y para él mismo. Dicho ascenso es narrado al inicio del libro III;<sup>120</sup> no lo transcribo aquí debido a su gran amplitud, pero ofrezco un breve resumen de dos puntos importantes. El primero es que el cronista aduce un sueño de presunta inspiración divina como motivo para iniciar su actuación pública ante un grupo de autoridades dentro de la comunidad de estipendiarios; el segundo es que la deliberación de todas las autoridades de esta comunidad, producto de la actuación pública inicial del ateniense, detona un cambio en la dinámica política mercenaria al reemplazar el aparato de dirección de los griegos y renovar su iniciativa de acción en contra de los persas. Toma Jenofonte el lugar de Próximo.

### **II.II.I. LA TOMA DE DECISIONES**

Me gustaría subrayar tres elementos de la política estipendaria con Jenofonte ya integrado como estratego; aquí revisaré el procedimiento mediante el cual los mandos tomaban, entre

---

<sup>120</sup> *Vid. ibidem*, III: i: 4-47.

otras, las decisiones para el avance, la guerra o la defensa de la compañía helena. En lo que va de esta tesis he señalado que los soldados tenían cierta participación en algunas tomas de decisiones colectivas, pues, supuestamente, podían avalar o rechazar los planes de acción propuestos por las autoridades militares, así como negarse a acatar las instrucciones cuando no estaban de acuerdo con ellas o las consideraban injustas. Sin embargo, he notado también que los deseos o pareceres expresados por la tropa, justos o injustos, no necesariamente eran respetados por tales autoridades. Por otro lado, es muy natural que no en todas las decisiones se involucraran los soldados, puesto que por motivos de seguridad, eficiencia y pragmatismo había elecciones que sólo concernían a los comandantes.

Tratando de las distinciones entre guerreros y soldados, Fernando Quesada Sanz ha diferenciado entre el liderazgo sobre ambos: los guerreros están “Bajo jefes cuya autoridad suele basarse en lazos de dependencia personal, prestigio social (‘carisma’) y/o militar, o en lazos de sangre. El general tiende a combatir en primera fila y suele perder enseguida el control de la batalla”,<sup>121</sup> mientras que los soldados están “Bajo *oficiales* en una cadena de mando definida, más o menos compleja, que no depende necesariamente de lazos de dependencia personal, de sangre o de prestigio. Los generales suelen dirigir la batalla desde un lugar conveniente, aunque no desdeñan combatir si es necesario dar ejemplo (*e. g.* César). Hay excepciones (liderazgo heroico de Alejandro, guerrero en un ejército de soldados).”<sup>122</sup> El fragmento que enseguida transcribo contiene el caso de una elección en materia de táctica que, por su naturaleza, compete sólo a los comandantes. La imagen que de sí mismo muestra Jenofonte no es menos que atractiva y deseable para todo dirigente, pero fuera de eso el pasaje es esquemático y no excesivamente largo. Sírvame para analizar cómo se toman esta clase de resoluciones en las que la tropa no toma parte:

En la cima que conducía a la llanura [del río Fasis], les salieron al encuentro cálibes, taocos y fasianos. Cuando Quirísofo vio a los enemigos en la cima, detuvo la marcha a una distancia de unos treinta estadios, a fin de no aproximarse a los enemigos en columna, y transmitió la orden a los demás de que hicieran avanzar sus compañías, para que el ejército se presentase en línea de combate. Cuando llegaron los de retaguardia, convocó a los estrategos y capitanes, y les habló en estos términos: [λ] “Los enemigos, como veis, ocupan las cimas de la montaña; es el momento de deliberar cómo lucharemos con mayor éxito. A mí me parece oportuno transmitir la orden a los soldados de que almuercen, mientras nosotros decidimos si nos

---

<sup>121</sup> QUESADA SANZ, “De guerreros a soldados. El ejército de Aníbal como un ejército cartaginés atípico”, *op. cit.*, p. 142.

<sup>122</sup> *Idem.*

parece oportuno hoy o mañana franquear la montaña.” [μ] “A mí particularmente, dijo Cleanor, me parece oportuno que, tan pronto como hayamos almorzado, tomemos las armas y, con la mayor rapidez posible, atacemos a estos hombres. Porque si dejamos pasar el día de hoy, los enemigos que ahora nos ven se envalentonarán y es natural que otros, estando éstos envalentonados, en número superior se les agreguen.”

Después de éste, Jenofonte dijo: [ν] “Yo pienso así: si es necesario luchar, debemos prepararnos para luchar con la máxima energía; pero si queremos franquear la montaña de la manera más fácil, me parece que debemos examinar cómo recibir el menor número posible de heridos y cómo perder el menor número de vidas humanas. En efecto, esta montaña que se ve abarca más de sesenta estadios, y en ninguna parte se ven hombres que nos vigilen más que por este camino; mucho mejor, pues, sería intentar apoderarnos por sorpresa, sin que nos vieran, de un punto de la montaña desierta y anticiparnos a ocuparla, si pudiéramos, más que luchar contra posiciones fuertes y hombres preparados. Pues es mucho más fácil ascender en vertical sin luchar que avanzar por terreno liso en presencia de enemigos a ambos lados. De noche, sin luchar, cualquiera ve mejor lo que tiene delante de los pies que de día luchando; el camino escarpado, para los pies que lo recorren, sin luchar, resulta más cómodo que el liso, cuando se reciben pedradas en la cabeza.

”Y no me parece imposible tomar la cima por sorpresa, porque podemos avanzar por la noche, para no ser vistos y alejarnos lo suficiente, de manera que no nos descubran. Me da la impresión de que, si fingiéramos atacar por allí, encontraríamos la montaña más solitaria, pues los enemigos permanecerían aquí en grupo más compacto.

Como puede comprenderse, hay un riesgo ante los enemigos que obstruyen el paso de los estipendiarios, razón por la cual lo primero que hace un estratega, Quirísofo, es disponer al ejército en una formación idónea para presentar batalla, en caso de que los helenos se vieran atacados o tuvieran que combatir; una vez tomadas las precauciones, Quirísofo convocó a los estrategos y capitanes. He aquí el primer paso: dada una situación de peligro, se convoca a una junta para abordar la manera de gestionar el dilema que se enfrenta. En la sección [λ] Quirísofo, según Jenofonte, da una sugerencia: franquear la montaña, ya sea ese mismo día o el siguiente. Inmediatamente responde Cleanor (sección [μ]) para proponer una alternativa: un ataque pronto y directo contra los rivales, con el fin de evitar que éstos se envalentonen y crezca su número. Enseguida alza la voz Jenofonte (sección [ν]) y sugiere una tercera opción: ocupar una posición en la cima de la montaña para igualar las condiciones que les dan la ventaja a los enemigos; debo hacer una pausa en este guión del ateniense.

Lo primero que se descubre cuando el cronista interviene es el desequilibrio entre la cantidad de palabras habladas por los expositores, pues mientras Quirísofo y Cleanor dan propuestas concisas, la de Jenofonte trae muchos aditamentos. Para empezar, como buen ateniense y a diferencia de los otros dos estrategos, Jenofonte es un militar humanista que se

preocupa por los éxitos tácticos tanto como por la integridad de los soldados. Después, la percepción y observación que tiene Jenofonte del entorno son muy superiores a las de sus pares, luego entonces puede plantear ideas brillantes, mientras que a las pobres inteligencias de Quirísofo y Cleanor no se les ocurre que “es mucho más fácil ascender en vertical sin luchar que avanzar por terreno liso en presencia de enemigos a ambos lados [...]” Por último, un buen líder debe mostrar convencimiento de lo que piensa para atraerse la opinión de los demás, así que Jenofonte sustenta su plan con argumentos en pro de su viabilidad. Esta sección, posiblemente exagerada, le viene de maravilla a su autor al presentarlo como un estratego presuntuoso, pero también virtuoso, habilidoso y que, discretamente, les corrige la plana a los demás. Los logros obtenidos a partir de sus proposiciones ya lo mostrarán como un estratego competente y acertado.<sup>123</sup> Sigue la cita:

[ξ] ”Pero, ¿por qué doy explicaciones sobre acciones furtivas? Pues yo, al menos, Quirísofo, he oído decir que vosotros, los lacedemonios, cuantos integráis los Iguales,<sup>124</sup> os ejercitáis en el robo desde niños y que no es vergonzoso sino honroso robar cuanto la ley no prohíbe. Y para que robéis con el máximo celo y procuréis no ser vistos, está establecido por la ley entre vosotros que, si sois sorprendidos robando, se os azote. Ahora, pues, tienes una excelente oportunidad de demostrar tu educación y de vigilar que no nos atrapen, apoderándonos por sorpresa de la montaña, de modo que no recibamos golpes.”

“Sin embargo, contestó Quirísofo, también yo he oído decir que vosotros, los atenienses, sois hábiles en robar los fondos públicos, a pesar de que el ladrón corre un grandísimo peligro, y además que son éstos los mejores, si es cierto que entre vosotros los mejores son considerados dignos de mandar. En consecuencia, tienes tú también la oportunidad de demostrar tu educación.”

[ο] “Pues bien, contestó Jenofonte, yo estoy dispuesto a ir, con la retaguardia, una vez hayamos cenado, a tomar la montaña. Tengo también guías, pues los soldados de infantería ligera han capturado, mediante una emboscada, a algunos ladrones que nos seguían. Por éstos me he informado también de que no es infranqueable la montaña, sino que pacen cabras y bueyes. De manera que, una vez que hayamos tomado un punto de la montaña, será también accesible para las acémilas. Y espero que los enemigos ya no nos aguardarán cuando nos vean en iguales condiciones sobre las cimas, pues tampoco ahora quieren bajar al mismo nivel que nosotros.” Entonces Quirísofo dijo: “¿Por qué debes marchar y dejar la retaguardia? Envía a otros en tu lugar, si es que no se presenta ningún voluntario.”

A continuación, Aristónimo de Metidrio acude con unos hoplitas, Aristeo de Quíos y Nicómaco de Eta con soldados de infantería ligera. Convinieron que, cuando alcanzaran la cima, encenderían muchas hogueras. Acordado esto, desayunaron. Después del almuerzo,

---

<sup>123</sup> JENOFONTE, *Anábasis*, IV: vi: 22-27.

<sup>124</sup> “Ciudadanos espartanos con plenitud de derechos políticos; son la clase dominante.” Bach Pellicer en JENOFONTE, *Anábasis*, *op. cit.*, p. 167, nota 117.

Quirísofo condujo todo el ejército a unos diez estadios frente a los enemigos, para dar la mayor impresión posible de que iban a atacar por allí.<sup>125</sup>

La sección [ξ] encarna, al menos para mí, un reto para la hermenéutica y es propicia a generar varias interpretaciones. No la considero demasiado relevante para esta toma de decisión, y menos para el proceso de toma de decisiones; sin embargo, bajo el supuesto de que haya ocurrido este gracioso intercambio entre Jenofonte y Quirísofo, no dejaría de ser llamativo: tiene algo de fanfarronería, de juego, de burla, de sarcasmo, de crítica y quizá de autocrítica. No sé qué tan fuertes habrían sido las intenciones, por impulso primero de Jenofonte hacia Quirísofo, de fastidiarse, incomodarse o ridiculizarse mutuamente, pero yo dudo que fueran extremadamente serias; si bien el ateniense y el lacedemonio rivalizaban sin ser amigos, yo no creo que el episodio fuera más que un dime y direte de tono pesado pero inofensivo. Después de discutir, en la sección [ο] los comandantes definen qué se hará, cómo y quiénes lo harán, aceptando tácitamente, por cierto, el plan de Jenofonte.

### II.II.II. LA AMBICIÓN DE LOS LÍDERES

Otro elemento que quisiera subrayar del espectro político de la expedición es la intención de los dirigentes de conseguir sus objetivos, aunque antes me gustaría especificar a qué me refiero para evitar confusiones. Toda expedición militar tiene objetivos: apoderarse de una posición valiosa o estratégica, obstruir el abastecimiento rival de armas o alimentos y robar o destruir la infraestructura de los enemigos son ejemplos. Se trata de objetivos militares cuya finalidad conjunta apunta a ganar una guerra o una conquista y a beneficiar al organismo político que organiza la expedición a su servicio. Tal organismo puede ser una monarquía, una aristocracia, una democracia o lo que se quiera; no obstante, bajo este enfoque no resalta la política de la expedición puesto que ésta es, en sí misma, un instrumento de una política ajena y superior con la cual está vinculada, pero de la cual no es dueña sino una expresión.

Ahora bien, el contacto de una expedición o campaña militar con la política no se reduce necesariamente a lo descrito en el párrafo anterior, ni los objetivos militares son los únicos que puede albergar una agrupación militar. Como toda comunidad humana, un ejército puede experimentar y desarrollar una política propia en la que tome sus decisiones en función

---

<sup>125</sup> JENOFONTE, *Anábasis*, IV: vi: 5-21.



de sus intereses, aunque es incuestionable que su dimensión política parte de su normativa institucional y está supeditada al contexto en que se halle, por lo que no todos los ejércitos obtienen ni desarrollan amplios márgenes políticos. Por otro lado, también quienes lideran un ejército pueden tener intereses políticos personales relacionados con la entidad bajo su autoridad, no sólo como miembros del organismo o de la élite política que organiza y es responsable de la fuerza militar, sino como integrantes del cuerpo que les obedece. Éste es el caso, por lo menos, de Jenofonte en el siguiente fragmento, aunque ya antes se ha entrevisto el afán personal de mandar de otros personajes; cuenta el cronista:

[π] Mientras tanto, Jenofonte, viendo los numerosos hoplitas griegos, los numerosos peltastas, arqueros, honderos y jinetes —ya muy competentes por el adiestramiento, y que se hallaban en el Ponto, donde efectivos tan numerosos no se habrían podido preparar con poco dinero—, consideraba excelente aumentar el territorio y el poderío de Grecia fundando una ciudad. Pensaba, además, que sería una gran ciudad, contando con la multitud de los suyos y con los que habitaban alrededor del Ponto. Con este objetivo, antes de comunicarlo a ningún soldado, mandó llamar a Silano de Ambracia, que había sido adivino de Ciro, e hizo un sacrificio.

La sección [π] no contiene diálogo ni discurso, pero he comenzado desde ahí a citar porque ahí comienza el asunto que deseo abordar. A Jenofonte se le ocurre la idea de fundar una ciudad en algún paraje de la costa del Ponto Euxino, y escribe una escueta justificación que pasa por dos argumentos: el primero son las condiciones propicias para efectuar la empresa, y el segundo es la conveniencia misma que la empresa representa para la civilización griega. Es probable que lo expresado sea verdadero, pero el cronista no abunda más; mostraré por qué pienso que el ateniense tenía razón en ambos argumentos.

Según asienta Domínguez Monedero, los historiadores de la Antigüedad que relataron la fundación de alguna colonia griega describieron dos modos en los cuales se dieron los establecimientos: “se pueden observar en nuestras fuentes escritas dos tendencias principales: las que aluden a relaciones pacíficas e, incluso, cordiales, entre los griegos y los indígenas en el momento del contacto y las que se refieren a conflictos entre ellos.”<sup>126</sup> Entre estas dos tendencias, la mayoría de los escritos narra encuentros violentos,<sup>127</sup> aunque el estudioso hace

---

<sup>126</sup> ADOLFO JERÓNIMO DOMÍNGUEZ MONEDERO, “Los griegos de Occidente y sus diferentes modos de contacto con las poblaciones indígenas. II. El momento de fundación de la colonia”, en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, Madrid, Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid, número 18, 1991, p. 154.

<sup>127</sup> Cfr. *ibidem*, p. 169.

una crítica sobre dichas narraciones y señala sus limitaciones para conocer tales contactos. Para fundar una ciudad, los colonos debían estar preparados para combatir en el caso más o menos probable de que no fueran bienvenidos por los locales; el ejército de los Diez Mil en este sentido estaba bien preparado, y es lo que Jenofonte intenta manifestar. Por otro lado, aunque algunas colonias griegas ya establecidas en el Ponto Euxino se sintieron incómodas con la posibilidad de esta fundación y reaccionaron contra ella, pues vieron amenazados sus intereses particulares, la civilización helena, como entidad abstracta, se habría beneficiado con la colonia por las oportunidades económicas y comerciales que le hubiera acarreado, por su expansión cultural y de prestigio, y quizá también por la dispersión poblacional en mejoría del equilibrio demográfico.

Al no ir demasiadas helenas en la expedición, habría sido necesaria la búsqueda de mujeres indígenas para celebrar matrimonios mixtos que impulsaran la perpetuación de la colonia por medio de la procreación: una práctica que ya se había empleado en la fundación de colonias anteriores.<sup>128</sup> Sabedor Jenofonte de que la fundación no será una iniciativa bien recibida por el grueso del ejército debido a las implicaciones económica y matrimonial, no decide divulgar su proyecto, sino consultarlo con el adivino Silano. Sigue la cita:

[p] Pero Silano, temiendo que llevase adelante esta idea y que el ejército se quedara en alguna parte, difunde entre el ejército la noticia de que Jenofonte quiere hacer permanecer al ejército allí, fundar una ciudad y procurarse fama y poder. Personalmente, Silano quería regresar cuanto antes a Grecia, pues había conseguido conservar intactos los tres mil daricos que le dio Ciro cuando, sacrificando para él, le predijo sin equivocarse lo que pasaría durante los diez días siguientes.

Desgraciadamente no faltan quienes sacrifican el bienestar y aun el provecho colectivo de su patria o de su pueblo por el beneficio individual. Silano difama el inmaculado y desinteresado propósito de Jenofonte con el delirio de que quiere procurarse fama y poder... (sección [p]). Este pasaje ejemplifica las ambiciones políticas acogidas por los dirigentes de la expedición, siendo varios los que procurarían hacerse de prestigio y poder; por otro lado, si Jenofonte pensó en el beneficio de Grecia, en su beneficio personal, en ambos beneficios o en ninguno es algo que puede discutirse, pero lo que no se discute es el enfrentamiento de intereses al interior de la cúpula de poder, entre el adivino y el estratega. Sigue la cita:

---

<sup>128</sup> Cfr. *ibidem*, p. 168.

[ς] Algunos soldados, cuando se enteraron, pensaron que lo mejor era quedarse, pero la mayoría no. Timasión de Dárdano y Tórax de Beocia dicen a unos comerciantes de Heraclea y de Sínope, que estaban allí, que si no proporcionan al ejército un sueldo para que puedan tener víveres durante la travesía, existirá el peligro de que un ejército tan numeroso se quede en el Ponto. “Pues Jenofonte quiere y nos invita a que, una vez que lleguen las naves, digamos de repente al ejército: ‘Compañeros, ahora nos damos cuenta de que tenéis dificultades para obtener víveres durante la travesía y para ser de utilidad a los vuestros cuando regreséis a la patria. Pero si queréis escoger del territorio que rodea el Ponto el lugar donde queráis quedaros, el que quiera, que vuelva a casa, y el que no, que se quede aquí, pues tenéis naves suficientes para caer repentinamente donde os parezca.’”

Oído esto, los comerciantes lo anunciaron a las ciudades. Timasión de Dárdano envió con ellos a Eurímaco de Dárdano y a Tórax de Beocia para ratificar lo dicho. Los sinopenses y los habitantes de Heraclea, cuando se enteraron de esto, envían una embajada a Timasión y le piden que, mediante dinero, asuma la responsabilidad de que el ejército se haga a la mar. Éste, contento con la noticia, estando los soldados en asamblea, les habla en estos términos: “No debemos pensar en quedarnos, compañeros, ni considerar nada más importante que Grecia. Tengo entendido que algunos hacen sacrificios con este objeto sin decirnos nada a vosotros. Pero yo os prometo, si zarpáis, a partir del novilunio ofreceros un sueldo mensual de un ciciceno<sup>129</sup> a cada uno. Os conduciré a Troya, de donde estoy desterrado, y mi ciudad se pondrá a vuestras órdenes, porque de buen grado me acogerán. Además, yo personalmente os guiaré a un lugar donde podréis obtener muchas riquezas. Conozco bien Eólida, Frigia, Troya y todos los dominios de Farnabazo, unos porque soy de allí y otros por haber participado en expediciones militares con Clearco y Dercílicas.”<sup>130</sup>

A continuación, se levantó Tórax de Beocia, que disputaba a Jenofonte el cargo de estratega, y dijo que, si salían del Ponto, tendrían el Quersoneso, región bella y próspera, de modo que el que lo desee podrá quedarse a vivir en ella y el que no, podrá regresar a su patria. Añadió que era ridículo, existiendo en Grecia amplias y abundantes tierras, buscarlas en el país de los bárbaros. “Hasta que lleguéis allí, dijo, yo, al igual que Timasión, os prometemos la soldada.” Decía esto, conector de las promesas que los heracleotas y sinopenses habían hecho a Timasión para que se hiciera a la mar. Jenofonte, entretanto, permanecía callado.

En la sección [ς] se hallan las acciones y acontecimientos que se desarrollaron a raíz de la difusión de la idea de fundar una ciudad a la orilla del Ponto, o al menos de no regresar a Grecia; cabe recordar que es Jenofonte quien narra el episodio y que no hay más testimonios, así que será buena la cautela. Parece que surgen personajes que del desorden intentan sacar provecho: Timasión de Dárdano y Tórax de Beocia, más que advertir, veladamente amenazan

---

<sup>129</sup> “Moneda de oro acuñada en Cícico, cuyo valor era de unos 28 dracmas; circulaba, sobre todo, entre los griegos de Asia Menor.” Bach Pellicer en JENOFONTE, *Anábasis*, *op. cit.*, p. 202, nota 144.

<sup>130</sup> Se refiere a la campaña del verano de 411 a. C., en el año vigésimo primero de la Guerra del Peloponeso; el espartata Dercílicas fue enviado en dicha campaña al Helesponto. *Cfr.* TUCÍDIDES, VIII: lxi-lxii. Ramón Bach Pellicer (en JENOFONTE, *Anábasis*, *op. cit.*, p. 203, nota 145) menciona que “Clearco era almirante de la flota espartana y Dercílicas, gobernador de Ábidos, jefe del ejército.”

a los heracleotas y sinopenses para obtener de ellos recursos económicos; deciden poner en práctica una técnica política de intimidación que, sin llegar a las ofensas, se sirve de cierta violencia o agresión verbal. Estos estipendiarios asustan con convertirse en piratas, aunque en buena medida ya se comportaban como tales; no es una técnica poco usual.

Timasión y Tórax aparentemente salen exitosos, pues consiguen de los heracleotas y sinopenses una promesa de sueldo con la cual, en primera instancia, se dan por bien servidos; empero, sus actos posteriores revelan lo que en realidad les interesa: confirman a los soldados el plan original de retornar a Grecia y les ofrecen el sueldo prometido por Sínope y Heraclea, volviéndose ellos mismos los nuevos dirigentes del ejército. En otras palabras, se renovarían el alistamiento de las tropas mercenarias para un servicio militar diferente: nuevo el contrato, nueva la expedición, nuevos los estrategos; más que en campaña militar, hasta parece que estuvieran, con todo y antagonismos, en campaña electoral. El proyecto es distinto, pero la ambición es la misma que la de Jenofonte y, como se ha visto, la de Clearco y otros: el afán de mandar, la aspiración al poder. Sigue la cita:

[σ] Se levantaron los aqueos Filesio y Licón y dijeron que era raro que Jenofonte, en particular, les incitara a quedarse y, en cambio, que ofreciera sacrificios para permanecer sin comunicarlo al ejército, pero luego en público nada dijera sobre estos proyectos. De manera que Jenofonte se sintió obligado a levantarse y hablar en estos términos:

“Yo, compañeros, ofrezco sacrificios, como veis, tantos como puedo, en beneficio vuestro y en el mío propio, para tener acierto al hablar, al pensar y al realizar cuanto sea lo mejor y lo más conveniente para vosotros y para mí. Y ahora estaba ofreciendo un sacrificio por esto mismo, por si era mejor empezar a hablaros y actuar sobre estos asuntos, o no tocar en absoluto la cuestión. Silano, el adivino, me respondió, y esto es lo más importante, que las entrañas de las víctimas eran favorables, pues él sabía, además, que yo no era un inexperto, porque presenciaba siempre los sacrificios. Dijo también que en las entrañas de las víctimas se manifestaba un engaño y conspiración contra mí, porque, como es natural, sabía que él mismo maquinaba calumniarme ante vosotros. Difundió el rumor de que yo pensaba llevar a la práctica estos proyectos de inmediato sin vuestro consentimiento. Yo, si os viera en dificultades, buscaría la manera de que consiguierais apoderaros de una ciudad y que el que quisiera se hiciera a la mar en seguida y el que no, lo hiciese después de haber adquirido riquezas suficientes para ser de utilidad a los suyos. Pero como veo que los heracleotas y los sinopenses os envían naves para haceros a la mar y unos hombres que os ofrecen sueldo a partir del novilunio, me parece estupendo que, salvándonos donde queramos, recibamos un sueldo por la salvación; yo, personalmente, desisto de aquel proyecto y creo que deben también desistir cuantos a mí se acercaron diciendo que era preciso ponerlo en práctica.

”Así pienso: mientras estéis juntos y seáis tantos como ahora, me parece que seréis respetados y podréis tener provisiones porque la supremacía implica también coger los bienes de los derrotados, pero, dispersos y con las fuerzas divididas, no podréis tener sustento ni

escapar con bien. Por consiguiente, comparto con vosotros la opinión de que regresemos a Grecia, pero si alguien es sorprendido desertando antes de que todo el ejército esté en lugar seguro, que sea juzgado como incurso en un delito. Quien esté de acuerdo con esto, dijo, que levante la mano.” Todos la levantaron.

Silano gritaba e intentaba decir que era justo que se marchara el que quisiera. Los soldados no lo soportaban, sino que lo amenazaban diciendo que, si lo sorprendían escapando, le aplicarían el castigo.

[τ] Entonces, cuando los heracleotas supieron que se había acordado zarpar y que el mismo Jenofonte lo había puesto a votación, envían las naves, pero en cuanto al dinero que prometieron a Timasión y a Tórax no habían cumplido su promesa del sueldo. Entonces, los que habían prometido el dinero estaban perplejos por miedo al ejército. Así, pues, reuniendo a los demás estrategos que habían tenido conocimiento de sus maquinaciones anteriores —y estaban todos, excepto Neón de Asine, lugarteniente de Quirísofo, que tampoco estaba presente—, van a ver a Jenofonte y le dicen que están arrepentidos y que les parece mucho mejor navegar hasta el Fasis, ya que tienen naves, y apoderarse del territorio de los fasianos. Se daba la circunstancia de que su rey era el nieto de Eetes.<sup>131</sup> Jenofonte respondió que no diría nada de esto al ejército. “Vosotros, dijo, reunidlos, si queréis, y decídselo.” Entonces, Timasión de Dárdano dice que es de la opinión de no convocar la asamblea, sino que cada uno intente, ante todo, convencer a sus capitanes. Se retiraron y así lo hicieron.

Así, pues, los soldados se enteraron de lo que se tramaba. Neón dice que Jenofonte ha convencido a los demás estrategos y tiene el proyecto de conducir a los soldados, después de un nuevo engaño, hasta el Fasis. Al oírlo los soldados se molestaron y hacían reuniones y corrillos y estaban temerosos de que fuesen a hacer lo mismo que hicieron con los heraldos de los colcos y con los inspectores de los mercados.

Es convincente la aclaración que de su proceder hace Jenofonte ante el ejército en la sección [σ], y sale bien librado: el ateniense reconoce la impopularidad de su proyecto y desiste de ejecutarlo; no obstante, se desquita de Silano impidiéndole marcharse por su cuenta. Luego, en la sección [τ], surge un problema: los heracleotas y sinopenses incumplen su promesa de pago a los estipendiarios... Timasión y Tórax temen la reacción que pueda tener el ejército, de manera que traman un plan con sus amigos e intentan embaucar a Jenofonte; éste no cae, pero eso no evita que lo involucren y salga afectado. Los maquinadores no hablan de cara a las masas, como lo habían hecho cuando les prometieron el sueldo, sino que ahora tratan la cuestión por medio de sus capitanes; han resultado valientes políticos. Sigue la cita:

[υ] Cuando se enteró Jenofonte, decidió reunir, cuanto antes, a los soldados sin permitirles que se reunieran ellos por su cuenta. Ordenó al heraldo que convocara la reunión. Éstos, cuando oyeron la llamada, acudieron corriendo con mucho entusiasmo. Entonces, Jenofonte, sin acusar a los estrategos de haber ido a buscarlo, habla de esta manera:

---

<sup>131</sup> “Con este nombre se designa, de manera genérica, a los reyes de la Cólquide.” *Ibidem*, p. 205, nota 146.

“Sé, compañeros, que me calumnian so pretexto de que pretendo conducirlos hasta el Fasis con engaños. Pues bien, ¡por los dioses!, escuchadme y, si se demuestra que soy culpable, no debo salir de aquí hasta pagar la pena. Pero si, por el contrario, se demuestra que son culpables los que me calumnian, tratadlos como merecen. Vosotros sin duda sabéis, dijo, por dónde sale el sol y dónde se pone, y que si uno tiene intención de ir a Grecia, debe dirigirse hacia Occidente, pero si quiere ir al país de los bárbaros, por el contrario, hacia Oriente. ¿Existe, pues, alguien que pudiera engañaros diciendo que el sol se levanta por donde se pone y que se pone por donde se levanta? Pero, además, sabéis que el Bóreas<sup>132</sup> lleva hacia Grecia fuera del Ponto, y el Noto<sup>133</sup> hacia dentro, hasta el Fasis, y se dice que, ‘cuando el Bóreas sopla, son favorables las travesías rumbo a Grecia’. ¿Es posible, por tanto, que alguien os engañe de manera que consiga embarcaros, cuando sopla el Noto? Pero, imaginemos que yo os embarco cuando haya calma. Pues bien, yo navegaré en una sola nave, mientras vosotros, como mínimo, en cien. ¿Cómo, por consiguiente, podría forzaros a navegar conmigo contra vuestra voluntad o llevaros engañados? Supongamos, sin embargo, que vosotros, engañados y embaucados por mí, llegáis hasta el Fasis y desembarcamos en el país. Entonces sabréis sin duda que no estáis en Grecia, y yo —el que os ha mentado— seré uno solo, mientras que vosotros —los engañados— cerca de diez mil, armados. ¿Cómo, pues, un hombre que semejantes cosas maquinara para sí mismo y para vosotros dejaría de ser castigado?<sup>134</sup>

[...]

El discurso de Jenofonte sigue otro tanto. El ejército empieza a inconformarse, pero antes de que la situación se salga de control, Jenofonte convoca la asamblea para hablar a todos de una vez, sin que puedan organizarse los soldados (sección [v]). En la asamblea, el estratega desmiente a quienes lo calumnian sin señalarlos, defendiéndose con un discurso largo pero persuasivo. La exposición oral dada por Jenofonte debió ser más simple, pues este discurso recreado por escrito es tan prolongado, ordenado y pausado en sus ideas que parece poco realista, aunque en su núcleo no necesariamente sea inexacto; retirado el retoque adornado del discurso, Jenofonte pierde su magnificencia, pero perdura como un político habilidoso, virtuoso y airoso.

### II.II.III. LA PARTICULARIDAD POLÍTICA DE JENOFONTE

Quisiera subrayar como tercer elemento una particularidad suscitada en la política del ejército y en la que destaca la actuación de Jenofonte. Esta particularidad me es un poco incómoda porque rompe con el esquema que he venido esbozado: he escrito sobre impiedad, astucia,

---

<sup>132</sup> Viento del norte.

<sup>133</sup> Viento del sur.

<sup>134</sup> JENOFONTE, *Anábasis*, V: vi: 15 – vii: 9.

malicia, ambición, pero aquí debo darle espacio a la modestia, a la prudencia; ahora bien, por mucho que me incomodara esta singularidad, también me parece fascinante. Ya he apuntado que Jenofonte no era tan bueno como quería aparentarlo ante sus lectores contemporáneos, compatriotas y aristocráticos, pero mi valoración sobre él permanece positiva. Se le verá a continuación rechazando el poder, a mi juicio, por sabiduría.

Como creían hallarse [los soldados] cerca de Grecia, ahora más que nunca les venía a la mente cómo volver a casa llevando alguna cosa. Consideraron, pues, que si elegían un solo jefe, éste solo, mejor que muchos, podría dirigir el ejército de día y de noche. Si era preciso hacer algo en secreto, mejor podría ocultarse, y si había que adelantarse al enemigo, habría menos peligro de quedarse retrasado, puesto que no habría necesidad de conversaciones, sino sólo de poner en práctica la opinión de un solo jefe. Antes, sin embargo, los estrategos actuaban de acuerdo con la mayoría de votos.

Cuando se hacían estas reflexiones volvieron los ojos hacia Jenofonte. Los capitanes le dijeron, acercándose a él, que así pensaba el ejército y, poniendo de relieve cada uno su afecto por él, trataba de convencerle para que aceptara el mando. Jenofonte, por una parte, lo quería, en la creencia de que así se incrementaría su estima entre los amigos y su nombre llegaría con más grandeza a su ciudad. Además, quizá podría hacer también algún bien para el ejército. Tales reflexiones lo incitaban a desear llegar a ser jefe con plenos poderes. Pero, cuando reflexionaba que es incierto para todo hombre cómo será el futuro y que, por esto, incluso corría el riesgo de perder la fama adquirida con anterioridad, dudaba.

Incapaz de decidirse, estimó que lo más importante era consultar a los dioses; presentó dos víctimas y las sacrificó en honor de Zeus Rey, que le había sido designado por el oráculo de Delfos. Creía también que el sueño que había tenido cuando había empezado a tomar parte en los cuidados del ejército procedía de este dios. También, cuando partió de Éfeso para ser presentado a Ciro, recordaba que un águila graznaba a su derecha, aunque estaba inmóvil. El adivino que lo acompañaba le había dicho que se trataba de un presagio importante —impropio de un hombre vulgar—, glorioso pero laborioso, porque los pájaros, sobre todo, decía, atacan al águila cuando está quieta: sin embargo, no era un presagio que prometía dinero, porque el águila volando captura mejor sus presas. Así, con el sacrificio el dios le revela claramente que ni pida el mando ni lo acepte si lo eligen. Así sucedió esto.

Se reunió el ejército y todos proponían elegir un solo jefe. Decidido esto, lo propusieron a él. Y como parecía evidente que lo elegirían si se pasaba a la votación, se levantó y dijo lo siguiente:

[φ] “Yo, soldados, estoy satisfecho por los honores que me hacéis, puesto que soy hombre; lo agradezco y suplico a los dioses que me concedan ser autor de algún beneficio para vosotros.

”Pero el hecho de que vosotros me hayáis elegido como jefe, habiendo entre nosotros un lacedemonio, me parece que no es conveniente para vosotros, pues ello sería motivo de que obtuviérais más difícilmente lo que necesitáis de los lacedemonios. Por lo que a mí respecta, considero que esto no es muy seguro. Porque veo que no dejaron de hacer la guerra

a mi patria hasta que consiguieron que la ciudad entera reconociera a los lacedemonios como sus guías.<sup>135</sup>

”Una vez que reconocieron esto, al instante cesaron las hostilidades y ya no prolongaron el asedio de la ciudad. Por consiguiente, si yo, al ver esto, pensara, en la medida de mis posibilidades, anular su autoridad, temo que demasiado pronto sería castigado. Y, en cuanto a lo que vosotros pensáis de que habría menos revueltas con un solo jefe que con muchos, tened la seguridad de que, si elegís a otro, no descubriréis que yo promueva una revuelta, porque creo que, quien, estando en guerra, se rebela contra su jefe, contra su propia salvación conspira. En cambio, si me elegís a mí, no me extrañaría que encontrarais a alguien enojado contra vosotros y contra mí.”

[χ] Dicho esto, muchos más se levantaron diciendo que él debía ser el jefe. Agasias de Estinfalia dijo que era ridículo que las cosas fueran así: “¿Se enfadarán los lacedemonios también, si, reunidos los invitados en un banquete, no eligen presidente del banquete a un lacedemonio? Porque, si esto es así, dijo, tampoco nos está permitido mandar una compañía, según parece, porque somos arcadios.” Entonces prorrumpieron en aplausos por las acertadas palabras de Agasias.

[ψ] Entonces, Jenofonte, al ver que era necesario insistir más, se adelantó y dijo: “Soldados, para que lo sepáis todo, os juro, por todos los dioses y diosas, que yo, cuando me enteré de vuestra decisión, ofrecí sacrificios para saber si era lo mejor, para vosotros y para mí, que me entregarais este cargo y, para mí, aceptarlo. Y los dioses me han hecho tales señales por medio de las víctimas, que incluso un profano podría comprender que debo abstenerme del mando absoluto.”

[ω] Así, pues, eligen a Quirísofo. Y Quirísofo, una vez elegido, se adelantó y dijo: “Soldados, sabed que tampoco yo habría promovido una revuelta, si hubieseis elegido a otro. Sin embargo, a Jenofonte, dijo, le habéis hecho un favor no eligiéndolo, porque, hace unos momentos, Dexipo lo calumniaba ante Anaxibio cuanto podía, a pesar de mis esfuerzos por hacerle callar. Decía él que pensaba que Jenofonte habría preferido compartir el mando con Timasión de Dárdano, que pertenecía al ejército de Clearco, que conmigo mismo, que era laconio. Pero, ya que me elegisteis, dijo, intentaré haceros todo el bien que pueda. Y vosotros preparaos para haceros a la mar mañana, si hace buen tiempo. La travesía será rumbo a Heraclea. Es preciso, pues, que todos intenten atracar allí. En cuanto a lo demás, cuando hayamos llegado allí, deliberaremos.”<sup>136</sup>

Comienzo esta cita con los antecedentes que ofrece Jenofonte antes del meollo político en el que participó, o mejor dicho del que se libró. Quién como él: le ofrecen la autoridad con plenos poderes, el mando absoluto del ejército, y lo declina porque lo asaltan las dudas... No me burlo de Jenofonte: por el contrario, creo, si me conozco bien, que yo habría sentido algo

---

<sup>135</sup> Se refiere a la victoria de Esparta sobre Atenas al final de la Guerra del Peloponeso, en el año 404 a. C. *Cfr.* JENOFONTE, *Helénicas*, II: ii: 20: “Pero los lacedemonios se negaron a esclavizar una ciudad helena que había hecho gran bien en los mayores peligros ocurridos a la Hélade, mas harían la paz con tal que derribasen los Muros Largos y el Pireo, entregasen las naves excepto doce, admitiesen a los desterrados y tuvieran los mismos amigos y enemigos y, en consecuencia, siguieran a los lacedemonios por tierra y por mar adonde los llevasen.”

<sup>136</sup> JENOFONTE, *Anábasis*, VI: i: 17-33.



parecido y obrado de modo semejante, y creo entender lo que pasó por la mente y el alma del estratega. No hay que hacer caso de ese coloquialismo de que “quien no arriesga no gana”, ni aplica decir que Jenofonte “le temió al éxito”. Analizaré su interesante testimonio, pero antes aclaro que lo considero veraz por dos motivos: primero, el reconocimiento de Jenofonte de su propia ambición, cuando declara que “Los capitanes [...] trataba[n] de convencerle para que aceptara el mando. Jenofonte, por una parte, lo quería, en la creencia de que así se incrementaría su estima entre los amigos y su nombre llegaría con más grandeza a su ciudad. Además, quizá podría hacer también algún bien para el ejército. Tales reflexiones lo incitaban a desear llegar a ser jefe con plenos poderes”;<sup>137</sup> el segundo motivo es que tampoco esconde del todo su soberbia al expresar que “También, cuando partió de Éfeso para ser presentado a Ciro, recordaba que un águila graznaba a su derecha, aunque estaba inmóvil. El adivino que lo acompañaba le había dicho que se trataba de un presagio importante —impropio de un hombre vulgar—, glorioso pero laborioso”.<sup>138</sup>

Después de introducir el asunto, Jenofonte formula un diálogo. El primero en hablar es él (sección [ϕ]), y sus palabras son para rechazar ante el ejército el poder absoluto que le han ofrecido, pretextando que los lacedemonios no lo aprobarán y sugiriendo que se rebelarán contra su mando. Este comentario es un pretexto deficiente y malintencionado que, en caso de haberse suscitado, habría calentado los ánimos de los lacedemonios, quizá un poco en ese tono provocativo, aunque ahora no burlón, que Jenofonte ya había mostrado en un fragmento anterior. Es una excusa que no sigue principios retóricos tanto como encarna un reclamo por la dominación que Esparta tuvo sobre Atenas y tal vez exprese desconfianza y temor, si el ateniense presintió que los lacedemonios atentarían contra su vida si aceptaba el mandato.

La contestación de Agasias de Estinfalia en la sección [χ] es acertada; yo no tengo más que agregar salvo que Jenofonte sabía de la insuficiencia de su evasiva: sí se comporta así es por arrogancia, porque desea que le insistan sabiendo que no aceptará el cargo de todos modos. Pero actúa así no por ser un hombre desagradable, sino porque es un político y dicho comportamiento, aunque sea censurable, persigue una finalidad política: la demostración de popularidad, la demostración de fuerza. Empero, Jenofonte no la demuestra porque vaya a mandar, sino porque necesita protegerse, y un modo de hacerlo es mostrar a sus adversarios

---

<sup>137</sup> *Ibidem*, VI: i: 19-21.

<sup>138</sup> *Ibidem*, VI: i: 23.

el poder que tiene, aunque no pretenda usarlo; su intención es que sus oponentes se abstengan de provocarle algún daño y prefieran “llevar la fiesta en paz”. Por eso Jenofonte esgrime sus más potentes y efectivos argumentos hasta la sección [ψ].

El último en hablar en la sección [ω] es Quirísofo, el lacedemonio electo jefe absoluto del ejército. Llama la atención cómo la insurrección es tema constante en este diálogo, y no es gratuito que, según el cronista, lo primero que haya dicho Quirísofo es que él tampoco se habría levantado si hubieran escogido otro líder. Yo pienso que por eso Jenofonte ya no quiso estar al frente: el estratega se cansó, se agotó. Inició con energía, con ideales, con ambiciones, pero el ejercicio paulatinamente lo desgastó y le enseñó que quien manda no siempre obtiene lo que anhela y que mandar es placentero, pero también ingrato; creo que Jenofonte entendió que carecía de la suficiente fortaleza política y emocional para dirigir él solo la expedición, que para imponerse requería de inteligencia y de brutalidad, y que, aunque fuera inteligente, no era lo suficientemente bruto. Me parece que Jenofonte quedó fastidiado, pero también perdió su ingenuidad; piénsese en el conjunto de sus obras, en el mensaje global que se desvela en sus escritos: hay una reiterada preocupación pedagógica y ética por los asuntos públicos, pero también rechazo por la política de Grecia tan convulsa y desastrosa que le tocó sufrir. Merced al padecimiento de las experiencias propias y a la observación de las ajenas, debió llegar a la conclusión de que la vida política y la dirección pública no eran para él.



# CONCLUSIÓN

Con base en lo estudiado y analizado en las dos partes que conforman esta tesis, aquí debo responder las interrogantes y demostrar fundadamente la hipótesis que he formulado en la Introducción. Se ha cumplido a mi consideración el objetivo general, el cual consistía en “Comprender la dimensión política en el ejército de los Diez Mil, teniendo presentes sus características específicas y las condiciones que le imponía el ambiente en el que se encontraba”,<sup>139</sup> y, en consecuencia, puedo presentar una explicación acerca de la dinámica política de los estipendiarios. Con respecto al primer objetivo particular, a saber, “Explicar la dinámica política en el plano temporal, esto es, la consecución de los actos políticos en el ciclo de ascenso, permanencia y descenso de los diferentes personajes en el poder”,<sup>140</sup> señalaré las siguientes pautas:

- Primera: el ejército estipendiario tiene *ab initio* una estructura política encabezada por el príncipe persa Ciro el Joven y basada en las relaciones personales, dentro del marco de la antigua hospitalidad, entre él y una cúpula de estrategos helenos. Algunos de ellos son exiliados o están desterrados de sus naciones de origen.
- Segunda: cada estratego está al frente de un grupo de hombres, variable en número, que ha contratado o reclutado como soldados de tropa para el servicio militar; además, los estrategos cuentan con un equipo de militares subordinados, diferenciados en su cargo o grado militar según la función que desempeñen, que fungen como enlaces entre ellos y los soldados de la tropa.
- Tercera: hay dos tipos de enlaces, los capitanes y los lugartenientes. Los capitanes ejecutan las instrucciones de los estrategos y comandan unidades de soldados más

---

<sup>139</sup> *Vid. supra* “Objetivos”.

<sup>140</sup> *Idem.*

pequeñas denominadas compañías; los lugartenientes, uno para cada estratega, siguen en cercanía a éste y lo suplen cuando está ausente o cuando muere.

- Cuarta: el inesperado fallecimiento del príncipe Ciro genera una crisis que obliga a una reorganización política, la cual provee un segundo bloque de dirigentes. El inesperado fallecimiento de este segundo bloque genera otra crisis que obliga a otra reorganización política, la cual provee un tercer bloque de dirigentes. Hay incluso dirigentes de este tercer bloque que mueren y deben ser sustituidos.
- Quinta: los bloques de dirigentes al frente del ejército van aprendiendo de las experiencias vividas por los bloques pasados y por ellos mismos; a su vez, los retos y las dificultades que va enfrentando cada bloque son diferentes, por lo cual deben ensayar diversas reacciones y soluciones políticas para los problemas que se les van presentando. Aunque muchas veces las políticas instrumentadas resultan ser efectivas o acertadas, es evidente que algunas veces no lo son.

La política estipendiaria en el plano temporal se explica a partir de los conceptos de política prevista y política imprevista: primero ésta y después aquélla. En el ejército de los Diez Mil la política se dispara a raíz de la muerte de Ciro el Joven. Sin el príncipe Ciro sólo hay dos opciones de líderes para comandar al ejército: los amigos y compañeros persas del príncipe, o los estrategas griegos; éstos no tienen la menor idea de qué hacer, pero aquéllos tampoco, así que la resolución llega por vía natural: los persas se hacen cargo de sí mismos y los griegos quedan liderados por sus estrategas. La expedición comienza bajo una política prevista de escaso margen político, limitado a los acuerdos entre Ciro y sus estrategas helenos; éstos no le guardan al príncipe una lealtad institucional sino personal, pues no lo siguen como su jefe político sino por los favores y compromisos que han contraído como huéspedes, además de por la debida retribución monetaria y política. No obstante, la fortuna le cierra el camino al plan proyectado por Ciro y sus allegados, con lo que la política se torna precipitadamente en imprevista y se liberan las posibilidades del ejercicio político, detonadas por la ruptura de las ataduras estructurales y contextuales que las contenían.

El peligro al que están expuestos los estrategas es muy alto, y a pesar de sus esfuerzos políticos por resolver la crisis, ésta los rebasa y les arrebató sus vidas; la transición de poderes en este momento es intolerante a la menor democracia, y no puede darse sino merced a la violencia. Incluso en la mira del enemigo, no faltan los estrategas helenos de este segundo

bloque que encuentran el tiempo para intrigar contra sus compatriotas. Pero “no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista”: el tercer bloque de estrategos, advertido por la desgracia del segundo, da un giro a la política imprevista hasta entonces reinante y desarrolla una política prevista acorde con la situación: deja atrás cualquier intento por pactar con las fuerzas reales y asume que el escape hacia Grecia no estará libre de hostilidades, para las cuales el ejército deberá estar preparado.

Empero, esta reimplementación de una política prevista no conlleva la desaparición de los extensos márgenes para el ejercicio político en la expedición. Se esboza nuevamente un plan de acción, pero la falta de control sobre el entorno y la naturaleza de los problemas hacen que las decisiones colectivas deban discutirse antes que tomarse, así que eso hacen los dirigentes: discuten, evalúan opciones, votan y se ponen de acuerdo para llevar a cabo las tácticas y concretar las políticas. Conforme el ejército se acerca a Grecia disminuye el peligro al que está expuesto, lo que redundará en la apertura de nuevas posibilidades para el ámbito político. Ahora la política no se desempeña únicamente en la planificación y en la toma de decisiones colectivas para la salvación de la expedición, sino que afloran las ambiciones y pretensiones de los líderes e incluso de quienes están por debajo.

Conectadas con estas ambiciones y pretensiones, las rencillas que nunca desaparecen entre los líderes cobran una fuerza mayor hacia el final de la travesía, por lo que el ambiente político se torna más intrigante y traicionero. Entre estos líderes hay quienes pierden la vida, aunque hasta donde se aprecia no a causa de conspiraciones, puesto que no llegan al extremo, según parece, de matarse entre ellos. Aun así, las dirigencias de los líderes siguen llegando a su fin por el mismo motivo: la muerte. Con esta exposición he dado respuesta a las preguntas auxiliares o secundarias presentes en la Introducción.

En cuanto al segundo objetivo particular, “Explicar la dinámica política en el plano estamental, esto es, la producción de los actos políticos en el marco de mandos y subordinados que condicionó a las partes en su proceder”<sup>141</sup>, no es mucho lo que tengo que agregar. Me parece exagerado involucrar aquí el concepto de lucha de clases; empero, no me quejaría si alguien interpretara en dicha clave el problema en cuestión. Yo prefiero indicar simplemente que los participantes tienen diversos intereses según la posición en la que se encuentren o el estrato al que pertenezcan; de este modo, los soldados de la tropa no se

---

<sup>141</sup> *Idem.*

interesan necesariamente por lo mismo que sus comandantes. En el ámbito material, además de la paga, la tropa quiere objetos de valor obtenidos como botín y provenientes del saqueo; en el ámbito inmaterial, regresar a Grecia, al hogar y con la familia. En el ámbito material, la oficialidad quiere lo mismo que la tropa, pero en proporciones mayores; en el ámbito inmaterial, algo con lo que la tropa probablemente sueña, aunque tal vez no comprenda bien: prestigio, influencia, poder.

Los bienes inmateriales tienen gran importancia, por lo que vale la pena hacer una pausa en este tipo de intereses tanto de la tropa como de la oficialidad. Estos intereses son diferentes; al desear metas distintas, la actuación política de ambos grupos debió reflejar una discordancia. ¿No se opusieron los soldados a reanudar la marcha cuando el príncipe Ciro les debía dinero, o cuando se enteraron de que los encaminaban a pelear contra el rey Artajerjes II? ¿No se negaron a fundar una ciudad en algún sitio de la costa del Ponto Euxino cuando Jenofonte quería engrandecer el poderío de Grecia? En efecto, se opusieron y se negaron: cuando el rechazo fue fuerte o el plan contrario fue débil, los soldados se impusieron; cuando el rechazo fue débil o el plan contrario fue fuerte, los soldados fracasaron.

Ahora bien, las relaciones de poder deben trazarse en dos niveles: el de la paridad y el de la disparidad; el de la disparidad es el que acabo de plasmar, es decir, en una entidad, entre personas que mandan con personas que obedecen; pero algo debo escribir también sobre el de la paridad, es decir, en una o más entidades, entre personas que mandan con otras que también lo hacen, aunque sus poderes no estén a la misma altura. ¿Clearco no intentó pactar con Tisafernes? ¿No pretendió Jenofonte fundar una ciudad apoyándose en otros helenos del Ponto Euxino, ni Timasión y Tórax, detractores del ateniense, entablaron comunicación con Sínope y Heraclea con la finalidad de tirar por la borda el plan del cronista? Es indiscutible que los comandantes tienen presentes a las fuerzas extranjeras a la hora de esbozar o llevar a la práctica sus políticas, pues sólo con la participación extranjera podrían verse concluidos algunos de sus planes.

Me queda inspeccionar los últimos dos objetivos particulares: “Comparar, desde una mirada más panorámica que minuciosa, el caso del ejército de los Diez Mil con el mercenariado helénico en extenso de las épocas Clásica y Helenística” y “Analizar ciertos pasajes de la obra de Jenofonte, particularmente sus diálogos y discursos, como vehículos transmisores del ejercicio político que, valiéndose de la retórica, practicaron los actores

políticos”.<sup>142</sup> Estos dos objetivos ya se han efectuado mediante operaciones diferentes a la explicación. Con respecto al tercer objetivo quiero reasentar que el ejército estipendiario de la Expedición de los Diez Mil es particular debido a la crisis de su primera desarticulación política en el centro del país enemigo, con todo lo que ello acarreó; forma parte, pues, de un reducido grupo de ejércitos estipendiarios donde la política pudo florecer. En cuanto al cuarto objetivo, no escribiré nada más: estoy seguro de que no hace falta.

Todo lo anterior me permite dar por resuelta mi pregunta rectora, “¿Cómo fueron la dimensión y la dinámica políticas en el ejército de los Diez Mil?”, y por demostrada mi hipótesis: que el ejército de los Diez Mil constituyó un ente político de conformidad con el sustrato esencial del ser humano, de tal modo que la riesgosa situación que vivió esta corporación en su viaje de retorno a tierras griegas no anuló la cualidad política de una comunidad así de mercenarios: de hecho, la expandió. Consecuentemente, son tres las cosas que he conseguido mostrar: la primera, cómo los oficiales que dirigieron tal comunidad no olvidaron ni perdieron sus proyectos e intereses personales; la segunda, que dichos proyectos e intereses tendían a involucrar a las fuerzas extranjeras; y la tercera, que tales proyectos e intereses tendían a enfrentarse con la voluntad de la tropa mercenaria.

Aquí concluyo mi exposición; por su tiempo y atención, muchas gracias.

ES CUANTO.

---

<sup>142</sup> *Idem.*





*“La sensación de no tener poder sobre las personas y los hechos nos resulta insoportable: cuando nos sentimos desvalidos nos sentimos miserablemente mal. Nadie quiere tener poco poder; por el contrario, todos aspiramos a poseer una cuota cada vez mayor. [...] De modo que tenemos que ser muy sutiles, agradables y simpáticos y, al mismo tiempo, arteros; democráticos pero engañosos.”*

*Robert Greene*

*Prefacio a Las 48 leyes del poder*



## BIBLIOGRAFÍA

### REFERIDA:

- ADCOCK, FRANK EZRA, *The Greek and Macedonian Art of War*, Berkeley, 1957, cap. V.
- DELORME, JEAN, *Gymnasium. Études sur les monuments consacrés à l'éducation en Grèce, des origines à l'empire romain*, París, 1960.
- GARCÍA Y BELLIDO, ANTONIO, "El *exercitus hispanicus* desde Augusto a Vespasiano", en *Archivo Español de Arqueología*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, número 34, 1961, pp. 114-160.
- \_\_\_\_\_, "Iberos en el Norte de África", en *Archivo Español de Arqueología*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, número 16, 1940-1941, pp. 347-348.
- \_\_\_\_\_, "Los auxiliares hispanos en los ejércitos romanos de ocupación", en *Emérita*, XXXI, 1963, pp. 213-226.
- \_\_\_\_\_, "Los iberos en Cerdeña según los textos clásicos y la Arqueología", en *Emérita*, III.2, 1935, pp. 225-256.
- \_\_\_\_\_, "Los iberos en Sicilia", en *Emérita*, VII.1-2, 1939, pp. 71-125.
- \_\_\_\_\_, "Los mercenarios españoles en Cerdeña, Sicilia, Grecia, Italia y Norte de África", en *Historia de España Menéndez Pidal*, I, Madrid, 1954, pp. 647-680.
- \_\_\_\_\_, "Los mercenarios españoles en la Segunda Guerra Púnica (I). Hasta la Batalla de Cannae", en *Revista de Historia Militar*, 1962, pp. 7-23.
- \_\_\_\_\_, "Los mercenarios españoles en la Segunda Guerra Púnica (II). De Cannae hasta el año 211", en *Revista de Historia Militar*, 1963, pp. 7-31.
- GARLAN, YVON, *Guerres et économie en Grèce ancienne*, París, 1989.
- \_\_\_\_\_, *La guerre dans l'antiquité*, París, 1972.
- \_\_\_\_\_, 'War and siegecraft', en "Hellenistic science: its application in peace and war", en FRANK WILLIAM WALBANK, ALAN EDGAR ASTIN *et al.* (eds.), *The Cambridge Ancient*

- History*, vol. VII, parte I: *The Hellenistic World*, Cambridge, Cambridge University Press, segunda edición, 2008, pp. 353-362.
- GOLDSWORTHY, ADRIAN, *The Punic Wars*, Londres, 2000.
- GONZÁLEZ WAGNER, EDUARDO CARLOS, “Cartago y el Occidente. Una revisión crítica de la evidencia literaria y arqueológica”, en NICOLÁS MARÍN DÍAZ (coord.), *In memoriam: Agustín Díaz Toledo*, Granada, Universidad de Granada, 1985, pp. 437-460.
- GRIFFITH, GUY THOMPSON, *The Mercenaries of the Hellenistic World*, Cambridge, 1935.
- GSELL, STÉPHANE, *Historie ancienne de L’Afrique du Nord*, tomo III: *Histoire Militaire de Carthage*, París, 1920.
- LAUNEY, MARCEL, *Recherches sur les armées hellénistiques*, 2 vols., París, 1949-1950; segunda edición con un postfacio de Yvon Garlan, Philippe Gauthier y Claude Orrieux, 1987.
- LÉVÊQUE, PIERRE, “La guerre à l’époque hellénistique”, en JEAN-PIERRE VERNANT (ed.), *Problèmes de la guerre en Grèce ancienne*, París, 1978, pp. 261-287.
- MARTÍNEZ LACY, JOSÉ RICARDO FRANCISCO, “Comparación entre los ejércitos helenísticos y el ejército romano bajo los Antoninos”, en LIBORIO HERNÁNDEZ GUERRA (ed.), *Actas del II Congreso Internacional de Historia Antigua. “La Hispania de los Antoninos (98-180)”*. Valladolid, 10, 11 y 12 de noviembre de 2004, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2005, pp. 339-343.
- \_\_\_\_\_, “Los estudios actuales sobre los ejércitos helenísticos”, en *Nova Tellvs*, México, Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, vol. XVII, número 1, 1999, pp. 189-216.
- MUN, THOMAS, *La riqueza de Inglaterra por el comercio exterior - Discurso acerca del comercio de Inglaterra con las Indias Orientales*, introducción de Jesús Silva Herzog, traducción de Samuel Vasconcelos, México, Fondo de Cultura Económica, 1954, 215 pp. (Economía).
- OLIVARES CHÁVEZ, CAROLINA (sustentante), *Jenofonte: su doctrina de paideia a partir de tres personajes atenienses* [tesis para obtener el título de Doctora en Letras (Clásicas)], Arturo Edmundo Guadalupe Ramírez Trejo (asesor), Víctor Hugo Méndez Aguirre y Gerardo Ramírez Vidal (coasesores), México, Colegio de Letras Clásicas de la Facultad de Filosofía y Letras y Centro de Estudios Clásicos del

Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, mayo de 2011, 239 pp.

PARKE, HERBERT WILLIAM, *Greek Mercenary Soldiers. From the Earliest Times to the Battle of Ipsus*, Chicago, 1933.

## CONSULTADA:

ALVAR EZQUERRA, JAIME y GONZÁLEZ WAGNER, EDUARDO CARLOS, “Consideraciones históricas sobre la fundación de Cartago”, en *Gerión. Revista de Historia Antigua*, Madrid, Departamento de Historia Antigua de la Universidad Complutense de Madrid, número 3, 1985, pp. 79-95.

ARISTÓTELES, libro I: “Comunidad política y comunidad familiar”, en *Política*, introducción, traducción y notas de Manuela García Valdés, Madrid, Gredos, 1982, reimpresión de 2015, pp. 5-55 (Biblioteca Clásica Gredos, 36).

\_\_\_\_\_, “Vieja y nueva retórica”, en *Retórica*, introducción, traducción y notas de Quintín Racionero Carmona, Madrid, Gredos, 1982, reimpresión de 2015, pp. 5-36 (Biblioteca Clásica Gredos, 38).

*Aula Siglo XXI. Diccionario Inglés – Español / Español – Inglés*, Madrid, Cultural, 2002, 1216 pp.

BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, JOSÉ MARÍA y GARCÍA-GELABERT PÉREZ, MARÍA PAZ, “Mercenarios hispanos en las fuentes literarias y en la arqueología”, en *Habis*, Sevilla, Universidad de Sevilla, número 18-19, 1987-1988, pp. 257-270.

BRAVO CASTAÑEDA, GONZALO, ‘Las transformaciones del II milenio’ y ‘Situación política de Oriente durante el I milenio’, en “Primera parte. Estados, pueblos y sociedades próximo-orientales”, en *Historia del mundo antiguo. Una introducción crítica*, Madrid, Alianza Editorial, 1998, reimpresión de 2000, pp. 77-122.

CANO RICARDEZ, TERESITA (sustentante), *Información geográfica en la Anábasis de Jenofonte* [tesis para obtener el título de Licenciada en Letras Clásicas], Eduardo Antonio Pérez Torres (asesor), México, Colegio de Letras Clásicas de la Facultad de

Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, mayo de 2015, 150 pp.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, ADOLFO JERÓNIMO, “El ejército de Aníbal, una fuerza de mercenarios”, en FERNANDO PRADOS MARTÍNEZ, HELENA JIMÉNEZ VIALÁS y JOSÉ JAVIER MARTÍNEZ GARCÍA (coords.), *Menorca entre fenicis i púnics / Menorca entre fenicios y púnicos*, Murcia, Centro de Estudios del Próximo Oriente y la Antigüedad Tardía de la Universidad de Murcia – Cercle Artístic de Ciutadella, 2017, pp. 17-39 (Monografías, 2 – Publicacions des Born, 25).

\_\_\_\_\_, “Los griegos de Occidente y sus diferentes modos de contacto con las poblaciones indígenas. II. El momento de fundación de la colonia”, en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, Madrid, Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid, número 18, 1991, pp. 149-177.

\_\_\_\_\_, “Los mercenarios baleáricos”, en BENJAMÍN COSTA RIBAS y JORDI HUMBERTO FERNÁNDEZ GÓMEZ (eds.), *Guerra y ejército en el mundo fenicio-púnico. XIX Jornadas de arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 2004)*, Eivissa, Conselleria d’Educació i Cultura del Govern de les Illes Balears, 2005, pp. 163-189 (Treballs del Museu Arqueològic d’Eivissa i Formentera, 51).

FINLEY, MOSES ISRAEL, *La economía de la Antigüedad*, traducción de Juan José Utrilla Trejo, México, Fondo de Cultura Económica, segunda edición, 1986, 261 pp. (Economía).

GARCÍA Y BELLIDO, ANTONIO, “Factores que contribuyeron a la helenización de la España prerromana. Los iberos en la Grecia propia y en el Oriente helenístico a través de los escritores antiguos”, en *Boletín de la Real Academia de la Historia / Publicaciones de la cátedra y becarios de la Fundación “Conde de Cartagena”*, Madrid, Real Academia de la Historia, número 104, 1934, pp. 639-670, 5 láms.

\_\_\_\_\_, “Moericus, Belligenus y los mercenarios españoles en Siracusa”, en *Boletín de la Real Academia de la Historia*, Madrid, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, número 150, 1962, pp. 7-23.

\_\_\_\_\_, “Otro testimonio más de la presencia de mercenarios españoles en el Mediterráneo”, en EDUARDO RIPOLL PERELLÓ y ENRIC SANMARTÍ I GREGO (coords.), *Simposio*

- Internacional de Colonizaciones. Barcelona 1971*, Barcelona, Diputación Provincial de Barcelona / Servei de Patrimoni Arquitectònic Local, 1974, pp. 201-203.
- GARCÍA RIAZA, ENRIQUE, PÉREZ RUBIO, ALBERTO y SÁNCHEZ MORENO, EDUARDO, “Fronteras y agregaciones políticas en Celtiberia: datos para un debate”, en *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid*, Madrid, Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Autónoma de Madrid, número 41, 2015, pp. 69-85.
- GÓMEZ CASTRO, DANIEL, “El mercenario en el mundo griego a la luz de los estudios contemporáneos: reflexión teórica y nuevas tesis”, en *Habis*, Sevilla, Universidad de Sevilla, número 41, 2010, pp. 95-115.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, FRANCISCO JAVIER, *Historia de Grecia antigua*, Madrid, Akal, 2001, 357 pp.
- \_\_\_\_\_, *Los griegos. Un legado universal*, Madrid, Alianza Editorial, 2003, 240 pp.
- GREENE, ROBERT, *Las 48 leyes del poder*, México, Océano, 2018, reimpresión de 2021, 628 pp.
- HERÓDOTO, *Historia*, introducción de Francisco Rodríguez Adrados, traducción y notas de Carlos Schrader García, Madrid, Gredos, 1982, reimpresión de 2015, V vols. (Biblioteca Clásica Gredos, 10-14).
- HOMERO, *Iliada*, introducción general, traducción y notas de Emilio Crespo Güemes, Madrid, Gredos, 2000, reimpresión de 2015, 586 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 1).
- \_\_\_\_\_, *Odisea*, introducción de Carlos García Gual, traducción de José Manuel Pabón y Suárez de Urbina, Madrid, Gredos, 1995, reimpresión de 2015, 450 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 2).
- HUSS, WERNER, *Los cartagineses*, traducción de José María Díaz Regañón, Madrid, Gredos, 1993, 431 pp. (Manuales).
- JENOFONTE, *Anábasis*, introducción de Carlos García Gual, traducción y notas de Ramón Bach Pellicer, Madrid, Gredos, 1982, reimpresión de 2015, pp. 5-305 (Biblioteca Clásica Gredos, 20).
- \_\_\_\_\_, *Ciropedia*, introducción, traducción y notas de Ana Vegas Sansalvador, Madrid, Gredos, 1982, reimpresión de 2015, 510 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 21).



- \_\_\_\_\_, *Helénicas*, introducción, traducción y notas de Orlando Guntiñas Tuñón, Madrid, Gredos, 1982, reimpresión de 2015, 342 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 19).
- \_\_\_\_\_, *Recuerdos de Sócrates y Diálogos*, introducciones, traducciones y notas de Juan Zaragoza, Madrid, Gredos, 1982, reimpresión de 2015, 388 pp. (Biblioteca Clásica Gredos, 22).
- MAQUIAVELO, NICOLÁS, “De las distintas clases de milicias y de los soldados mercenarios”, en *El príncipe*, traducción de María de los Ángeles Ramos G., México, Gernika, octava edición, 2012, pp. 69-75 (Clásicos Ciencia Política, 17).
- MARTÍNEZ LACY, JOSÉ RICARDO FRANCISCO, “Los estudios actuales sobre los ejércitos helenísticos” y “Comparación entre los ejércitos helenísticos y el ejército romano bajo los Antoninos”, en *¿En busca del tiempo perdido? Ensayos sobre historia antigua*, introducción crítica de Álvaro Matías Moreno Leoni, México, Seminario de Hermenéutica del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2016, pp. 115-138 y 265-271 (Cuadernos del Seminario de Hermenéutica, 22).
- MOLINER RUIZ, MARÍA JUANA, *Diccionario de uso del español*, prólogo de Carme Riera Guilera, Madrid, Gredos, cuarta edición, 2016, II vols.
- OLIVARES CHÁVEZ, CAROLINA (sustentante), *Ética y milicia en Acerca del Hiparco de Jenofonte* [tesis para obtener el título de Maestra en Letras (Clásicas)], Arturo Edmundo Guadalupe Ramírez Trejo (asesor), México, Colegio de Letras Clásicas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México, junio de 2005, 324 pp.
- \_\_\_\_\_, *Jenofonte: su propuesta de paideia a partir de tres personajes atenienses*, México, Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, 2014, 337 pp. (Cuadernos del Centro de Estudios Clásicos, 53).
- ONG, WALTER JACKSON, *Oralidad y escritura: tecnologías de la palabra*, prefacio y postfacio de John Hartley, traducción de Angélica Scherp, traducción del prefacio y postfacio de Alejandra Ortiz Hernández, México, Fondo de Cultura Económica, segunda edición, 2016, 341 pp. (Sección de obras de lengua y estudios literarios).

- PÉREZ MARTÍNEZ, JOSÉ ALBERTO, “¿Imperio, imperialismo o hegemonía espartana? Una armonización conceptual para la Esparta de finales del siglo V a. C.”, en *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica*, Alcalá de Henares, Departamento de Historia y Filosofía de la Universidad de Alcalá, número 26, 2014, pp. 121-145.
- PÉREZ RUBIO, ALBERTO y QUESADA SANZ, FERNANDO, “Antonio García y Bellido y la historia militar antigua de Iberia. Pasado y presente de una línea historiográfica”, en EDUARDO SÁNCHEZ MORENO (coord.), *Veinticinco estampas de la España antigua. Cincuenta años después (1967-2017). En torno a la obra de Antonio García y Bellido y su actualización científica*, Sevilla, Universidad de Sevilla, 2019, pp. 179-195 (SPAL Monografías Arqueología, XXXI).
- PERNOT, LAURENT, *La retórica en Grecia y Roma*, edición y presentación de Gerardo Ramírez Vidal, traducción de Karina Castañeda Barrera y Oswaldo Hernández Trujillo, México, Centro de Estudios Clásicos del Instituto de Investigaciones Filológicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, segunda edición, 2016, 305 pp. (Bitácora de Retórica, 31).
- PETRIE, ALEXANDER, ‘En tierra’, en “La guerra”, en *Introducción al estudio de Grecia. Historia, antigüedades y literatura*, versión española de Alfonso Reyes, México, Fondo de Cultura Económica, segunda edición, 1956, pp. 96-99 (Breviarios, 121).
- PLATÓN, “Laques”, en *Diálogos I*, introducción general de Emilio Lledó Íñigo, traducción y notas de Julio Calonge Ruiz, Carlos García Gual y Emilio Lledó Íñigo, Madrid, Gredos, 1982, reimpresión de 2015, pp. 443-486 (Biblioteca Clásica Gredos, 25).
- PLIEGO VÁZQUEZ, RUTH, “Sobre el reclutamiento de mercenarios turdetanos: el campamento cartaginés de El Gandul (Alcalá de Guadaira, Sevilla)”, en *Habis*, Sevilla, Universidad de Sevilla, número 34, 2003, pp. 39-56.
- POLIBIO, *Historias*, introducción general de Gonzalo Cruz Andreotti, traducción y notas de Manuel Balasch Recort, Madrid, Gredos, 1982, reimpresión de 2016, III vols. (Biblioteca Clásica Gredos, 61-63).
- QUESADA SANZ, FERNANDO, “De guerreros a soldados. El ejército de Aníbal como un ejército cartaginés atípico”, en BENJAMÍN COSTA RIBAS y JORDI HUMBERTO FERNÁNDEZ GÓMEZ (eds.), *Guerra y ejército en el mundo fenicio-púnico. XIX Jornadas de*

- arqueología fenicio-púnica (Eivissa, 2004)*, Eivissa, Conselleria d'Educació i Cultura del Govern de les Illes Balears, 2005, pp. 129-161 (Treballs del Museu Arqueològic d'Eivissa i Formentera, 51).
- \_\_\_\_\_, “*Historia Militar de España. Prehistoria y Antigüedad. Una aproximación historiográfica (2008-2015)*”, en ENRIQUE GARCÍA HERNÁN (coord.), *Estudios historiográficos, glosario y cronología*, tomo VI de la colección *Historia Militar de España* [2020], HUGO O'DONNELL Y DUQUE DE ESTRADA (dir.), ENRIQUE GARCÍA HERNÁN y JOSÉ MARÍA BLANCO NÚÑEZ (coords.), 9 vols., Madrid, Secretaría General Técnica del Ministerio de Defensa / Comisión Española de Historia Militar / Real Academia de la Historia, 2017, pp. 23-38.
- \_\_\_\_\_, “Los mercenarios ibéricos y la concepción histórica en A. García y Bellido”, en *Archivo Español de Arqueología*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, número 67, 1994, pp. 309-311.
- \_\_\_\_\_, “Vías de contacto entre la Magna Grecia e Iberia: la cuestión del mercenariado”, en DESIDERIO VAQUERIZO GIL (coord.), *Arqueología de la Magna Grecia, Sicilia y la Península Ibérica*, Córdoba, Diputación provincial, 1994, pp. 191-242.
- SÁEZ GEOFFROY, ANDRÉS, “Geopolítica y hospitalidad: una aproximación a los orígenes de la Expedición de los Diez Mil (404-401)”, en *Byzantion Nea Hellás. Revista Anual de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos*, Santiago de Chile, Centro de Estudios Griegos, Neohelénicos y Bizantinos de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile, número 32, 2013, pp. 163-181.
- TITO LIVIO, *Historia de Roma desde su fundación*, introducción general de Antonio Fontán Pérez, traducción y notas de José Antonio Villar Vidal, Madrid, Gredos, 1982, reimpresión de 2016, VIII vols. (Biblioteca Clásica Gredos, 78-85).
- TUCÍDIDES, *Historia de la Guerra del Peloponeso*, introducción general, traducción y notas de Juan José Torres Esbarranch, Madrid, Gredos, 1982, reimpresión de 2015, IV vols. (Biblioteca Clásica Gredos, 15-18).